DAUBA VY NUES OPENIEL

EL SİNDROME IMPERTCTO



DEL JEFE İMPERFECTO

EL SÍNDROME DEL JEFE IMPERFECTO: .

Del contrato temporal al amor permanente
en la oficina más caótica de la ciudad

Alceu SN

Copyright © 20/02/2026 Alceu SN

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Cover design by: Alceu SN

CONTENTS

Title Page

Copyright

Introducción

Capítulo 1 – Primer día en el caos: el contrato temporal y la sala de espera abarrotada

Capítulo 2 – El primer encuentro con el jefe imperfecto

Capítulo 3 – Detrás de escena de la oficina: chismes, lealtades y secretos

Capítulo 4 – Errores, reprimendas y pequeños gestos de cuidado

Capítulo 5 – La frontera difusa entre el trabajo y la atracción

Capítulo 6 – Juegos de poder: cumplidos, silencios y pruebas emocionales

Capítulo 7 – El punto de inflexión: cuando la oficina deja de ser solo un lugar de trabajo

Capítulo 8 – Consecuencias: la culpa, los rumores y el miedo a perderlo todo.

Capítulo 9 – La caída del mito: conociendo al ser humano detrás del título del cargo.

Capítulo 10 – Decisiones difíciles: Carrera, dignidad y corazón en juego

Capítulo 11 – Reconstrucción: Nuevos acuerdos y nuevos límites

Capítulo 12 – De lo temporal a lo permanente: Redefiniendo el concepto de “seguridad”

Capítulo 13 – Epílogo en la oficina más caótica de la ciudad: lo que queda después del final

Conclusión final: Del síndrome del jefe imperfecto al amor propio más maduro

¿Te gustó el libro?

Cómo calificar un libro en Amazon Kindle: paso a paso

Consejos rápidos para una buena evaluación.

Su mirada completa el ciclo de esta historia.

INTRODUCCIÓN

Si has decidido abrir este libro, es muy probable que ya hayas trabajado, o que aún trabajes, con alguien que fácilmente podría ganarse el título de "Jefe Imperfecto del Año". Quizás sea esa persona que envía mensajes fuera del horario laboral, que olvida lo acordado en la reunión matutina, que exige urgencia para todo y claridad para nada. O, irónicamente, quizás ese "jefe imperfecto" seas tú, intentando liderar un equipo en medio del caos diario de plazos, exigencias y expectativas poco realistas.

Este libro nació precisamente de este escenario: una oficina como tantas otras, donde el aire acondicionado nunca está a la temperatura adecuada, la cafetera sufre una crisis existencial y la bandeja de entrada del correo electrónico parece un agujero negro emocional. Pero, sobre todo, nació de la observación de algo profundamente humano: detrás de cada jefe torpe, exagerado, autoritario, necesitado o simplemente perdido, hay alguien que intenta, a su manera, sobrevivir al mismo tsunami emocional y profesional que nos afecta a todos.

"El Síndrome del Jefe Imperfecto: De Contrato Temporal a Amor Permanente en la Oficina Más Caótica de la Ciudad" no es solo una historia de amor ambientada en un entorno laboral. Es un viaje a través de un tipo de relación que muchas personas experimentan, pero pocas admiten: la confusa interacción entre poder, vulnerabilidad, deseo, miedo a perder el trabajo, la necesidad de ser reconocido y, en medio de todo esto, la improbable posibilidad de que el amor verdadero florezca en el lugar menos apropiado.

Al recorrer estas páginas, seguirás el camino de alguien que llega a la oficina con un contrato temporal y la expectativa de cumplir con los requisitos, pero termina involucrado en mucho más que tareas,

objetivos y hojas de cálculo. Serás testigo de cómo un entorno caótico puede ser, al mismo tiempo, un escenario de abuso sutil y crecimiento interior, de tensión constante y descubrimientos inesperados, de juegos de poder y rendición emocional.

Este libro es para ti si:

- Una vez tuve un jefe que confundía liderazgo con control;
- ¿Alguna vez has estado enamorado (o casi) de alguien más poderoso que tú?
- ¿Alguna vez te has sentido culpable por desear a la persona "equivocada" en el lugar "equivocado"?
- ¿Alguna vez te has preguntado si lo que experimentas en el trabajo es normal, tóxico o transformador?
- ¿Alguna vez te has dado cuenta de que, en última instancia, la oficina en la que trabajas dice mucho sobre ti, y no solo sobre tu carrera?

La historia que estás a punto de leer no es un cuento de hadas adaptado al mundo corporativo. Es una inmersión en las contradicciones: el jefe que comete errores, pero también protege; el empleado subestimado, pero que es el alma del lugar; el ambiente tóxico que, paradójicamente, impulsa al autodescubrimiento; y el amor que florece donde, en teoría, nunca debería florecer.

A medida que avances, te reconocerás en diálogos, pensamientos, inseguridades, pequeñas victorias silenciosas y grandes decisiones tomadas durante la hora del almuerzo o en el silencio de un correo electrónico sin respuesta. Verás, tras las etiquetas de "jefe" y "subordinado", a dos personas intentando entenderse en un tablero de ajedrez donde las reglas nunca están del todo claras.

Este libro fue escrito para provocar algo en ti:

- Quizás identificación,
- Quizás la ira,
- Tal vez una sonrisa cómplice,
- Quizás el coraje de revisar sus propias historias de poder, dependencia, deseo y liberación.

Pero, más que nada, fue escrito para recordarte que incluso el jefe más imperfecto y el empleado más subestimado llevan dentro una historia que vale la pena contar y que, a veces, el amor aparece precisamente cuando todo parece inadecuado, inapropiado y fuera de lugar.

Si alguna vez has sentido que tu corazón se aceleraba por alguien que pudiera decidir tu futuro profesional con una sola frase, si alguna vez has vivido situaciones en las que no sabías si estabas en una reunión de trabajo o en un juego emocional peligroso, entonces estás exactamente en el libro correcto.

Ahora, antes de que te sumerjas de lleno en esta oficina caótica, con sus pasillos llenos de secretos, salas de reuniones cargadas de tensión y miradas que dicen mucho más allá de los informes, quiero preguntarte algo importante.

Tu opinión importa más de lo que crees.

Después de leer esta introducción, y sobre todo cuando termines de leer el libro, te ruego que vuelvas a la página del título en Amazon y dejes tu reseña. Puede ser breve, larga o un simple comentario con algunas palabras sinceras.

Tu valoración:

- Ayuda a otros lectores a descubrir esta historia.
- Le demuestra al autor que el tiempo invertido en cada página hizo una diferencia para alguien.
- Fortalece libros que van más allá de lo obvio y abordan temas que muchas personas experimentan, pero que no siempre tienen el coraje de hablar de ellos.

Si en algún momento esta historia te conmueve, te provoca, te identificas o te sorprende, considera convertir esa experiencia en una reseña en Amazon. Es un pequeño gesto para ti, pero un gran incentivo para que historias como esta sigan escribiéndose y lleguen a otros lectores que, como tú, saben que el corazón no elige el entorno, ni el puesto, ni el horario.

Ahora, respira hondo.
Las puertas de la oficina más caótica de la ciudad se abren para ti.
Y, al otro lado, ese jefe imperfecto está a punto de cambiar mucho más que tu rutina laboral.

CAPÍTULO 1 – PRIMER DÍA EN EL CAOS: EL CONTRATO TEMPORAL Y LA SALA DE ESPERA ABARROTADA

La puerta automática de cristal tardó unos segundos más en abrirse, justo lo suficiente para que viera su reflejo y casi no se reconociera. La mochila desgastada de siempre, el blazer que le había prestado su prima, el pelo recogido a toda prisa con una goma que ya no era la suya. Y en sus manos, la carpeta con el contrato temporal: ese papel que, en teoría, era solo un contrato de tres meses, pero que, en la práctica, cargaba con todo el peso de las facturas vencidas y las noches de insomnio.

Respiró hondo, ajustó la etiqueta con su nombre temporal que la recepcionista había liberado de una confusa pila de tarjetas y entró.

El primer impacto fue el ruido.

Teléfonos sonando a la vez, impresoras que escupían papel sin parar, notificaciones de mensajes apareciendo en celulares y computadoras, voces superpuestas hablando de plazos, números, "informes", "seguimientos" y otros términos que parecían más a hechizos que a vocabulario profesional. Un hombre cruzó el vestíbulo casi corriendo, con una laptop bajo el brazo y una taza de café en la otra mano, mientras intentaba equilibrar sus auriculares, que se le caían constantemente.

Se sentó en el sillón de la recepción y permaneció allí, sosteniendo el maletín en su regazo, como un salvavidas en mares agitados.

"¿Es usted la nueva trabajadora temporal?" preguntó la recepcionista, sin apartar la vista de la pantalla por completo.

"Sí", respondió, un poco más bajo de lo que le habría gustado. "Contrato de tres meses... departamento administrativo".

La recepcionista dejó escapar un suspiro que parecía mezclar cansancio con lástima.

"Ah, sí. Siempre empiezan así", murmuró, más para sí misma. "Los de Recursos Humanos vienen a recogerte. No te sorprendas si llegan tarde. Aquí todo es así: urgente y tarde a la vez".

La frase no dejaba de resonar en su cabeza: «urgente y atrasado a la vez». Parecía una buena descripción, no solo de la empresa, sino de toda su vida en ese momento.

Miró a su alrededor, intentando orientarse.

El vestíbulo tenía una pared de cristal con vistas a la bulliciosa calle, otra con un mural de los "valores de la empresa" que nadie se había molestado en leer, y una tercera ocupada por un panel con fotos del "Empleado del Mes" de años anteriores. Rostros sonrientes enmarcados, muchos de los cuales ya no trabajaban allí, como descubriría más tarde. Por ahora, solo veía una secuencia de sonrisas sosteniendo trofeos y diplomas plastificados.

Una mujer con tacones altos caminaba por el área de recepción hablando con alguien por teléfono.

"Entiendo, pero sin el informe financiero, nadie firma nada. Sí, ya sé que es tarde. Sí, yo también llego tarde. ¡Todos llegan tarde!", y desapareció por el pasillo, dejando un rastro de perfume caro y urgencia.

La protagonista se encogió ligeramente en su asiento. Sintió como si acabara de entrar en un universo con sus propias reglas, donde todos parecían saber lo que pasaba, menos ella.

Abrió la carpeta que tenía en el regazo, más por nerviosismo que por necesidad. Dentro estaba el contrato temporal: tres meses, posibilidad de prórroga, horario fijo, sueldo modesto, prestaciones básicas. Lo había firmado la semana anterior con una mezcla de alivio y miedo. Alivio, porque después de tantos currículums enviados sin respuesta, por fin alguien había dicho que sí. Miedo, porque sabía que en tres meses, todo podría acabar de repente.

"Es solo un trabajo temporal", repetía mentalmente, como si fuera un mantra. "Entras, te esfuerzas al máximo, ganas experiencia, pagas algunas facturas y luego ves qué puedes hacer".

Pero una parte de ella, en el fondo, no creía del todo en esa simplicidad. La vida nunca había sido tan organizada como un plan escrito con viñetas.

–¿Tú eres…? –una voz interrumpió sus pensamientos.

Ella levantó la vista. Un hombre con camisa azul claro, una etiqueta con su nombre alrededor del cuello y el aire de alguien que llevaba despierto más tiempo del debido, le sonrió con una dulzura practicada.

Sí, lo soy. Hoy empiezo en administración.

"Perfecto. Soy Marcelo de Recursos Humanos. Los acompaño arriba para que el personal los presente. Bienvenidos a nuestro..." —dudó un segundo, buscando la palabra adecuada— "...caos modesto y organizado".

Ella se rió, más por cortesía que porque realmente le pareciera divertido.

Marcelo lo siguió por el pasillo principal. Pasaron junto a escritorios repletos de papeles, paredes cubiertas de notas adhesivas de colores y monitores con gráficos rojos. En una sala con paredes de cristal, alguien presentaba una presentación de PowerPoint a un grupo serio. En otra, dos personas discutían algo con tanta intensidad que parecían estar discutiendo, pero, de vez en cuando, sonreían.

"No te asustes, ¿vale?", comentó Marcelo mientras caminaban. "El lunes siempre es el más ruidoso... el martes también. El miércoles es aún peor. El jueves empieza a calmarse, y el viernes todos se apresuran a terminar lo que no hicieron durante la semana. Al final, es lo que ven aquí."

"¿Y el sábado?" preguntó impulsivamente.

"Los sábados fingimos que no pensamos en el trabajo", respondió con una leve sonrisa. "Pero a algunas personas no se les da muy bien fingir".

Subieron un tramo de escaleras. El ascensor llevaba dos semanas en mantenimiento, según una nota pegada.

En el segundo piso, el caos parecía más concentrado. Ese era el sector administrativo.

Mesas una junto a la otra, casi sin divisiones. Teclados que tecleaban a toda velocidad, impresoras que pitaban por falta de papel, una mezcla de olores a café, perfume y comida calentada en el microondas. Cada mesa parecía contar una historia diferente: una figura de superhéroe por aquí, una planta a punto de morir por allá, una taza con una frase motivadora que nadie seguía.

"Chicos, esta es la nueva trabajadora temporal", anunció Marcelo, haciendo un gesto amplio con la mano, como si presentara a alguien en el escenario. "Estará con nosotros los próximos tres meses, si sobrevive".

Algunas cabezas se giraron. Algunas sonrieron cálidamente, otras simplemente levantaron la barbilla en un gesto casi automático. Una joven con gafas rojas saludó con entusiasmo.

"Ven a sentarte a mi lado", dijo. "Cuanto antes te sientes, antes te acostumbrarás. Soy Renata".

Se sentó en la silla al lado de la de Renata, frente a un ordenador que todavía no tenía configurado el login.

"No te preocupes", explicó Renata. "Siempre llegas con retraso. Aquí llegamos primero y trabajamos después. A la empresa le gusta la emoción".

El protagonista rió, esta vez con un poco más de emoción genuina, sintiendo que el hielo interior comenzaba a derretirse.

"¿De dónde eres?" preguntó Renata sin dejar de escribir.

Dio una respuesta rápida sobre el barrio donde vivía, su último trabajo y cuánto tiempo llevaba desempleada. Renata asintió, como si hubiera escuchado historias similares muchas veces.

—Temporal, ¿verdad? —confirmó—. He visto pasar a algunos por aquí.

"¿Y cómo es... trabajar aquí?" se aventuró a preguntar, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

Renata hizo una pausa. Miró a su alrededor discretamente, como si comprobara si alguien la oía, y luego se inclinó ligeramente hacia ella.

"Depende mucho de con quién te asignen", respondió en voz baja. "Aquí, la experiencia de cada uno es un poco... personalizada".

- ¿Como esto?

Renata señaló con la cabeza una habitación acristalada al final del pasillo. La puerta estaba entreabierta. Dentro, alguien hablaba con voz firme, sin gritar, pero con una entonación que resonaba por toda la zona. No podía ver a la persona completa, solo una parte de su cuerpo: la manga de una camisa, un reloj de pulsera, una mano que sostenía un bolígrafo y señalaba algo en una pantalla.

"¿Has oído hablar de él?" preguntó Renata.

- ¿De quién?

"Del director de área. Nuestro famoso jefe", respondió con una mezcla de ironía y respeto en la voz. "Oficialmente, tiene un buen

nombre en el organigrama. Extraoficialmente, se le conoce como el jefe más... peculiar de la empresa".

Peculiar. Ella cumplió su palabra.

¿Peculiar cómo?

Renata esbozó una sonrisa irónica.

Depende de quién cuente la historia. Algunos dicen que es un genio desorganizado. Otros dicen que es un líder brillante, pero sin dotes emocionales. Algunos dicen que es un ogro con destellos de ternura. Y otros dicen que es simplemente un ser humano abrumado, que intenta que todo no se derrumbe.

La protagonista siguió la mirada de Renata hacia la habitación de cristal. En cierto momento, el hombre que estaba dentro se giró hacia un lado, y ella logró ver su perfil: expresión concentrada, cejas ligeramente fruncidas, barba incipiente, uno de esos rostros que parecían cambiar según el ángulo: a veces duros, a veces cansados, a veces casi amables.

Señalaba algo en su portátil, mientras dos personas a su lado parecían intentar seguir su hilo de pensamiento. Una anotaba frenéticamente; la otra simplemente asentía.

"Ten cuidado", continuó Renata. "Se acuerda de la gente. Eso es bueno, pero también malo".

– ¿A qué te refieres con recordar?

"Recuerda caras, conversaciones, errores. Sobre todo errores", dijo, encogiéndose de hombros. "Si haces algo bien, a veces lo olvida enseguida. Pero si la cagas de verdad... bueno, querida, tiene una memoria de elefante".

La protagonista tragó saliva con dificultad. Los ruidos de la oficina parecían intensificarse a su alrededor, como si la información le hubiera provocado una nueva ansiedad.

"Pero tranquilo", añadió Renata, quizá notando la incomodidad. "Hay quien jura que también sabe reconocer a quienes se esfuerzan. Pero no esperes una palmadita en la espalda. Aquí, los elogios son una especie rara y en peligro de extinción".

Antes de que ella pudiera responder, Marcelo reapareció, trayendo consigo a otra persona: una mujer con un blazer oscuro, mirada atenta y pasos rápidos.

"Soy Ana Paula, su supervisora inmediata", anunció. "Ella será su punto de contacto. Hable con ella si necesita algo".

Ana Paula extendió su mano formalmente.

Bienvenidos. Estamos bastante ocupados, así que llegaste en un buen momento. Te enviaré algunos informes para que los organices y algunas hojas de cálculo que necesitas actualizar. Es algo sencillo, pero mucho. ¿Puedes empezar hoy mismo?

"Sí, por supuesto", respondió ella con una firmeza que sorprendió incluso a ella misma.

"Genial. El director vendrá más tarde. Le gusta ver quién se une al equipo, aunque sea temporalmente", dijo Ana Paula, casi con el mismo tono que quien anuncia una inspección sanitaria. "Así que prepárense. Les hará algunas preguntas".

"¿Qué tipo de preguntas?" preguntó ella intentando sonar casual.

"De esas que te hacen pensar en la vida después", respondió Ana Paula con una media sonrisa. "Pero no te preocupes. Si has llegado hasta aquí, ya has pasado lo peor: el filtro de recursos humanos".

Marcelo fingió estar ofendido.

Espera un momento. Recursos Humanos es el lado más humano de esta empresa.

"Por eso precisamente", replicó Ana Paula, ya dándose la vuelta para irse. "Si sobrevivió al lado 'humano', puede encargarse del resto".

Cuando volvieron a estar sólo ella y Renata, la protagonista sintió una mezcla de agotamiento y adrenalina.

"¿Siempre conoce al personal temporal?" preguntó ella, todavía curiosa sobre este director.

"Siempre", confirmó Renata. "No le gusta la idea de que la gente solo esté de paso. Dice que mientras una persona esté aquí, es parte del resultado. Así que presta atención".

"No le gusta la gente que solo pasa por allí." La frase se le quedó grabada en la mente como una nota adhesiva imaginaria.

Temporal, tres meses. Alguien que, en teoría, solo estaba allí temporalmente. Y, sin embargo, el primer día, descubrió que el hombre a cargo de todo no veía a nadie como "solo por un tiempo".

Abrió la pantalla de su computadora en cuanto el técnico informático terminó de configurar su acceso. Se sentía pequeña ante el complejo sistema, las pestañas y los correos que ya empezaban a llegar a su bandeja de entrada. Cada nueva notificación le recordaba que la vida no iba a esperar a que se acostumbrara.

Mientras ingresaba sus datos de inicio de sesión iniciales, miró una última vez la sala de cristal al final del pasillo.

Esta vez, el director estaba de espaldas a la cámara, hablando por teléfono. Hizo un gesto con la mano libre, como dibujando en el aire lo que las palabras no podían expresar. En un momento dado, giró ligeramente la cara hacia el pasillo, como si hubiera sentido que lo observaban.

Por un instante, tuvo la impresión de que sus miradas se cruzarían, incluso a distancia. Rápidamente apartó la mirada hacia la pantalla, sintiendo que su rostro se calentaba sin motivo aparente.

Era solo el primer día.
Un contrato temporal.
Una oficina caótica.

Un jefe que, por ahora, era solo una presencia distante, rodeado de historias contradictorias.

Ella aún no lo sabía, pero ese ambiente ruidoso y caótico, esos escritorios rebosantes de papeles, esa habitación de cristal al final del pasillo y ese jefe imperfecto afectarían no sólo a su carrera, sino a una parte de ella que ningún contrato hubiera podido prever: su corazón.

CAPÍTULO 2 – EL PRIMER ENCUENTRO CON EL JEFE IMPERFECTO

En la pantalla de la computadora, las celdas de la hoja de cálculo parecían multiplicarse solas. Números, códigos, descripciones de gastos, fechas. En cierto punto, ya no sabía si estaba organizando columnas o intentando armar un rompecabezas de mil piezas sin la imagen de la caja.

"No te preocupes por entenderlo todo de inmediato", dijo Renata, acercándose. "Aquí aprendemos mucho más practicando y luego vemos que con cualquier tipo de entrenamiento".

"Me di cuenta", respondió, intentando sonreír, mientras se ajustaba las gafas que se le resbalaban constantemente. No siempre usaba gafas, pero el estilo de montura fina era un intento de parecer más seria, más profesional, más como una "oficinista" y menos como una "sobreviviente de la improvisación".

Renata señaló una columna específica.

Esto es lo peor. Si tienes alguna duda, pregúntame antes de enviarlo. A Ana Paula le encantan las cifras precisas, y el director… —hizo una leve mueca—…el director se da cuenta cuando algo no cuadra.

La palabra "director" todavía le sonaba demasiado grandilocuente, demasiado distante, casi abstracta. Hasta ese momento, era más una presencia de fondo que una persona real en su vida. Una sombra que ocupaba la sala de cristal y la imaginación del equipo, pero que aún no formaba parte de su rutina diaria.

El reloj de la computadora marcaba las 10:17 cuando Ana Paula apareció junto a la mesa, sosteniendo un bloc de notas y un café a medio terminar.

"¿Pudiste orientarte en las hojas de cálculo?" preguntó sin rodeos.

"Lo estoy intentando", respondió. "Renata me está ayudando".

– Genial. En unos diez minutos, el director quiere que vayas a su oficina. Le gusta conocer a todos los que entran, incluso a los temporales.

La frase fue pronunciada con naturalidad, como si fuera un procedimiento estándar, pero las palabras "en su oficina" siguieron resonando en su mente con una intensidad inesperada.

"¿Yo... sola?" preguntó, antes de poder controlarse.

“Sí, claro”, respondió Ana Paula, como si la pregunta le hubiera parecido extraña. “Es solo una charla rápida. Querrá saber quién eres, qué has hecho, qué esperas del trabajo. Nada serio”. Hizo una pausa, evaluando su expresión. “Tranquila. No muerde. Al menos no en la primera reunión”.

Renata rió suavemente. Intentó reír también, pero el sonido le salió débil.

Durante los minutos siguientes, los números de la hoja de cálculo se desvanecieron en el fondo. Cada vez que miraba el reloj, las manecillas parecían moverse más rápido de lo habitual. En un momento dado, sus manos empezaron a sudar y el cursor del ratón empezó a dar vueltas por la pantalla, como si reflejara su estado de ánimo.

—Respira —murmuró Renata discretamente—. Consejo de supervivencia: cuando hables con él, cuanto más clara y directa seas, mejor. No andes con rodeos. Odia las respuestas vagas.

"¿Pero qué pasa si no sé la respuesta a algo?" preguntó en voz baja.

Dice que aún no lo sabe, pero que podría averiguarlo. Es mil veces mejor que inventarse cosas. Tiene un radar para las cosas mal explicadas.

Ella asintió, tragando saliva con dificultad.

Poco después, Ana Paula reapareció.

Puedes irte ahora. Él te está esperando.

Se levantó lentamente, como si se estuviera adaptando a su propio peso en un nuevo entorno. Se pasó la mano discretamente por la ropa para quitarse cualquier pelusa imaginaria, respiró hondo, exhaló y empezó a caminar por el pasillo hacia la sala de cristal.

A medida que se acercaba, el ruido de la oficina parecía disminuir, aunque todo seguía tan caótico como antes. Había algo en ese corto paseo —los escritorios, los monitores, la gente concentrada— que creaba un pasillo psicológico: a un lado, la rutina diaria; al otro, el centro de mando.

La puerta estaba entreabierta.

Golpeó suavemente, dos veces.

–Pase –respondió una voz masculina, firme pero no fuerte.

Empujó la puerta lentamente y entró.

La habitación era más pequeña de lo que había imaginado, pero parecía más grande por el cristal. Una mesa rectangular ocupaba el centro, cubierta de papeles, carpetas, un portátil abierto y una taza de café medio vacía. Había una discreta estantería en un rincón, llena de carpetas y algunos libros, y una pizarra blanca con notas garabateadas a toda prisa en diferentes colores, como si alguien hubiera empezado varias líneas de razonamiento y no hubiera terminado ninguna.

Estaba de pie junto a la mesa, mirando su portátil. Cuando ella entró, levantó la vista.

Por un instante, solo vio el conjunto completo: el rostro ligeramente cansado, las sutiles ojeras, la barba recortada pero no perfecta, la camisa arremangada hasta los antebrazos, el reloj negro en la muñeca izquierda. No era uno de esos jefes impecables de película con trajes a medida. Tenía algo desaliñado, pero funcional. Como la oficina. Como la empresa.

"¿Eres la nueva persona en administración?" preguntó, cerrando ligeramente su portátil.

—Sí —dijo, con la voz un poco más alta de lo que pretendía—. Contrato temporal. Tres meses.

La observó un segundo más de lo necesario, como registrando no sólo su nombre, sino todo el conjunto: su postura, su manera de hablar, la forma en que sostenía el maletín que aún llevaba consigo, aunque no fuera necesario.

– Siéntate. – Señaló la silla frente a la mesa y se acomodó en la suya.

Se sentó, intentando parecer natural. Sus manos querían moverse, así que decidió entrelazar los dedos en su regazo, como si quisiera mantenerlos allí.

—Soy Augusto —dijo—. Director de área. Pero aquí nadie me llama director. Como mucho, «jefe» —hizo una leve mueca al decir la palabra, como si no le gustara mucho—. Y, según el día, seguro que me llaman de otras maneras.

Ella soltó una risa corta y nerviosa.

"Bueno, me gusta saber quién se une al equipo", continuó. "Incluso si es temporal. Aquí nada es 'solo temporal' mientras la persona esté en la empresa. ¿Tienes experiencia en administración?"

"Sí, lo hago", respondió, más segura ahora que la conversación había comenzado. "Trabajé dos años en una oficina pequeña, encargándome de la organización de documentos, las hojas de

cálculo y las relaciones con los proveedores. Después, pasé un tiempo trabajando como freelance y buscando algo más estable".

Él asintió, atentamente.

¿Por qué aceptaste entonces un contrato temporal si buscabas algo más estable?

La pregunta llegó rápidamente, sin rodeos. Tardó un segundo en responder, no porque no tuviera una respuesta, sino porque no esperaba que fuera tan directo.

"Porque...", buscó las palabras, "...porque necesitaba trabajar, y porque, aunque sea temporal, es una oportunidad para aprender más. Puede que no tenga seguridad a largo plazo, pero tengo tres meses para demostrar que puedo cumplir".

Augusto apoyó ligeramente la barbilla en su mano, como analizando no sólo el contenido, sino también la forma en que había construido esa frase.

—Dices «demostrar» como si le debieras algo a alguien —comentó —. ¿El desempleo nos hace esto?

La tomó por sorpresa. Nadie, hasta entonces, había hablado de esa etapa con tanta naturalidad.

—Sí —admitió—. Empiezas a creerte inútil. Cada «no» que llega por correo electrónico te lo confirma. —Sonrió con cierta torpeza—. Así que cuando llega un «sí», aunque sea por tres meses, lo aprovechas.

No dijo nada por un momento. El silencio no era incómodo, sino evaluativo.

"Me parece bien", respondió finalmente. "Respeto a quienes lo admiten con sinceridad".

Sacó una carpeta de la pila que tenía delante, hojeó rápidamente unas cuantas páginas y continuó:

El ritmo aquí es intenso. Las cosas cambian constantemente. Lo que es prioritario por la mañana puede no serlo por la tarde. Y a veces, lo que era prioritario ayer deja de existir hoy. —Volvió a dejar la carpeta sobre la mesa—. Hay quien lo odia y pide irse después de unas semanas. Hay quien se adapta. Hay quien prospera.

Habló en un tono neutral, como si estuviera describiendo la atmósfera de una ciudad y no un entorno emocionalmente desafiante.

"Y a ti..." empezó, hizo una pausa, se corrigió, "¿te gusta este caos?"

Una comisura de su boca se levantó, casi en una sonrisa.

Creo que si lo odiara, no habría estado aquí tanto tiempo. Pero no lo idealizo. El caos es agotador. El secreto está en comprender si te está destruyendo o si te está entrenando. A veces, ambas cosas a la vez.

Prestó atención a esa frase como si estuviera subrayando mentalmente una línea importante de un libro.

"Me han dicho que recuerdas a la gente", aventuró, recordando el comentario de Renata. "Sus caras, sus conversaciones... y sus errores".

No pareció sorprendido.

—Sí, lo recuerdo —confirmó—. Soy fatal con los nombres de proyectos, pero casi nunca olvido una cara. Y mucho menos una actitud. —Apoyó ambos brazos sobre la mesa, inclinándose ligeramente hacia delante—. Así que es bueno que tu cara esté asociada a algo bueno, ¿no?

Ella sintió que su corazón se aceleraba.

"Haré todo lo que pueda para lograrlo", respondió, intentando mantener un tono ligero.

—Él no hace «lo posible» —corrigió, sin dureza, pero con firmeza—. Hace lo necesario. «Posible» es muy relativo. «Necesario» es más objetivo.

Se dio cuenta de que hablaba como alguien acostumbrado a desmontar respuestas genéricas.

"Está bien", asintió.

"¿Manejas bien la presión?" preguntó a continuación, cambiando de tema sin cambiar su intención.

Pensó en todas las veces que había llorado en el baño de casa, en todas las noches sin dormir, en las facturas, en los currículums que había enviado. También pensó en todo lo que había logrado resolver sola, sin armar un escándalo, simplemente siguiendo adelante.

"Creo que sí", respondió. "No es cómodo, pero no es nada nuevo para mí. Ya sentía presión incluso sin trabajo".

Esta vez dejó escapar una risa corta y genuina.

"Buena respuesta", comentó. "La presión sin paga es la peor".

Hubo un breve momento en que ambos sonrieron, como si compartieran una verdad incómoda sobre el mundo de los adultos.

Cerró la carpeta, se recostó en la silla y la observó una vez más en silencio. No era una mirada intrusiva, pero tampoco distraída. Era la mirada de quien evalúa algo que no cabe en los currículums: postura, coraje, energía.

"Hay algo que necesito que entiendas", dijo finalmente. "Estás aquí con un contrato temporal, pero mientras estés sentado en ese escritorio, no eres menos importante que los demás. Si tu trabajo fracasa, los resultados del departamento también. Así que no caigas en la trampa de pensar que, por ser 'temporal', puedes quedarte en la sombra, simplemente cumpliendo con lo que te propongas. Eso es malo para la empresa, malo para el equipo y terrible para tu propia salud mental".

No esperaba oír eso. Allí, por primera vez en mucho tiempo, alguien decía que ella importaba, aunque fuera por razones pragmáticas.

"Lo entiendo", respondió, y esta vez no solo era educada. "No quiero estar en las sombras".

Augusto asintió, como si esa fuera la respuesta que estaba esperando.

—Genial. —Golpeó suavemente la mesa con los dedos, marcando un ritmo imaginario—. Ahora, la otra cara: soy exigente. Muchísimo. A veces más de lo que debería. Cometo errores. Y grandes, de vez en cuando. Hablo con rudeza, me irrito por nimiedades, pierdo los estribos. Hay días que soy el mejor jefe del mundo, y otros que no soy fácil de soportar. —Se llevó la mano a la barbilla de nuevo—. Tienes que saberlo de antemano, para no crear expectativas equivocadas.

No sabía si esa honestidad la tranquilizaba o la ponía más tensa. En cierto modo, él estaba diciendo: «Te voy a causar problemas». Pero también estaba diciendo: «Lo sé».

“La gente imperfecta en puestos importantes hace daño”, continuó, mirando rápidamente la pizarra, como si se lo dijera a sí mismo. “Intento, cada día, reducir ese daño. No siempre lo logro. Pero si en algún momento me paso de la raya contigo, quiero saberlo. No ahora, no en el calor del momento. Pero en algún momento. No aprendo si nadie me confronta”.

La idea de enfrentarse al director parecía tan lejana como la idea de tomarse unas vacaciones en ese momento.

—Lo... lo intentaré —murmuró con sinceridad.

"No lo intentes", repitió, en el mismo tono de antes. "Hazlo cuando sientas que debes hacerlo. Ahora no. Ahora mismo, solo necesitas trabajar, observar, aprender. El resto vendrá con el tiempo".

Augusto miró rápidamente la pantalla del portátil y luego volvió a ella.

"¿Hay algo más que creas que sea importante que sepa sobre ti?" preguntó.

Pensó. Podría hablar de su familia, de sus estudios interrumpidos, de su miedo al fracaso, de su costumbre de rehacerlo todo mil veces hasta que saliera bien. Pero, frente a él, todo eso parecía condensarse en algo más pequeño y esencial.

"No me doy por vencido fácilmente", respondió finalmente. "Incluso cuando pienso en rendirme, persisto un poco más".

Él sostuvo su mirada por un segundo en silencio, y algo en esa respuesta pareció resonar.

"Esto es útil", dijo lentamente. "Solo ten cuidado de no pensar demasiado en cosas que ya deberían haber quedado atrás". Hizo un pequeño gesto con la mano, como si alejara un pensamiento. "Por ahora, me basta".

Cerró la computadora portátil, como si eso marcara el final de la conversación.

"Vuelve a tu departamento. Ana Paula te abrumará con tareas hasta que olvides que estás nervioso", comentó con un toque de humor seco. "Hablamos luego".

Ella se puso de pie, ajustándose la ropa casi automáticamente.

"Gracias por su tiempo", dijo sinceramente.

—No te di un regalo, te di una advertencia —respondió—. Aprovéchala.

Ella asintió, sin saber exactamente qué decir en respuesta, y caminó de regreso hacia la puerta.

Cuando su mano tocó el pomo de la puerta, añadió:

—Ah —llamó, haciéndola darse la vuelta—. Y no te hagas a la idea de que solo estás aquí tres meses. A veces, lo que empieza como temporal insiste en quedarse.

Había algo en esa frase que parecía ir más allá del trabajo. No podía explicarlo, pero lo sentía.

"Lo recordaré", respondió.

Caminó de regreso por el pasillo con la extraña sensación de haber cruzado una frontera invisible.

Al llegar a la mesa, Renata la observó con curiosidad teatral.

"¿Y bien? ¿Sobreviviste?", preguntó.

"Creo que sí", respondió, volviendo a sentarse. "Habla mucho... directamente".

"Directo es un buen adjetivo para él", coincidió Renata. "¿Gritó?"

- No.

– ¿Estaba siendo sarcástico?

- Un poco.

¿Te hizo preguntas que te hicieron repensar tus decisiones de vida?

- Alguno.

—Entonces todo está normal —concluyó Renata, volviendo la mirada a su pantalla—. Bienvenida al ciclo.

Abrió la hoja de cálculo de nuevo. Los números seguían ahí, esperando atención. Pero algo había cambiado, aunque muy sutilmente.

Ahora, el director de la sala de cristal ya no era solo una silueta vista a lo lejos, una figura de la que se hablaba en las conversaciones de la sala de descanso. Tenía una voz, un rostro, una forma de hablar. Tenía una peculiar manera de combinar sinceridad y aspereza, expectativa y advertencia, exigencia y una extraña clase de cuidado.

Mientras completaba las primeras columnas, una idea cruzó por su mente: aún no era posible simpatizar con él. Era demasiado pronto para eso.

Pero era imposible ignorarlo. Y en esa oficina caótica, donde todo parecía urgente y atrasado a la vez, no ser ignorado podía ser tanto una bendición como un problema.

Ella aún no lo sabía, pero aquel primer encuentro –lleno de silencios evaluativos, frases directas y advertencias veladas– sería el inicio de lo que, con el tiempo, aprendería a llamar, con una mezcla de ironía y verdad, el «síndrome del jefe imperfecto».

CAPÍTULO 3 – DETRÁS DE ESCENA DE LA OFICINA: CHISMES, LEALTADES Y SECRETOS

El lunes siguiente, el despertador sonó antes del amanecer. Tardó unos segundos en recordar por qué, aunque tenía tanto sueño, no podía ignorar el ruido y darse la vuelta. Trabajo. Hojas de cálculo. Ana Paula. El jefe en la oficina de cristal.

Se levantó lentamente, sintiéndose pesada, pero con la mente alerta. La primera semana siempre parecía una prueba de resistencia: nuevas rutas, nuevas rutinas, nuevas personas que descifrar. En el autobús, pensó en sus conversaciones con Augusto, en las palabras que había usado, en cómo la había mirado. Todavía se le hacía extraño pensar en él como una persona real en su vida. Director. Jefe. Persona.

Al entrar al edificio, la puerta de cristal se abrió más rápido esta vez. Atravesó el vestíbulo con la sensación de no ser ya una completa desconocida. La recepcionista asintió.

"Buenos días, temporal", dijo con una media sonrisa. "¿Sobreviviste a la primera semana?"

"Sobreviví", respondió riendo. "Pero la hoja de cálculo casi me vence".

"Si la hoja de cálculo no te ha decepcionado, estás de suerte. Aquí la gente cae antes por las personas, no por los números", comentó

enigmáticamente la recepcionista, antes de contestar un teléfono que no paraba de sonar.

Esa frase se le quedó grabada en la cabeza mientras subía las escaleras: «Aquí, la gente cae primero por la cantidad de gente, no por la cantidad de gente».

Arriba, el ambiente parecía aún más caótico que la semana anterior. Papeles amontonados de forma improvisada, gente yendo y viniendo con caras hostiles, notificaciones sonando a cada segundo. Una reunión parecía haber terminado, porque algunos salían de una de las salas jugueteando con sus celulares, con aspecto cansado.

Renata ya estaba en la mesa, rodeada de tazas de café y papeles garabateados.

"¡Miren quién regresó!", anunció con dramatismo. "Felicidades por no dejar tu trabajo el primer fin de semana. ¡Es un logro!"

"Pensé en rendirme el viernes, pero luego recordé que no tenía otra opción", respondió, dejando su mochila al suelo y sentándose.

"Clásico", asintió Renata. "Bienvenidos al club de los que trabajan porque necesitan comer".

Al encender la computadora, miró a su alrededor con más atención. Algunos escritorios tenían fotos familiares, otros, dibujos infantiles. Había una pequeña colección de tazas graciosas esparcidas por todas partes, con frases como "No me hables antes del café" y "Reunión que podría ser un correo electrónico". Era como si cada objeto intentara humanizar un poco ese ambiente de plazos y exigencias.

"Déjame ponerte en contexto", dijo Renata, girando su silla para mirarla. "Si no entiendes quién es quién aquí, acabarás entregándole el informe a la persona equivocada y metiéndote en problemas por nada".

Ella se reclinó en su silla, intrigada.

"Allá, junto a la impresora, está el equipo de finanzas", empezó Renata, señalando discretamente. "Son los que siempre parecen de mal humor, pero en realidad, es porque todo lo que pasa por ellos trae problemas. Si alguien olvida enviar una factura, sufren. Si alguien envía la incorrecta, sufren. Si no envían nada, sufren. Así que, trátenlos bien. Tienen más poder del que parecen".

Observó al grupo cerca de la impresora: una mujer con gafas en la punta de la nariz, un hombre joven con auriculares y expresión concentrada y otro hombre mayor que escribía como si tuviera dificultades con el teclado.

"Ahí abajo, cerca de la ventana, están los vendedores", continuó Renata. "Hablan alto, gesticulan descontroladamente, siempre están en reuniones y aparentemente nunca están en sus escritorios. Prometen cosas a los clientes, y aquí nos esforzamos por cumplirlas. Así que, si oyes a alguien decir: 'Cerrar el trato, ya veremos el resto', puedes estar seguro: es alguien de ventas".

"Y nosotros aquí... sufrimos", añadió, empezando a comprender el patrón.

"Exactamente", sonrió Renata. "Ahora, más importantes que los departamentos son las camarillas".

La palabra captó su atención inmediatamente.

– ¿Ollas y sartenes pequeñas?

—Ajá —Renata se acercó un poco más—. Aquí no se trata solo de quién trabaja con quién. Se trata de quién protege a quién, quién tira de quién, quién habla mal de quién, quién le jura lealtad a quién. La oficina es un organismo vivo, y el chisme es su sistema circulatorio.

Ella se rió, encontrando la metáfora divertida, pero curiosa por ver hasta dónde llegaría.

—Por ejemplo —continuó Renata bajando ligeramente la voz—, ¿Ves a Julia allí con el blazer beige?

Ella siguió con la mirada y vio a una mujer con cabello lacio atado en una cola baja, un rostro expresivo y dedos rápidos en el teclado.

"Es muy cercana a Ana Paula", explicó Renata. "Llevan años trabajando juntas. Si te llevas bien con Júlia, la mitad de las cosas fluyen con más facilidad, porque ella sabe cómo piensa Ana Paula. Pero si la pisoteas, Ana Paula lo sabrá antes de que te des cuenta".

Ella guardó esa información cuidadosamente.

—¿Y ese tipo de ahí, con la camisa a cuadros, que siempre lleva auriculares colgados del cuello? —Renata señaló con la barbilla.

Vio a un niño apoyado en la mesa, riéndose de algo en su teléfono celular con otro colega.

– Este es Henrique. Es bueno en lo que hace, pero tiene cierta pereza estratégica. Es de los que desaparecen cuando hay un problema grave, pero reaparecen cuando hay que celebrar. ¿Conoces el dicho «la victoria tiene muchos padres, la derrota es huérfana»? Henrique es un experto en ser el padre de la victoria.

"¿Y nadie dice nada?" preguntó sorprendida.

"Sí que habla", respondió Renata. "Entre nosotros. Pero delante del jefe, lo básico lo dice a la perfección. Y aquí, quien no causa problemas evidentes se queda".

Ella negó con la cabeza, empezando a darse cuenta de que la competencia no era el único criterio para sobrevivir allí.

“También están las personas del equipo del jefe”, continuó Renata. “No oficialmente, claro. Pero es obvio. Personas que trabajan más de cerca con él, participan en las decisiones y son invitadas a reuniones importantes. Lucas, por ejemplo”.

Renata señaló a un hombre con camisa blanca, sentado más cerca de la sala de cristal. Tenía un aire atento, casi siempre serio, y hablaba por teléfono, anotando algo en un bloc de notas.

"Es la mano derecha de Augusto", explicó. "Si el director es el cerebro, Lucas es la mano derecha. Todo pasa por él. Y es leal. Muy leal. Algunos piensan que es un adulador. Yo creo que simplemente es alguien que decidió jugar con más estrategia".

"¿Y qué pasa con la gente a la que no le gusta el jefe?" preguntó, intentando sonar casual pero genuinamente interesada.

Renata esbozó una sonrisa algo amarga.

Este equipo también es genial. Simplemente habla con más calma. Algunos piensan que Augusto es grosero, frío, desorganizado y autoritario. Algunos piensan que exige demasiado y reconoce muy poco. Algunos han recibido fuertes reprimendas y nunca lo han olvidado.

"¿Y a ti?", preguntó con curiosidad. "¿Te gusta?"

Renata permaneció en silencio unos segundos, pensando.

"Lo respeto", respondió finalmente. "He tenido jefes peores. También he tenido jefes más fáciles. Augusto es un personaje complejo. Comete muchos errores, pero también nos defiende ante cosas que otro jefe nos habría echado en cara. Simplemente he aprendido a no esperar favores. Esperar justicia ya es una ganancia."

La sinceridad de la respuesta la acercó aún más a Renata, no sólo como colega, sino como fuente de conocimiento sobre ese entorno.

En medio de la conversación, una voz cortó el murmullo general:

"Chicos, hubo otro despido en el departamento de marketing", anunció alguien, lo suficientemente fuerte para que todos lo oyeran.

Varias miradas se volvieron hacia arriba. La noticia se extendió como un reguero de pólvora por el sector.

"¿Quién?" preguntó alguien.

—Fernanda —respondió la misma empleada—. Dijeron que era un recorte de gastos.

Renata puso los ojos en blanco.

"Aquí, cuando dicen 'recorte de gastos', normalmente se refieren a 'recorte de personal'", explicó en voz baja. "El costo nunca es la campaña equivocada, el objetivo absurdo, la reunión inútil. Siempre es alguien con una placa".

Sintió un escalofrío. Contrato temporal. Tres meses. En un lugar donde los despidos se anunciaban casi como si fueran pronósticos del tiempo, el terreno parecía aún más inestable.

Durante la mañana, mientras intentaba concentrarse en sus tareas, pequeños fragmentos de conversación llegaban a sus oídos, como si toda la oficina fuera una gran estación de radio llena de canales superpuestos.

– Dicen que Augusto discutió con el gerente general en la última reunión…
– Escuché que dio un puñetazo en la mesa por los recortes de personal…
– Un día ordenó rehacer todo un informe porque un número estaba mal en dos decimales…

Cada frase añadía otra capa al mito del jefe imperfecto: exigente, explosivo a veces, dispuesto a luchar por el equipo en algunas situaciones, temido en otras.

Durante la pausa del café, Renata tiró de la manga de su nueva colega.

Acompáñame al Mundial. Si no entiendes la dinámica del Mundial, te perderás la mitad del drama de la compañía.

La sala de descanso era un espacio pequeño, con un refrigerador viejo, un microondas desvencijado, una mesa redonda y tres sillas que nunca eran suficientes para todos. El olor a café mezclado con comida recalentada parecía ser el aroma oficial del lugar.

Había tres personas dentro cuando llegaron: Julia, con un blazer beige; Henrique, con una camisa a cuadros; y otra mujer a la que

aún no conocía, revolviendo su café vigorosamente.

—Ésta es la nueva temporal —anunció Renata abriendo el armario en busca de una taza disponible.

—Lo sé —dijo Julia sin más ceremonia—. Ana Paula lo mencionó. Bienvenida. No dejes que nadie te asuste de inmediato.

"No todos merecen esta atención", añadió Henrique, con una sonrisa irónica que podría haber sido encantadora o provocadora. "Pero los trabajadores temporales suelen ser buenas personas. Aún no han tenido tiempo de volverse cínicos".

Ella sonrió, sin saber cómo reaccionar.

"¿Qué tal?", preguntó la mujer del café, presentándose finalmente como Carol. "Mucho choque cultural, ¿o esperabas este nivel de locura?"

"Creo que esperaba menos gente corriendo y más hojas de cálculo silenciosas", respondió, provocando algunas risas.

"Aquí, si oyen silencio, desconfíen", comentó Henrique. "O el sistema colapsó, o hubo una bomba tan grande que todos se quedaron paralizados".

—¿Y el jefe ya te ha llamado a su oficina? —preguntó Julia, apoyándose en el mostrador.

"Sí", respondió, sintiendo de inmediato que todas las miradas se volvían hacia ella con más atención. "Solo para conocerme, hablar de trabajo, ese tipo de cosas".

—Hm —dijo Julia, como si esas cosas dejaran mucho margen de interpretación—. ¿Y entonces?

"Es... directo", dijo, repitiendo el término que había usado con Renata. "Y parece prestar atención a todo".

Los tres intercambiaron miradas rápidas, como si esa revelación confirmara algo que ya sabían.

"Es realmente útil", coincidió Carol. "Y ese es uno de sus problemas y una de sus fortalezas. Ve lo que mucha gente finge no ver".

"Pero eso tiene un precio", añadió Henrique. "No puedes esconderte. Ni de las cosas buenas ni de las malas que haces".

Julia jugaba con su teléfono, perdida en sus pensamientos.

"Augusto es un caso especial", dijo, como si ordenara sus pensamientos en voz alta. "Lo he visto defender a la gente aquí con uñas y dientes, provocando peleas allá. Y lo he visto reprender públicamente a la gente, delante de todos, por cosas que podrían haberse resuelto en privado".

"He estado en ambos bandos", confesó Carol. "He sido la protegida y la regañada. Parece que nunca se sabe qué versión de él va a salir".

El protagonista escuchaba todo atentamente, intentando reconstruir una imagen coherente a partir de piezas contradictorias.

—¿Por qué te quedas entonces? —preguntó con sinceridad—. O sea... si es tan inestable.

Hubo un breve silencio, en el que cada persona pareció mirar hacia dentro antes de responder.

Julia habló primero.

"Porque también trabajamos con buena gente", respondió. "Porque, a pesar de todo, nos da espacio para crecer, para asumir responsabilidades. En otros lugares, era solo un número más. Aquí, al menos, sé que si hago algo muy bien o muy mal, alguien lo notará".

"Porque el sueldo también ayuda", añadió Henrique con pragmatismo. "Y porque cambiar de trabajo constantemente cansa. A veces es más fácil aprender a manejarse con el jefe que tienes que arriesgarte con uno nuevo que podría ser peor".

"Y porque...", suspiró Carol, "...porque nos apegamos. A la rutina, a la gente, incluso al caos. De repente, estás hablando de 'mi equipo', 'mi área', 'nuestros resultados'. Y entonces se vuelve más difícil soltar."

Lo absorbió en silencio. Era extraño pensar en encariñarse con un lugar que, para ella, era tan nuevo y pasajero.

De vuelta a las mesas, a lo largo del día, comenzó a prestar más atención a los pequeños detalles de la socialización.

Observó cómo algunas personas bajaban ligeramente la voz al abrirse la puerta de cristal de la sala. Cómo ciertos comentarios solo se hacían en el chat interno, nunca en correos electrónicos oficiales. Cómo algunos empleados entraban y salían de la oficina de Augusto con diferentes expresiones: algunos aliviados, otros con el rostro impasible, otros intentando disimular cierto brillo en sus ojos, ya fuera de ira o emoción.

Durante uno de los descansos, mientras iba a buscar un vaso de agua de la fuente, escuchó fragmentos de una conversación entre dos colegas del departamento de finanzas.

¿Viste la reprimenda que le dio en la reunión de la semana pasada?
Sí. Estuve allí. Fue horrible.
Pero además... el informe salió mal, ¿no?
Sí, pero podría haberse corregido después, sin exponerlo así.
El problema es que cuando siente que su trabajo ha sido pisoteado, no puede contenerse.

Bebió el agua lentamente, como si cada sorbo fuera tiempo extra para procesar todo.

Poco a poco, empecé a comprender que casi nadie allí era neutral respecto al jefe. Era una especie de centro de gravedad: atraía opiniones, sentimientos, lealtades e irritaciones. Algunos se acercaban; otros, se alejaban. Pero todos, de alguna manera, se veían afectados.

A última hora de la tarde, mientras revisaba una hoja de cálculo antes de enviarla, sintió que Renata la empujaba suavemente.

"Mira ahí", murmuró, moviendo solo los ojos, sin girar mucho la cabeza. "Una escena clásica entre bastidores".

Siguió la mirada de Renata y vio a Lucas salir de la oficina de Augusto con un bloc de notas grueso. Se acercó al escritorio de Julia.

Julia, Augusto te pidió que revisaras los datos de la semana pasada. Encontró una inconsistencia en la proyección del próximo mes.

"¿Ahora?" preguntó Julia, con el rostro ya cansado.

—Ahora —confirmó Lucas—. Necesita esto antes de la reunión de mañana con el director general.

Julia respiró profundamente, como si sacara fuerzas de un lugar secreto.

Está bien. Envíame un correo electrónico con lo que quiere exactamente.

Lucas asintió, ya escribiendo algo en su celular.

—¿Ves? —susurró Renata—. El jefe no habla de todo con todo el mundo. Usa a unos cuantos como extensiones. Lucas, Julia, Ana Paula… son como radares. Y, le guste o no, eso crea una jerarquía paralela. Quien está más cerca de él sabe primero. Y también sufre primero.

«¿Y nosotros, que estamos más lejos…?», preguntó.

"Sentimos el impacto después", respondió Renata. "Como una ola que se aproxima después de que alguien se zambulle".

Esa noche, al llegar a casa, se dio cuenta de que no recordaba haber pensado en fórmulas de Excel ni una sola vez durante el viaje de regreso. Lo que llenaba su mente eran rostros, voces, frases al azar.

Aquí, la gente cae por las personas, no por los números.
Algunos piensan que es un ogro con fugaces momentos de ternura.

Ve lo que muchos fingen no ver.
No te hagas a la idea de que solo estás aquí 'tres meses'.

Yacía en la cama con la sensación de que, más que aprender a trabajar, necesitaba aprender a interpretar el entorno. Los chismes en la sala de descanso, las lealtades silenciosas, los secretos que todos parecían saber, pero pocos decían abiertamente. Había un lenguaje específico en esa oficina, hecho de medias palabras, miradas y silencios.

Y en el centro de ese lenguaje confuso, un hombre que, sin haber pedido ser protagonista, siempre era mencionado de alguna manera: el jefe imperfecto.

Seguía entre el público, observando. Pero, cada vez más, sentía que, en algún momento, la llamarían al escenario, le gustara o no. Y, cuando eso sucediera, las alianzas, los chismes y los secretos tras bambalinas marcarían la diferencia en el guion que le aguardaba.

CAPÍTULO 4 – ERRORES, REPRIMENDAS Y PEQUEÑOS GESTOS DE CUIDADO

El correo electrónico parecía inofensivo.

Asunto: **Informe Consolidado – Cierre Mensual** .
Texto breve y cortés, adjunto en PDF, copia para Ana Paula y otras dos personas de la zona. Lo revisó tres veces antes de hacer clic en "Enviar". Comprobó números, verificó fechas, releyendo párrafo por párrafo como quien examina una bomba antes de decidir si cortar el cable rojo o el azul.

Cuando finalmente presionó el botón, sintió ese breve alivio: hecho, otra tarea completada.

El alivio duró exactamente nueve minutos.

A las 10:24 AM, apareció la siguiente notificación:
Augusto – Re: Informe Consolidado – Cierre Mensual .

Parpadeó, sorprendida. No se lo había enviado directamente. Al parecer, alguien lo había reenviado. Su corazón se aceleró un poco, sin permiso.

Abrió el mensaje.

"Este informe tiene al menos tres inconsistencias graves".

1) Página 2: los gastos totales no coinciden con la suma de las filas.
2) Página 4: el valor en la columna "Pronóstico" es diferente de la

cifra consolidada anterior.
3) Página 5: hay una fila duplicada.

¿Quién hizo esto?

Augusto.

La última frase parecía gritar desde la pantalla: "¿Quién hizo esto?"

Se le revolvió el estómago.

—Renata —llamó en voz baja, girando discretamente el monitor hacia su colega—. Mira esto.

Renata leyó el correo electrónico rápidamente, sus ojos recorriendo las líneas con la familiaridad de alguien que ha visto cosas similares antes.

"¿Usted elaboró este informe?" preguntó.

Sí, configuré la base de datos. Ana Paula la revisó, pero creo que extraje datos incorrectos de una de las hojas de cálculo.

Renata se mordió el labio.

"Respira hondo", dijo primero. "El error es grave, pero no irreparable. La pregunta es: ¿quién va a responder a este correo?"

Tragó saliva con dificultad. El cursor parpadeó en la pantalla, esperando una respuesta.

Antes de que pudiera decidirse, llegó un nuevo mensaje. Era de Ana Paula, respondiendo a todos:

Augusto,

El informe fue elaborado por el nuevo asistente administrativo temporal, bajo mi supervisión. Lo revisaremos ahora y reenviaremos el archivo corregido más tarde hoy.

Ana Paula.

Sintió que le ardían las orejas. «El nuevo temporal». Ni siquiera el nombre aparecía. Solo la etiqueta: el nuevo, el temporal, el que

cometió el error.

"Podría haber dicho simplemente que el informe se elaboró en nuestro departamento, sin etiquetarlo así", murmuró Renata, indirectamente irritada. "Pero bueno. Arreglemos esto antes de que se convierta en una telenovela".

Los dos volvieron a sumergirse en las hojas de cálculo. Revisaron línea por línea, fórmula por fórmula. Y sí, ahí estaba el error: con las prisas, había copiado los datos de un archivo de prueba, no de la versión final consolidada. Parecía tan pequeño como una celda de Excel. Pero, visto desde arriba, era el tipo de error que modificaba las cifras que aparecían en las presentaciones de PowerPoint, los informes para la junta directiva y la planificación del mes siguiente.

Mientras corregía todo meticulosamente, sentía la culpa palpitar en su interior.

Pensará que soy irresponsable. Que no sé lo que hago. Que contratar trabajadores temporales es una pérdida de tiempo.

Me vino a la mente aquella conversación en la sala de cristal: «No caigas en la trampa de pensar que, por ser temporal, puedes quedarte en la sombra. Eso es malo para la empresa, malo para el equipo y terrible para tu propia salud mental».

No se había quedado en las sombras. Había aparecido, por las razones equivocadas.

Tras otra hora de revisión meticulosa, el nuevo informe estaba listo. Ana Paula le echó un último vistazo, sin mucha conversación, con la mirada fría recorriendo la pantalla.

"Eso está mejor", declaró. "Lo voy a enviar".

Y lo envió, esta vez también copiando directamente a Augusto.

Unos minutos después llegó su respuesta:

"Ahora los números cuadran."

Gracias.

Augusto.

Simple, seco, sin elogios, sin comentarios. Pero, extrañamente, sintió que se le quitaba un poco el peso de encima. Al menos, estaba arreglado.

Lo que ella no esperaba era lo que vendría después.

A las 15:17 horas apareció Ana Paula junto a su escritorio.

"Augusto quiere hablar contigo en su oficina", anunció sin rodeos.

Su corazón dio un vuelco.

- ¿Ahora?

- Ahora.

Se levantó con cuidado, como si temiera que cualquier movimiento brusco hiciera que de la nada apareciera en su frente un cartel que dijera "CULPABLE".

El camino hacia la sala de cristal se le hizo más largo de lo habitual. Las conversaciones a su alrededor parecían más tranquilas a su paso, pero probablemente era solo su percepción. El defecto de quienes saben que han cometido un error es creer que todo el mundo los está observando.

Él llamó a la puerta.

–Entra –oyó su voz.

Esta vez, Augusto estaba sentado, leyendo algo en su portátil. Cuando ella entró, él levantó la vista, y ese pequeño gesto la hizo querer encogerse un poco.

– Siéntate – pidió, sin ninguna expresión demasiado clara en su rostro.

Se sentó, con las manos entrelazadas sobre el regazo y la mirada acostumbrada a no fijar la vista en la pantalla del portátil ni apartar demasiado la mirada.

Durante unos segundos, no dijo nada. Terminó de leer la pantalla, cerró la laptop lentamente y luego se concentró en ella.

"¿Ya preparaste el primer informe hoy?", preguntó directamente, sin andarse con rodeos.

"Sí, lo hice", respondió, sin intentar evadir el problema. "Obtuve los datos de la hoja de cálculo equivocada. Tenía una versión anterior abierta y no me di cuenta. Ya la corregimos y la volvimos a enviar".

La observó en silencio por un momento.

"He visto errores peores", dijo finalmente. "Pero sigue siendo grave. Este tipo de informe no es un simple papel. La junta toma decisiones basándose en él. Presupuesto, recortes de gastos, contrataciones, despidos". Golpeó ligeramente la mesa con el dedo, marcando el ritmo de sus palabras. "Si la cifra es incorrecta, la decisión será incorrecta".

Ella asintió, sintiendo que le ardían los ojos, pero conteniendo las lágrimas. Llorar allí solo empeoraría las cosas.

"¿Lo revisaste antes de enviarlo?" preguntó.

"Sí, lo revisé. Pero confiaba demasiado en la base que había compilado", admitió. "No revisé la suma final. Pensé que si la fórmula estaba ahí, debía ser correcta".

—Lo encontré —repitió—. La peor frase de la oficina.

Ella respiró profundamente.

"Cometí un error", dijo sin intentar defenderse. "Pero puedo aprender de ello".

Hubo un breve y pesado silencio.

"No te llamo solo para decirte que cometiste un error", continuó. "Ya te lo dije en el correo electrónico. Te llamé porque quiero entender cómo gestionas los errores".

Ella frunció el ceño ligeramente, sin comprender del todo.

"Algunas personas", explicó, "cuando cometen un error, dedican más energía a justificarlo que a corregirlo. Hay quienes desaparecen. Hay quienes culpan a otros. Y hay quienes lo reconocen, lo corrigen y no lo repiten. Estoy tratando de averiguar en qué grupo encajas".

Pensó en ello toda la mañana: la vergüenza, el esfuerzo por solucionarlo, el deseo de explicarse, pero sin esconderse.

"No me gusta cometer errores", respondió con brutal honestidad. "Pero sé que pasa. Lo que me asusta es el impacto que mi error tiene en la vida de los demás. Sobre todo en un lugar como este. Así que... prefiero admitirlo, corregirlo y obsesionarme con no volver a cometer el mismo error".

Parecía considerar la respuesta cuidadosamente.

"Me alegro", dijo lentamente. "Porque aquí no busco gente que nunca se equivoque. Esperaría mucho tiempo para eso. Lo que no tolero son los errores por descuido. Ni a quienes, tras ser advertidos, tropiezan diez veces con la misma piedra".

Sintió un poco más de alivio al respirar. «Negligencia» no era la palabra que definiera lo que ocurría allí. Desatención, quizás. Inseguridad, sin duda. Pero no negligencia.

"Vi que Ana Paula te delató en el correo electrónico", añadió, cambiando ligeramente el tono. "La nueva trabajadora temporal que elaboró el informe". Imitó las comillas con los dedos. "Eso no me ayuda a resolver el problema. Solo crea miedo. Y el miedo excesivo hace que la gente se esconda, no que mejore".

Ella se sorprendió. No esperaba que lo mencionara. Y mucho menos de esa manera.

—Yo… —dudó—… me sentí un poco como si me estuviera convirtiendo en un ejemplo negativo antes incluso de tener la oportunidad de demostrar lo que puedo hacer.

Augusto se reclinó en su silla, cruzando los brazos.

"No te equivocas al sentirte así", dijo. "Y hablaré con Ana Paula al respecto. Criticar una obra en específico, sí. Etiquetar a alguien así, no".

Parpadeó, sorprendida de nuevo. No se imaginaba que, en la misma conversación donde la reprendían, escucharía una especie de... ¿defensa?

"Pero también necesito que entiendas", continuó, "que aquí nadie es invisible. Los errores y los aciertos se hacen evidentes. A veces, más de lo que nos gustaría. Si aciertas en algo importante, yo también lo notaré".

Ella casi se rió, un poco nerviosa.

—¿Y tú sueles... hacer cumplidos? —preguntó ella, sin poder contener su curiosidad.

Una breve sonrisa apareció en la comisura de su boca.

"Estás muy equivocado si crees que voy a responder eso ahora", replicó con un dejo de ironía. "Tendrás que descubrirlo tú mismo".

Sintió que su rostro se calentaba, sin saber si la habían puesto en su lugar o la habían desafiado.

"Ahora, vayamos a los hechos", continuó, volviendo al punto central. "¿Qué van a hacer, a partir de hoy, para reducir la posibilidad de volver a cometer este tipo de error?"

Reflexionó un momento, tratando de ser práctica.

"Crearé una lista de verificación", respondió. "Antes de enviar cualquier informe, haré lo siguiente:
1) comprobar si estoy extrayendo los datos correctos;
2) revisaré los totales con una calculadora aparte para asegurarme de que coincidan;
3) compararé con el informe consolidado anterior, al menos en los puntos principales".

"Genial", asintió. "Y quiero esa lista de verificación por escrito. No solo para ti, sino para todo el equipo. Si se comete un error, el proceso de aprendizaje no puede limitarse a quien lo cometió. Tiene que convertirse en un proceso".

Ella notó mentalmente: no fue solo una reprimenda. Él usó el error como combustible para cambiar de rumbo.

"Una cosa más", añadió. "La próxima vez que te des cuenta de que algo que hiciste podría estar mal, no esperes a que yo lo descubra. Ponte en contacto primero. Envíame un mensaje, habla con Ana Paula. Admitir un error espontáneamente tiene mucho más peso que descubrirlo en el último minuto".

Ella asintió, sintiéndose, por primera vez en la conversación, menos retraída y más alineada.

Bueno.

"Entonces puedes volver a tu puesto", dijo, volviendo a tomar su cuaderno. "Y recuerda: los errores no te definen, sino cómo los afrontas".

Se levantó, respirando un poco mejor, y se dirigió a la puerta. Sin embargo, antes de irse, volvió a oír su voz:

—Ah —exclamó—, y a pesar del problema, vi que en la nueva versión has mejorado algunas cosas que ni siquiera estaban mal en la primera. Diseño, claridad, leyenda.

Ella se dio la vuelta, sorprendida.

Sí... pensé que podría hacerse más fácil de entender.

"Está bien", confirmó Augusto. "Mejor. Demuestra que no solo arreglas las cosas, sino que las mejoras. Quédate con esto. Te será útil".

Salió de la habitación con la curiosa sensación de haber recibido una reprimenda y un casi cumplido en el mismo paquete. Era difícil de

clasificar. No era exactamente amabilidad, pero definitivamente no era indiferencia.

Al regresar a la mesa, Renata la esperaba con una mirada que sugería que realmente quería escuchar, pero intentaba parecer ocupada.

"¿Y entonces?", preguntó sin rodeos en cuanto ella se sentó. "¿Mucha sangre?"

"Menos de lo que esperaba", respondió. "Hablaba en serio, pero... era justo. E incluso... buscó la palabra, "...es extraño decirlo, pero había cierto cuidado en ello".

Renata levantó una ceja.

—Bienvenido al club de los que ya han recibido críticas constructivas de Augusto —comentó—. Uno sale temblando, pero, en pocos días, se da cuenta de que aprendió la mitad de lo aprendido con estas conmociones.

"Va a hablar con Ana Paula sobre el correo electrónico", agregó, todavía procesando esa parte.

—¿Lo hará? —Renata apoyó la barbilla en la mano, intrigada—. Quiero ver eso. Cuando se mete en esto, los mandos intermedios se ponen nerviosos. Es como si los padres discutieran y los niños fingieran no oír.

Se rieron y la tensión dio paso a un cierto alivio.

Al final del día, las consecuencias del error ya se habían disipado. La oficina tenía un talento natural para crear nuevos problemas y, al hacerlo, reciclar el problema principal. Ahora, todos hablaban de un cambio de sistema que se produciría la semana siguiente, amenazando con perturbar aún más las rutinas.

Pero para ella, el día había dejado una marca.

Esa noche, en casa, sentada a la mesa con el portátil abierto, escribió de memoria la lista de verificación que había prometido. La

detalló paso a paso, incluyó ejemplos y anotó observaciones. Luego, preparó un correo electrónico sencillo para Ana Paula y Renata:

A continuación, se presenta una lista de verificación sugerida para validar informes consolidados, basada en el error de hoy. Creo que puede ayudarnos a evitar problemas similares en el futuro.

Lo envió sin esperar una respuesta inmediata.

Sin embargo, minutos después sonó la notificación.

Primero llegó un rápido "Genial, usémoslo" de Renata.
Luego, un "Gran iniciativa. Lo adoptaremos como procedimiento" de Ana Paula.
Finalmente, más tarde, casi al final de la noche, un breve correo electrónico de Augusto, con copia a los tres:

“Así es como un error deja de ser sólo un error y se convierte en una mejora del proceso”.

Augusto.

Ella releyó la frase varias veces.

No fue un "felicitaciones", ni un "eres increíble", ni un "perdón por la presión". Pero, en ese contexto, fue un tipo de reconocimiento que valió mucho más que cualquier cumplido vacío.

Se tumbó en la cama, cansada, pero con la sensación de haber pasado por una extraña especie de rito de paso. En la oficina más caótica de la ciudad, cometer un error no era nada nuevo. Todos, de alguna manera, habían cometido un desliz en algún momento. La diferencia residía en cómo cada uno salía airoso.

Se fue con una reprimenda, sí. Pero también con una lección concreta, un proceso mejorado y la tranquila consciencia de que, a sus ojos, aún había potencial.

Y aunque no lo admitiera en voz alta, la forma en que había equilibrado dureza y cuidado, corrección y reconocimiento, comenzó

a despertar algo que iba más allá de la simple relación jefe-subordinado.

Poco a poco, sin darse cuenta, dejó de ver a Augusto simplemente como el "jefe imperfecto" de los chismes de oficina. Empezó a verlo como alguien complejo, contradictorio, capaz de herir con una frase dura y, el mismo día, ofrecer un pequeño gesto de protección.

Fue en ese terreno ambiguo, hecho de reprimendas y pequeños cuidados, que, sin saberlo, su corazón comenzaría a construir su propia interpretación de quién era realmente aquel hombre sentado en la habitación de cristal.

Y a partir de ese día, cada error y cada acierto dejarían de ser sólo parte del trabajo y se convertirían también en capítulos de una historia que aún estaba lejos de ser meramente profesional.

CAPÍTULO 5 – LA FRONTERA DIFUSA ENTRE EL TRABAJO Y LA ATRACCIÓN

Lo primero que cambió no fue la forma en que lo miraba. Fue la forma en que empezó a darse cuenta de que ya lo estaba mirando.

No sucedió de repente, como en una película donde la música cambia y todo se ralentiza. Fue gradual, con detalles casi ridículos. Al principio, solo le pareció interesante que Augusto recordara las conversaciones, los errores, los aciertos. Luego, empezó a fijarse en cómo sostenía el bolígrafo cuando se concentraba, en su costumbre de pasarse la mano por la barbilla al pensar, en cómo a veces miraba por la ventana como si hablara con un problema invisible.

Se dijo a sí misma que era pura observación profesional. Al fin y al cabo, él era el jefe, y comprender su estado de ánimo era casi una habilidad de supervivencia. Pero, en algún momento, entre una breve reunión en el pasillo y un correo electrónico más reflexivo al final del día, esa observación empezó a volverse… más centrada de lo necesario.

Una tarde, todo el sector se vio inmerso en uno de esos momentos de caos oficialmente sancionados: plazos ajustados, sistemas inestables, clientes presionando a ventas, ventas presionando a administración, administración presionando a finanzas, finanzas presionando al universo. Fue una reacción en cadena de presión.

Estaba tan absorta revisando un informe que ni siquiera notó que Augusto se acercaba a la mesa. Solo se dio cuenta cuando oyó su voz justo a su lado.

¿Es este el resumen semanal?

Miró hacia arriba demasiado rápido, casi golpeándose la frente contra el borde del monitor.

"Sí, lo es", respondió. "Estoy comprobando las últimas cifras".

Se inclinó ligeramente hacia adelante para mirar la pantalla, apoyando la mano en el borde de la mesa. Su sutil colonia —un aroma a madera, café y papel impreso— la alcanzó. Fue solo un segundo, pero suficiente para que su cerebro lo registrara.

"Esta parte de aquí…" –señaló una línea– "¿la comparaste con el informe de ayer?"

"Sí, lo he verificado." Abrió otra pestaña para mostrarlo. "He configurado una segunda verificación. Si algún dato es inconsistente, la hoja de cálculo lo marcará."

"Bien", comentó. "De verdad que aprendiste del error de la semana pasada".

"Prometí no repetirlo", dijo sin pensarlo mucho. "Y una promesa en una hoja de cálculo es prácticamente un contrato".

Él dio una breve sonrisa con la comisura de su boca.

Si todos aquí tomaran las promesas tan en serio como las fórmulas de Excel, mi vida sería más fácil.

Permanecieron en silencio unos segundos, ambos con la mirada fija en la pantalla. Ella sintió su presencia a su lado de una forma nueva, inquietante y, a la vez, extrañamente reconfortante. Como si el aire a su alrededor se hubiera vuelto más denso.

"De acuerdo", concluyó, enderezándose. "Puedes enviármelo al final del día".

"Te lo enviaré antes", respondió. "A fin de cuentas, es demasiado tarde para alguien como tú".

Él frunció el ceño ligeramente, curioso.

– ¿Qué quieres decir con “alguien como yo”?

Se dio cuenta de que había dicho más de lo que pretendía. Pero retractarse ahora sería peor.

—Quería decir… —buscó las palabras— que no parece que te gusten las sorpresas de última hora. Y menos aún los informes que llegan tarde.

Esta vez, se rió de verdad.

"Así es", dijo. "Estás empezando a entender lo básico".

Se fue, dejando tras de sí esa estela de concentración y humor seco.

Solo después de que él se alejara, se dio cuenta de que había estado prestando atención conscientemente todo el tiempo a la distancia que los separaba, al tono de su voz, a la forma en que sostenía el ratón. Era como si estuviera bajo un foco invisible.

Al final del día, cuando fue a tomar un café a la sala de descanso, Carol estaba allí, jugando con su teléfono celular.

"¿Has notado cómo cambia tu cara cuando regresas de su oficina?" preguntó sin levantar la vista.

Ella se quedó congelada por un segundo.

– ¿Cómo es que cambia?

—No es nada grave —dijo Carol encogiéndose de hombros—. Vuelves con cara de haber corrido un maratón mental. Una mezcla de adrenalina, agotamiento y… —hizo un gesto vago con la mano —… no sé. Algo.

"Es porque es intenso", explicó. "Hablar con él es como... una prueba sorpresa".

—Ah, sí —coincidió Carol con una sonrisa sugerente—. Prueba sorpresa. Lo entiendo.

Ella frunció el ceño.

-¿Qué fue?

—Nada. —Carol volvió a mirar su teléfono—. Pero a veces, el examen sorpresa no es solo de Excel, ¿verdad?

Puso los ojos en blanco, fingiendo no entender la insinuación. Pero, por dentro, sintió que la frase despertaba algo en ella.

Esa semana, el límite entre la vida profesional y personal comenzó a probarse de pequeñas maneras.

En primer lugar, estaban los mensajes enviados fuera del horario comercial.

El martes por la noche, ya en la cama, recibió una notificación en su celular de su correo electrónico del trabajo. Era él.

Disculpen la hora. Olvidé preguntarles algo hoy: mañana, antes de las 10 a. m., ¿podrían traerme también la versión detallada de los comunicados del sector X? Si no, avísenme.

Podría haber respondido al día siguiente. Era lo más sano, lo más "correcto" en términos de su vida personal. Pero se quedó mirando la pantalla unos segundos, indecisa.

«Si respondo ahora, verá que estoy disponible», pensó. «Si no respondo, podría pensar que no estoy comprometida».

Se sintió enojado al encontrarse en esa encrucijada. Al final, escribió:

—No hay problema. Te daré la versión detallada mañana a primera hora. Buenas noches.

La respuesta llegó unos minutos después.

Gracias. Marcará la diferencia en la reunión de mañana. Buenas noches.

Sencillo. Al grano. Pero, de alguna manera, el mensaje «marcará la diferencia» le impactó. Saber que algo que hiciera tendría un impacto directo en una reunión importante la hacía sentir... reconocida.

El miércoles, la prueba llegó en forma de horario extendido.

El sistema colapsó a media tarde y todo el equipo tuvo que quedarse hasta tarde para intentar recuperar datos y reorganizar las entregas. A las 19:30, la oficina seguía medio llena. Las luces de algunas zonas ya se habían apagado, pero el área administrativa permanecía iluminada, con gente dispersa entre hojas de cálculo y tazas de café frío.

Estaba revisando una serie de comunicados por tercera vez cuando se dio cuenta de que solo quedaban cuatro personas en el departamento: ella, Renata, Lucas y Augusto, en la sala de cristal.

Renata se estiró en su silla.

"Mi columna prácticamente me está pidiendo que renuncie", se quejó. "Tenemos que irnos pronto".

"Solo necesito terminar esta parte", dijo. "Si me detengo ahora, perderé el hilo".

"Tienes la costumbre de terminar las cosas", comentó Renata, entre orgullosa y preocupada. "Pero no olvides que tú también tienes que terminar tu día, ¿vale?"

Poco después, Lucas pasó junto a su mesa.

"Vamos a pedir comida", anunció. "Augusto se quedará un rato más y les pidió a quienes puedan que esperen hasta que resolvamos lo básico. ¿Quieren que añada algo al pedido?"

Renata hizo una mueca.

"Quiero mi cama", respondió. "Pero como eso no es posible, un sándwich me servirá".

Ella dudó por un segundo.

"Yo también me quedo", dijo. "Si vamos a reorganizarlo todo, mejor que lo tengamos listo hoy mismo".

Lucas asintió, como si lo hubiera esperado.

Una hora después, los cuatro seguían allí: Augusto en la sala, Lucas entrando y saliendo con las novedades, Renata quejándose de dolor de espalda, concentrada en la pantalla. Llegó la comida: cajas de sándwiches y latas de refresco improvisando una cena decididamente poco saludable.

En una de las ocasiones en que fue a la despensa a tirar la servilleta, vio a Augusto de pie junto a la ventana del pasillo, mirando hacia afuera. El edificio de enfrente estaba casi completamente a oscuras; la ciudad vibraba con luces y sonidos que no le llegaban.

Parecía distante, pero atento. La clase de mirada que tiene alguien cuando piensa en diez cosas a la vez.

Podría haber pasado de largo y fingir que no veía. Habría sido lo más profesional. Pero, demasiado cansada para fingir indiferencia, se detuvo a un metro de distancia.

"Parece que el mundo exterior ya se ha dado cuenta de que el día ha terminado", comentó en tono neutral.

Augusto apartó la mirada de la ventana y la miró fijamente.

"El mundo exterior tiene más sentido que aquí", respondió. "Pero si no termino estas proyecciones hoy, mañana por la mañana me convertiré en el objetivo oficial del director general".

"Así que también estás trabajando horas extras por presión de arriba", observó. "No somos los únicos aquí, ¿verdad?"

Una breve sonrisa apareció en su rostro.

—Sorpresa: a los jefes también los regañan —dijo—. La diferencia es que el regaño viene en forma de una pregunta educada, una hoja de cálculo comparativa y un «alineemos las expectativas».

Ella se rió, imaginando la escena.

"Al menos el sándwich es igual", comentó. "La jerarquía de alimentos es la misma".

La miró por un segundo, como si estuviera evaluando algo más allá de la broma.

"Podrías haberte ido con el resto del equipo", observó. "Nadie te habría crucificado por ello. Sobre todo porque era un puesto temporal".

"Lo sé", respondió. "Pero si me voy ahora, mañana estaré luchando por recuperar el tiempo perdido. Prefiero cansarme hoy que desesperarme mañana".

"¿Y prefieres quedarte aquí que estar en casa ahora mismo?" preguntó, inclinando ligeramente la cabeza.

La pregunta la dejó sin una respuesta automática.

Pensó en la casa silenciosa, la cama, el cansancio. Y pensó en ese lugar: luces blancas, el sonido de los teclados, gente preocupada, pero compartiendo la misma batalla.

"No es que lo prefiera", dijo lentamente. "Pero al menos aquí siento que estoy haciendo algo que le importa a alguien".

Augusto asintió lentamente.

"Y sí importa", respondió. "Más de lo que te imaginas".

Hubo un breve silencio, en el que ambos simplemente se quedaron allí, compartiendo el mismo cansancio. No era un momento romántico, no había música, ni excesiva cercanía física. Era solo un pasillo demasiado iluminado, un jefe y un subordinado exhaustos, hablando de hojas de cálculo y reprimendas.

Pero fue allí donde la frontera empezó a difuminarse.

No porque hubiera dicho nada fuera de lugar. Sino porque, por primera vez, sintió una cercanía que no se limitaba a la jerarquía. Era la sensación de compartir un "nosotros" con él. Estamos aquí, aguantamos la presión, trabajamos toda la noche.

Cuando regresó a la mesa, Renata la observó con una mirada entre curiosa y traviesa.

—¿Ya te uniste al grupo de los que se quedaron despiertos toda la noche pensando en Augusto? —preguntó bromeando.

Ella resopló.

"Renata, solo pienso en no equivocarme con el número mañana", respondió. "No tengo espacio en la cabeza para ningún hombre, y menos para un jefe".

Renata la miró fijamente por un segundo, como si sopesara sus palabras.

"Solo recuerda una cosa", dijo, más seria. "El cansancio une a la gente. Empezamos a confundir la camaradería de las trincheras con otras cosas. Y en este caso, esa confusión puede salir cara".

Ella tragó saliva con fuerza, incómoda al verse tan transparente.

"Sé cuál es mi lugar", replicó ella, un poco a la defensiva.

"Creo que lo sabes", respondió Renata. "Simplemente no confío tanto en la vida. Le encanta ponernos en situaciones improbables".

En los días siguientes, la línea que separa lo profesional de lo personal siguió poniéndose a prueba.

En el pasillo empezaron a surgir más conversaciones rápidas, pequeños comentarios compartidos sólo entre ellos dos, intercambios de miradas en las reuniones cuando alguien decía algo absurdo.

En una reunión en la sala de cristal, con Ana Paula, Lucas y otras dos personas, le pidieron que presentara una sección del informe. Estaba nerviosa, pero logró explicarlo con claridad. Al terminar, miró rápidamente a Augusto, buscando involuntariamente alguna reacción.

No sonrió ni la felicitó. Pero asintió levemente, casi imperceptiblemente, como diciendo: «Vale, es cierto». Eso, para ella,

valió más que si hubiera aplaudido.

Más tarde, al salir de la habitación, sintió vibrar su celular. Un mensaje de su correo electrónico interno:

"Cuando explicas los datos, el equipo los comprende más rápido. Mantenlo simple."

EL."

Releyó el mensaje varias veces. Era una frase corta, pero provenía de alguien que rara vez verbalizaba su aprobación. Y estaba dirigido directamente a ella, sin copia para nadie más.

¿Fue un cumplido? ¿Un comentario? ¿Un poco de ambos?

Esa noche, tumbada en la cama, se dio cuenta de que estaba repasando mentalmente el momento en que él la miró durante la reunión. Cómo apoyó el codo en la mesa, cómo cruzó las manos, cómo siguió lo que ella decía con la mirada. No debería estar notándolo. Tenía otras cosas en qué pensar. Pero allí, en el silencio, esas imágenes insistían en volver.

Entonces comenzó el diálogo interno:

"Solo anhelas reconocimiento, eso es todo. Él es el jefe, es normal querer complacerlo. No significa nada más que eso."

"Pero ¿por qué recuerdas la forma en que te deseó buenas noches en el correo electrónico?"

"Porque estás agotado y tu mente sobrevalora cualquier atención".

"¿Y por qué se te acelera el corazón cuando ves su nombre en tu bandeja de entrada?"

"Porque tienes miedo de haber hecho algo malo. Eso es todo. Eso es todo."

Intentó racionalizarlo. Pero cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que algo resbaladizo estaba emergiendo allí. Todavía no era pasión, amor, nada tan claro. Era una zona gris de curiosidad, admiración, incomodidad y atracción embrionaria.

En el trabajo, las cosas se volvieron aún más complejas.

Un día, al llegar antes de lo habitual, encontró la sala de cristal aún a oscuras. Pero Augusto estaba dentro, sentado a la mesa, comiendo una barrita de cereales y consultando un informe impreso.

Ella caminó por el pasillo, planeando ir directamente a su escritorio. Pero él levantó la vista y la vio.

"Llegas temprano", comentó, sin salir de la habitación.

"Hoy hay menos tráfico", respondió, deteniéndose en medio del carril. "Lo aproveché".

—Bien. —Levantó la mano con el papel—. Me ahorraste el correo electrónico. El informe de ayer fue mucho mejor. Más claro y con contexto. Se nota que ves más allá de los números.

Sintió que un silencioso sentimiento de orgullo crecía en su interior, mezclado con nerviosismo automático.

- Gracias.

"Ese no es un cumplido cortés", añadió. "Si hubiera sido malo, también lo habría dicho".

—Ya me había dado cuenta —respondió ella, arrancándole una media sonrisa.

"Está bien", dijo. "Puedes ir a trabajar. Cuanto antes empieces, antes terminará el día".

Al alejarse, sintió de nuevo esa mezcla de motivación y confusión. Porque, en la superficie, todo era simplemente una relación profesional. Un jefe atento, un empleado dedicado. Pero en el fondo, empezaba a emerger otra capa: la necesidad de ser vista específicamente por él, de obtener ese gesto de asentimiento, ese breve "bien", ese correo electrónico breve.

Y ahí era precisamente donde residía el peligro.

Después de todo, ¿cuántas veces en su vida había confundido validación con afecto? ¿Cuántas veces había confundido a alguien

que la desafiaba con alguien que la amaba? ¿Cuántas veces había confundido atención con interés?

En la oficina más caótica de la ciudad, donde el tiempo se medía por plazos y objetivos, nadie se detenía a analizar la situación con calma. La vida seguía su curso, había que entregar hojas de cálculo, las reprimendas no paraban, junto con pequeños gestos de consideración.

Pero dentro de ella, silenciosamente, un límite comenzaba a disolverse.

Entre "Quiero hacer un buen trabajo" y "Quiero que piense que hago un buen trabajo".
Entre "Es un buen jefe, a pesar de sus defectos" y "Quiero entender a este hombre más allá de su puesto".
Entre "Es simplemente profesional" y "Es simplemente profesional... ¿no?"

Todavía no se atrevía a ponerle nombre a nada. No se sentía enamorada, no fantaseaba con una vida juntos, no imaginaba escenas dramáticas fuera de ese lugar. Lo que sentía era más sutil: una especie de hilo invisible que la atraía cada vez que él entraba en la habitación, cada vez que pronunciaba su nombre, cada vez que le corregía algo.

Y, como casi todo hilo invisible, el aspecto más peligroso no era lo que ya representaba. Era lo que podría llegar a ser gradualmente si nadie se daba cuenta a tiempo.

En ese momento, aún podía decirse a sí misma que todo era solo trabajo. Pero, en el fondo, una parte más honesta de ella empezó a susurrar:

La frontera se está difuminando.
Y una vez difusa, es muy difícil volver a verla con claridad.

CAPÍTULO 6 – JUEGOS DE PODER: CUMPLIDOS, SILENCIOS Y PRUEBAS EMOCIONALES

Al principio, pensó que exageraba. Que todo estaba en su cabeza, abrumada, cansada, con demasiada interpretación en tan pocos gestos. Pero, con el paso de los días, se le hizo difícil ignorar un patrón recurrente: Augusto no trataba a todos por igual. Y, con ella, parecía haber creado un juego específico, uno que no sabía si jugaba por decisión propia o por inercia.

El juego casi siempre comenzaba con algo sencillo: un cumplido rápido, colocado en medio de un día complicado.

Un lunes lluvioso, todo el departamento estaba tenso. Uno de los informes enviados la semana anterior había regresado de la gerencia con una extensa lista de "ajustes necesarios". El mensaje se había enviado a todos, y las críticas tenían un tono institucional, pero nadie se salvó del impacto.

Los datos son correctos, pero la presentación es confusa. Necesitamos más claridad, más contexto y menos jerga.

Ana Paula reunió al equipo, irritada.

"No tenemos tiempo para seguir revisando lo que ya se ha entregado", se quejó. "Así que ahora, todos tendremos que ayudar a mejorar esto".

Cada persona recibió una parte del informe para aclararlo. Ella se encargó de las explicaciones y las notas a pie de página.

Pasó la mañana reescribiendo textos, intentando transformar frases técnicas en algo comprensible para todos. Eliminó palabras sobrantes, reorganizó la información y creó breves resúmenes antes de los gráficos. No era algo que se notara de inmediato, pero cualquiera que leyera con atención notaría la diferencia.

Al final del día, Augusto le pidió que fuera a su oficina.

Ella entró, su cuerpo cansado y su mente ya rogando por descanso.

"Siéntate un minuto", dijo señalando la silla que tenía delante.

Ella se sentó, tratando de adivinar si estaba recibiendo una reprimenda, una petición o ambas cosas.

Augusto recogió unos papeles de la mesa: era precisamente la parte del informe que ella había reescrito.

"Esto está mucho mejor ahora", dijo sin rodeos. "A la junta no le gusta sentirse tonta, y cuando llenamos los informes con términos complicados, esto es lo que hacemos: nos hacemos los listos y confundimos a todos. Tú lograste explicar algo complejo de forma sencilla. Eso es raro."

Sintió que su pecho se calentaba de una manera casi infantil.

"Gracias", respondió ella, sorprendida por la claridad del cumplido.

"No es solo un 'gracias'", continuó. "Quiero que entiendas que esto marca la diferencia. No estás aquí solo para marcar un número. Piensa en lo que estás pasando. Y eso lo cambia todo".

Tragó saliva con fuerza. Quería escribir esa frase en algún lugar. «No estás aquí solo para marcar números».

"Sigue así", terminó. "Pero no tires el resto, por favor. Todavía necesito que seas un pesado con las hojas de cálculo".

Ella sonrió, aliviando la tensión.

Salió de la habitación con una sensación que rozaba la euforia. El día había sido duro, pero ese reconocimiento resonó en su interior como una recompensa silenciosa.

Renata se dio cuenta inmediatamente.

"Mmm...", murmuró mientras volvía a sentarse. "Vino con el aire de alguien que ha oído algo bueno."

"Elogió el texto del informe", dijo, intentando sonar despreocupada. "Dijo que explico bien las cosas. Que no estoy aquí solo para escribir".

—Ah, el viejo truco del cumplido —comentó Renata, cruzándose de brazos—. Funciona mejor que un aumento.

Ella frunció el ceño.

¿Estás diciendo que lo hace a propósito?

"Digo que sabe el efecto que tiene", respondió Renata. "No creo que sea falso. De verdad dice lo que piensa. Pero es innegable: sabe cuándo una frase atrae a alguien".

Ella quería discrepar, pero la frase seguía resonando: "atraer a alguien hacia ti".

¿Cómo acercarlos? ¿Para motivarlos? ¿Para controlarlos? ¿Para retenerlos?

No hubo mucho tiempo para pensar. Porque, dos días después, apareció el otro lado del juego.

Era jueves cuando todo explotó por un pequeño detalle.

Había organizado una secuencia de lanzamientos en una hoja de cálculo compartida. Cada miembro del equipo completaba una parte, y ella era responsable de consolidarlo todo para el final de la mañana. El acuerdo era que los datos estarían listos a las 11:00.

A las 10h50 horas las liberaciones de Henrique aún estaban pendientes.

Ella envió un mensaje rápido en el chat:

"Henrique, ¿puedes lanzar en cinco minutos? Necesito cerrar la base".

No hay respuesta.

A las 11:03 a. m., aún no había señales de Henrique. Fue a su escritorio.

—Henrique, ¿ya has metido los datos en la hoja de cálculo compartida? —preguntó ella, intentando sonar neutral.

—¡Ah, claro! —exclamó, como si fuera un detalle trivial—. Olvidé subir. Lo hago ahora.

Volvió corriendo a su escritorio. Unos minutos después, llegaron los datos, pero al revisarlos, notó lagunas y valores extraños. La fecha límite se acercaba, el tiempo corría y Augusto esperaba los resultados consolidados.

Hizo lo que pudo: corrigió lo que pudo, marcó lo que no estaba claro y envió la hoja de cálculo a Augusto con una nota:

Algunos datos de Henrique estaban incompletos. Los completé con base en informes anteriores, pero aún queda algún ajuste por hacer.

Media hora después, Augusto apareció en la zona, con la hoja de cálculo abierta en su portátil y la expresión cerrada.

"¿Quién consolidó esto aquí?" preguntó en voz lo suficientemente alta para que todos lo oyeran.

Ella levantó la mano.

- I.

"¿Y quién rellenó estos campos aquí?" señaló las líneas de Henrique.

Yo también. Los datos no llegaron completos a la hora acordada. Yo…

—Entonces no deberías haberlo cerrado como si estuviera completo —interrumpió, sin alzar la voz, pero dejando que el aire se enfriara

—. Deberías haberme dicho que faltaba algo. No trabajo con suposiciones, trabajo con hechos.

Varias cabezas se giraron discretamente hacia la escena. Sintió que le ardía la cara.

"Dejé un comentario en el correo electrónico", intentó explicar. "Indiqué que había lagunas..."

"Un comentario en una nota al pie no es una advertencia", interrumpió. "Cuando hay un problema, lo dejas todo y hablas conmigo. No envías medias verdades como si fueran toda la verdad. Porque allí arriba nadie lee notas al pie. Leen la cifra. Y la cifra, por cómo la enviaste, parecía definitiva".

El silencio que siguió fue pesado.

Ella tragó saliva con fuerza, intentando no demostrar lo mucho que la afectaba.

– Entendido – respondió bajando ligeramente la mirada.

"Eso espero", respondió, aún serio. "Porque este tipo de comportamiento no es un error técnico. Es un error de juicio".

Se volvió hacia Henrique.

"Y tú", continuó, ahora dirigiéndose a su colega, "estás retrasando a todo el equipo. Si la fecha límite son las 11:00, no son las 11:10, ni las 11:15. Son las 11:00. Si tienes problemas para cumplirla, tenemos que reconsiderar tus prioridades".

Henrique asintió, incómodo.

Lo siento, Augusto. Me confundí.

"No es 'lo siento'", volvió a interrumpir. "Es: 'no volverá a pasar'. O al menos no debería".

Sin decir nada más, Augusto regresó a la sala de cristal, dejando tras de sí una estela de atmósfera tensa.

Se quedó allí unos segundos, sintiendo una mezcla de vergüenza, irritación y una punzada de injusticia. ¿Se habría equivocado? En parte, sí. ¿Podría haberlo dejado todo y haber acudido a él en lugar de intentar resolverlo sola? Podría haberlo hecho. Pero también había intentado no retrasar el proceso. Y, sin embargo, el peso de la reprimenda recaía enteramente sobre sus hombros.

Renata se acercó lentamente.

"¿Estás bien?" preguntó en voz baja.

—Lo soy —respondió ella, con el corazón aún latiéndole con fuerza —. Simplemente no me gustaba que me pusieran como ejemplo de un error de juicio delante de todos.

"Podría haber llamado a la habitación, sí", asintió Renata. "Pero ese es su lado malo. Cuando se aplica presión desde arriba, se envía presión hacia abajo, sin filtrar".

"Y lo peor es que en parte tiene razón", admitió, molesta. "Debería haber hablado con él antes de cerrar. Pero intenté resolverlo..."

"Y usó su 'Intenté resolverlo' como argumento para su discurso", añadió Renata. "Bienvenidos a la zona gris de los jefes que tanto ayudan como perjudican".

El día continuó con esa extraña sensación: por un lado, la sensación de haber sido elevada por elogios sinceros; por el otro, la sensación de haber sido expuesta por un error que no era sólo suyo.

Esa noche, en casa, casi abrió su correo electrónico para escribirle algo a Augusto, explicándose mejor. Pero decidió no hacerlo. Sonaría a la defensiva. Y peor aún: podría interpretarse como un intento de reconciliación que no era solo profesional.

Al día siguiente, reinó el silencio.

Augusto pasó el día sin hablar directamente con ella. Le pidió cosas al departamento a través de Lucas o por correos electrónicos generales. Ni una sola reprimenda, ni un solo cumplido. Nada. Como si hubiera vuelto a ser una más.

Y eso, para su propia sorpresa, le dolió más que el regaño público.

Se preguntó si estaba decepcionado, si había perdido la fe en ella, si ahora la veía solo como alguien que necesitaba supervisión constante. Cada vez que caminaba por el pasillo sin siquiera mirarla, una parte de ella se encogía.

No fue hasta la tarde que algo rompió el silencio.

Estaba guardando unos documentos en una carpeta física cuando oyó su voz, más baja de lo habitual, detrás de ella.

"Date prisa, no tengo todo el día", dijo, pero no a ella. Estaba hablando con alguien por teléfono.

Giró levemente la cabeza y vio a Augusto de pie cerca de la impresora, hablando con alguien a través de auriculares, con expresión irritada.

"No tiene sentido imponerme la fecha límite", continuó. "Si fijas la fecha de entrega sin consultar al departamento que realiza el trabajo, es tu problema. No voy a sacrificar a mi equipo porque alguien quiera parecer eficiente en una reunión".

Mientras hablaba, dio unos pasos. Al colgar, vio que ella seguía allí, cerca del archivador.

"¿Lo oíste?" preguntó sin rodeos.

"Un poco", admitió.

“Allí también cometen errores”, dijo, cruzándose de brazos. “Nos ponen plazo tras plazo y esperan que lo resolvamos sin quejarnos. Pero conmigo no”. Echó un vistazo rápido a la zona. “Puedo discutir con ustedes, pero no dejaré que nadie le tire una bomba al equipo sin avisar”.

Respiró hondo, sorprendida por la declaración. «Puedo pelear con ustedes aquí».

"Lo entiendo", respondió. "Es solo que... cuando discutes aquí delante de todos, a veces parece que estás lanzando una bomba".

La miró fijamente un segundo, evaluándola. Había en ella una audacia que él mismo había fomentado al decir que quería ser confrontado algún día. Y ahora ese día llamaba a la puerta, aunque tímidamente.

"¿Estás hablando de ayer?" preguntó.

—Lo soy —admitió sin rodeos—. Sé que cometí un error. Sé que había otra manera de hacerlo. Pero yo... —buscó las palabras—... me sentí un poco... expuesta más de lo necesario. Como si todos hubieran visto una película donde yo era la única culpable.

Augusto permaneció en silencio unos segundos. Ese silencio que te hace querer llenarlo con cualquier cosa, solo para escapar de la incomodidad. Pero ella no habló. Esperó.

"En parte tienes razón", dijo finalmente. "Exageré. Me molestó la demora, la presión de arriba, y me desquité con la situación más de lo debido".

Fue lo más parecido a un "me equivoqué" que jamás había oído de él.

"Eso no cambia el hecho de que la decisión fue incorrecta", continuó. "Pero cambia cómo debí haberlo manejado. Así que, sí, podría haberte llamado a la sala. Y no delante de todos".

No sabía muy bien qué responder. La parte de ella que aún ardía de irritación quería decir: «Bueno, sí, podía». La otra mitad, que reconocía el peso de que un jefe admitiera cualquier cosa, quería suavizar el golpe.

"Gracias por decir eso", dijo simplemente.

Hizo un ligero gesto con la cabeza, como para terminar la conversación.

"No dejes que esto te paralice", añadió. "Necesito que sigas tomando decisiones. Aprende a elegir mejor cuando haces las cosas por tu cuenta y cuando pides ayuda".

Y regresó a su habitación.

Esa noche comprendió algo importante: con Augusto nada era puro.

Los elogios llegaban, pero acompañados de expectativas.
Las reprimendas llegaban, pero a veces acompañadas de un intento desacertado de protección.
El silencio llegaba como una forma de castigo indirecto, pero también como un espacio para que las cosas se calmaran.

Era claramente un juego de poder. No necesariamente consciente, ni necesariamente cruel. Pero un juego al fin y al cabo.

Él estaba probando: ¿cuánta presión puede soportar?
Ella estaba probando: ¿cuánto puedo hablar sin pasarme?

Equilibró cuidadosamente elogios y críticas, presencia y ausencia, como quien hace malabarismos con platos. Y, mientras tanto, ella se volvía cada vez más sensible a cualquier cambio de tono, cualquier retraso en las respuestas a los correos electrónicos, cualquier expresión diferente en su rostro.

Un día, mientras discutía algo con Carol en la sala de descanso, terminó diciendo:

A veces parece que simplemente aprieta y afloja el cinturón de seguridad para ver hasta dónde llegamos.

Carol removió su café, perdida en sus pensamientos.

"Y a veces les aprieta el cinturón aún más a quienes cree que pueden con ello", respondió. "Es un cumplido, pero también una gran injusticia".

Ella la miró curiosa.

- ¿Qué quieres decir?

"Si ve potencial en alguien, no se anda con rodeos", explicó Carol. "Suena bien en teoría, ¿verdad? 'No te voy a tratar como si fueras frágil porque creo en ti'. Pero a veces se pasa. Y olvida que incluso las personas fuertes se cansan".

Las palabras golpearon fuerte.

Empezó a encajar las piezas: los cumplidos específicos, las reprimendas más duras, el silencio calculado, el «Estaba molesta por otra cosa, pero tú estabas en primera línea». Todo formaba un cuadro complejo.

Y en medio de ese juego, su corazón se iba involucrando sin que ella se diera cuenta.

Porque cuando alguien es la fuente tanto de tu orgullo como de tu dolor, es difícil mantener la distancia.
Cuando la misma persona que te humilla un momento te defiende al siguiente, tu mente se confunde.
Cuando la misma mirada furiosa que te atraviesa un día te mira con respeto al siguiente, tus emociones se revuelven.

Empezó a notar que, los días que él la elogiaba por algo que hacía, ella producía el doble. Los días que la ignoraba, todo le parecía más pesado, más tedioso. Él, quizá sin darse cuenta del todo, había accedido a una especie de interruptor interno: podía activar y desactivar su motivación con una sola frase.

Y eso, en cualquier contexto, ya sería peligroso. En un entorno donde él era el jefe y ella una subordinada temporal, era casi explosivo.

A partir de ese momento, los juegos se volvieron más claros. No porque alguien los anunciara, sino porque ella empezó a ver más allá.

Un cumplido oportuno la hacía sentir única.
Las críticas públicas la hacían sentir reemplazable.
Un simple "gracias" en un correo electrónico breve la hacía pensar en él antes de acostarse.
Un frío "espero más de ti" la dejaba con la cabeza gacha durante días.

Y así, entre elogios y silencios, entre pruebas emocionales y correcciones técnicas, la relación se profundizó de forma retorcida.

No como una amistad, ni aún como un romance, sino como una extraña conexión en la que la profesional se mezclaba con una dependencia emocional que ella no estaba preparada para admitir.

Pero lo admitiera o no, ya estaba sucediendo.
Y los siguientes pasos inevitablemente dejarían claro que, en algún momento, uno de ellos cruzaría una línea irreparable.

CAPÍTULO 7 – EL PUNTO DE INFLEXIÓN: CUANDO LA OFICINA DEJA DE SER SOLO UN LUGAR DE TRABAJO

El aviso llegó en forma de correo electrónico, como casi todo lo demás.

Asunto: **Reunión de Alineación – Proyecto Aurora**
Remitente: Gerencia General
Participantes: Augusto (Director de Área), equipo administrativo seleccionado, equipo de ventas.

Ella leyó el mensaje una vez, luego otro, sólo para asegurarse de que lo había leído correctamente.

Su nombre estaba en la lista.

—Renata —llamó, girando ligeramente la pantalla—. ¿Viste eso?

Renata acercó su silla y leyó el correo electrónico.

"Mira eso...", murmuró, arqueando las cejas. "Te has unido al equipo del Proyecto Aurora. ¡Menudo logro!"

"¿Y qué es exactamente este proyecto?" preguntó curiosa y un poco aprensiva.

—Traduciendo de la jerga corporativa a un lenguaje sencillo — comenzó Renata—: es una reestructuración enorme que la junta

directiva quiere llevar a cabo. Cambios en los procesos, recortes de costos, tal vez nuevos productos, nuevos clientes. Es el tipo de proyecto que nadie comprende del todo al principio, pero que al final afecta la vida de todos.

"Y... ¿por qué estoy en esta lista?" insistió, como si alguien hubiera puesto su nombre allí por error.

Renata esbozó una sonrisa irónica.

– Porque, te guste o no, tu etapa "temporal" terminó hace mucho tiempo en la mente de Augusto. Él no atrae a cualquiera a un proyecto como este.

Sintió una mezcla de orgullo y miedo. Era bueno sentirse incluida. Era aterrador sentirse incluida.

La reunión estaba programada para el viernes a las 4 p. m. en la gran sala acristalada, la que casi nunca se usaba, reservada para reuniones estratégicas y ocasiones especiales. El tipo de lugar donde las sillas eran más acolchadas y el aire acondicionado siempre parecía un poco más frío.

Ese día, toda la oficina parecía estar en un estado de preparación para la reunión. Comentarios, suposiciones, conjeturas.

Dicen que habrá recortes de personal.
Dicen que van a cambiar el sistema de nuevo.
Dicen que el proyecto vino de fuera, de una consultora.
Dicen que…

"Dicen que" era la frase más utilizada en ese piso.

Al acercarse las 4 p. m., sintió que todo su cuerpo se ponía alerta. Tomó su cuaderno y su bolígrafo, respiró hondo y siguió la corriente de gente que se dirigía a la sala de cristal.

Al entrar, notó que el ambiente era diferente del caos del resto de la empresa. Una gran mesa ovalada ocupaba el centro. Botellas de agua y vasos estaban estratégicamente colocados. Una gran pantalla esperaba a ser encendida. Augusto ya estaba allí, charlando con

Lucas y una mujer del departamento de ventas a quien aún no conocía bien.

La vio entrar y le hizo un pequeño gesto con la cabeza, un saludo silencioso que ella sintió más que vio.

Se sentó en un lugar ni muy cerca ni muy lejos de él. Una posición intermedia. El lugar de alguien que ha sido llamado, pero que aún no sabe exactamente cuál es su papel allí.

Poco después, entró el gerente general, acompañado de otras dos personas, probablemente de esa consultora. La reunión comenzó.

Los primeros veinte minutos transcurrieron entre presentaciones formales, gráficos coloridos y palabras impactantes: «reorganización», «sinergia», «eficiencia», «crecimiento sostenible». Anotó todo lo que pudo, intentando traducir mentalmente lo que eso significaría en la práctica.

En un momento dado, el director general le pasó la palabra a Augusto.

"Bien, ya tienen una idea general del proyecto", dijo el director. "Ahora Augusto les explicará cómo afectará esto a nuestro trabajo diario".

Augusto se levantó, tomó el control remoto y respiró hondo antes de empezar a hablar. Ella lo había visto antes en reuniones, pero había algo más brusco en su actitud aquí.

"Vamos", empezó con tono firme pero tranquilo. "El Proyecto Aurora no es solo un nombre bonito. Es un verdadero intento de que la casa deje de ser una improvisación eterna y organizada. Para lograrlo, vamos a tener que cambiar cosas, tanto grandes como pequeñas".

Los puntos se presentaron uno por uno. Cambios en el flujo de trabajo de aprobación de informes. Redistribución de funciones. Eliminación de algunos pasos innecesarios. Adopción de una nueva herramienta de control.

"Y aquí es donde entra la parte que más les interesa", continuó. "No voy a aceptar que esta reestructuración se haga solo desde arriba. La consultora aporta el modelo, la junta directiva la presión, pero quienes saben qué funciona en la práctica son los que están aquí, trabajando arduamente cada día". Hizo un amplio gesto con la mano. "Así que traje a personas específicas del equipo para ayudar a desarrollar estos nuevos procesos".

Sintió que todas las miradas se movían alrededor de la mesa, curiosas. Augusto continuó:

Lucas será responsable del diseño general y las finanzas. Julia se encargará de los indicadores. Y… —la miró fijamente— … [nombre del protagonista] ayudará a traducir todo esto en informes y una comunicación clara, tanto para la junta directiva como para el resto del equipo.

Por un segundo, creyó haber oído mal. Pero no: todos la miraban.

"Tienes un don para explicar cosas complicadas directamente", añadió Augusto, sin apartar la mirada. "Y eso es justo lo que necesito aquí. Gente que destape la verdad y muestre lo que realmente está pasando".

Sintió que sus mejillas se calentaban, pero mantuvo la compostura.

"De acuerdo", respondió ella, intentando parecer segura. "Me apunto".

La reunión continuó, pero para ella, ese momento había cambiado la temperatura del aire.

Al terminar, la gente empezó a irse en pequeños grupos, susurrando en voz baja. Ella se quedó allí, organizando sus notas con más lentitud de lo habitual, como dándole tiempo a su cerebro para procesar lo sucedido.

Cuando se levantó, notó que Augustus se acercaba.

"¿Entiendes la magnitud del problema en el que te has metido?" preguntó, medio serio, medio provocador.

"Todavía no", admitió. "Pero por lo poco que he visto, parece... grande".

"Es grande", confirmó. "Y precisamente por eso no voy a poner a alguien en este proyecto solo para que se quede con una 'práctica calificada'. Mientras estés en él, formas parte del núcleo. ¿Entiendes?"

Ella asintió, sintiendo un peso diferente sobre sus hombros. Era reconocimiento. También era responsabilidad.

"Confío en tu forma de pensar", añadió, en un tono que la pilló desprevenida. "Pero no hagas que me arrepienta".

"Trabajaré para no causarte problemas", respondió, sonriendo. "Con el resto de la compañía ya tienes suficiente, ¿no?"

Se rió, pero brevemente.

- Exactamente.

Fue entonces cuando las cosas empezaron a alejarse de "solo la oficina".

Los días siguientes se convirtieron en una maratón. Reuniones adicionales, documentos que revisar, flujos de trabajo dibujados en una pizarra a la que se le añadían flechas y notas constantemente. A menudo, la hora de salida se convertía en una simple sugerencia.

Empezó a tener contacto más frecuente con Augusto. Ya no solo se trataba de cuando cometía un error o acertaba en algo aisladamente. Se sentaban juntos para revisar presentaciones, desarrollar argumentos y simplificar conceptos.

"Esta diapositiva está bien, pero vacía", dijo, señalando la pantalla. "¿Qué necesita entender exactamente la junta?"

"Es imposible reducir a la mitad el número de analistas y esperar que se entreguen a tiempo el doble de informes", respondió sin rodeos.

"Entonces escríbelo de forma que puedan aceptarlo sin decir que fueron atacados", replicó. "Eres bueno haciendo que el mismo mensaje suene menos agresivo".

Fue durante estos tiempos que surgió una extraña colaboración. Él aportó la visión global, la experiencia y la estrategia. Ella, la claridad, la objetividad y la comprensión humana de cómo se recibirían las cosas.

Una noche, estaban solos en la sala de cristal, revisando un documento que debía enviarse a la consultora. Lucas se había ido temprano, Ana Paula estaba en otra reunión y el resto del departamento ya se había ido a casa.

La luz blanca se reflejaba en el cristal, creando un efecto burbujeante. Afuera, el suelo estaba en silencio.

"¿Te has dado cuenta de lo irónico que es esto?" comentó, garabateando algo en el papel.

"¿Qué?" preguntó sin dejar de mirar la pantalla.

– Pasamos horas intentando organizar el caos de un lugar que, en la práctica, vive de emergencia en emergencia.

Apoyó el codo sobre la mesa y la miró de reojo.

"Sí, es irónico", admitió. "Pero es eso o aceptamos que estaremos apagando incendios para siempre. Y, sinceramente, estoy harto de vivir con el olor a humo".

Ella se rió y lo miró.

–Hablas como si llevaras cincuenta años en la empresa.

—Sí, pero tengo al menos treinta años de fatiga acumulada — respondió con humor irónico—. ¿Y tú, cuántos años de fatiga llevas acumulados?

Ella pensó por un momento.

"Unos diez años mayor que yo", calculó. "Pero al menos aquí, siento que realmente puedo hacer algo. En otros trabajos, sentía que solo

repetía movimientos".

Augusto hizo un pequeño gesto afirmativo con la cabeza, como reconociendo una verdad compartida.

"Por eso te incorporé a este proyecto", dijo sin rodeos. "No finges que no pasa nada. Te preocupa de verdad lo que está mal".

"¿Es un cumplido o una advertencia de que voy a sufrir más?", replicó con una leve sonrisa.

"Ambos", respondió casualmente.

La atmósfera entre ambos no era abiertamente íntima, pero empezaba a adquirir una textura diferente. Había confianza profesional, sí. Pero también había esos segundos de silencio, esas miradas que se alargaban un poco más de lo necesario. Y, sobre todo, había una nueva sensación: ya no era "él arriba y ella abajo". En ese contexto de proyecto, estaban uno al lado del otro.

Fue precisamente esta interacción "lado a lado" la que hizo temblar la frontera.

Porque trabajar con alguien en algo importante crea una especie de vínculo. Ver a la persona cansada, irritada, comprometida, pensando en voz alta, cometiendo errores, corrigiéndolos… todo eso desmonta la imagen fija del "jefe" y revela a la persona detrás del título.

Empezó a notar cosas simples.

Cómo se quedaba callado unos segundos antes de responder preguntas difíciles, en lugar de soltar nada.
Cómo, a veces, se frotaba los ojos cansados y retomaba el hilo de sus pensamientos con más fuerza.
Cómo, en los raros momentos de relajación, contaba la historia de su propio fracaso, riéndose de sí mismo.

Estas pequeñas grietas en la imagen formal permitieron que la humanidad escapara. Y fue a través de ellas que su mirada comenzó a cambiar definitivamente.

El punto de inflexión específico, el que más tarde recordaría como "el día en que todo dejó de ser solo trabajo", llegó un miércoles lluvioso.

Se preparaban para una importante presentación del Proyecto Aurora ante la junta directiva. Era la primera vez que su trabajo sería realmente el centro de atención. Si la junta aprobaba el enfoque propuesto, las rutinas de muchos cambiarían. Si no lo aprobaban, volverían prácticamente al punto de partida.

La noche anterior, salió tarde de la oficina. Durmió mal, soñando con diapositivas y números.

Al día siguiente, llegó temprano. La gran sala de cristal ya estaba reservada. Ella, Augusto y Lucas se quedaron allí, ultimando los detalles.

En un momento dado, mientras probaban el archivo en la computadora de la sala, la pantalla se congeló. El sistema se negaba obstinadamente a reconocer el formato de la presentación.

"Eso era todo lo que necesitábamos", se quejó Lucas. "La tecnología ha decidido sabotearnos".

"Tranquilo", dijo, intentando mantener la calma. "Podemos exportarlo como PDF, usar otro programa, lo que sea. Lo importante es el contenido".

Augusto, que hasta entonces había permanecido en silencio, respiró profundamente.

"Chicos, mírenme un segundo", pidió.

Se dieron la vuelta.

“Sé que todos están tensos, cansados y con miedo de que las cosas salgan mal”, comenzó. “Pero necesito que todos tengan una cosa clara: lo que proponemos es bueno. Es justo. Es más honesto con la realidad del equipo. Si la junta no lo entiende, no es porque seamos malos. Es porque no están listos para verlo”. Hizo una breve pausa.

“Así que respiren. Hagan lo que saben hacer. Nos ocuparemos del resto más tarde”.

Nunca lo había oído hablar así. No era solo firmeza. Había allí una especie de cuidado que iba más allá del lenguaje técnico. Era como si, por unos minutos, les quitara el peso del mundo de encima.

La presentación finalmente funcionó. La junta directiva entró, los consultores se acomodaron y se encendió la pantalla. Augusto comenzó proporcionando contexto. Luego, llamó a Lucas para hablar sobre los indicadores. A continuación, fue su turno.

"Ahora, [nombre del protagonista] mostrará cómo estos números se traducen, en la práctica, al trabajo diario del equipo", anunció.

Se puso de pie, sus piernas se sentían un poco temblorosas, pero su voz sorprendentemente firme.

Explicó los flujos de trabajo, mostró cómo el cambio propuesto reduciría la repetición de tareas y presentó ejemplos concretos de problemas recurrentes y cómo evitarlos. Utilizó un lenguaje sencillo y directo. Observó que algunos directivos asentían, comprensivos. Otros fruncían el ceño, resistiéndose.

En un momento dado, uno de los directores la interrumpió.

"Pero todo depende en gran medida del compromiso del equipo", señaló. "Y, seamos sinceros, no todos están dispuestos a aceptar este tipo de cambio".

Antes de que ella pudiera responder, Augusto intervino.

"Es cierto", admitió. "Pero no es solo cuestión de voluntad. También se trata de claridad. Si el equipo entiende por qué lo hace, se resiste menos. Y por eso la incluí aquí —señalando a la protagonista— en este proyecto. Porque tiene precisamente esa capacidad de traducir el lenguaje técnico al lenguaje cotidiano".

Sintió que su rostro se sonrojaba de nuevo. No era común que un jefe diera ese tipo de reconocimiento delante de tanta gente.

La presentación continuó. Finalmente, la junta no dio la aprobación final, pero validó buena parte de las propuestas y solicitó ajustes en otras.

"Fue mejor de lo que esperaba", confesó Lucas, una vez que todos los demás abandonaron la habitación, quedando sólo ellos tres.

"No celebren todavía", advirtió Augusto. "Mañana podrían cambiar de opinión. Pero por hoy, estuvo bien".

Se miraron, compartiendo un orgullo silencioso. La clase de satisfacción que solo comprenden quienes han pasado por la misma guerra.

A medida que avanzaba el día, la adrenalina dio paso al agotamiento. Por la noche, la oficina se vació. Se quedó un rato más, organizando archivos y notas.

Cuando se disponía a coger su mochila para salir, escuchó la voz de Augusto en la puerta de la gran sala de cristal.

—Oye —llamó—. ¿Tienes un minuto?

Suspiró por dentro y volvió a guardar su mochila.

Entró en la habitación. Estaba ordenando unos papeles, pero era evidente que se había quedado allí a propósito.

"Sé que no lo dije en ese momento", comenzó, "pero lo hiciste muy bien hoy".

Sus ojos se abrieron ligeramente.

- ¿Fui?

"Así fue", confirmó. "No tartamudeaste, no exageraste, no intentaste parecer más listo de lo que eras. Simplemente lo explicaste. Y eso es justo lo que necesitábamos".

"Estaba nerviosa", admitió. "Pensé que lo notabas".

—Funcionó —dijo—. Pero también quedó claro que, a pesar de tu nerviosismo, sabías de lo que hablabas. Y eso cautiva a cualquier

sala.

Hubo un breve silencio. Sintió que algo en su pecho se adaptaba de otra manera. Esto no era solo una validación profesional. Era, en cierto modo, un reconocimiento de su integridad personal en ese contexto.

"Gracias por incluirme en este proyecto", dijo de repente. "Aunque sea temporal... bueno, al menos según el contrato".

Él la miró fijamente, con una mirada que ella todavía no podía descifrar por completo.

"El contrato dice cuánto tiempo permaneces en la nómina", respondió. "No cuánto tiempo permaneces en la historia del equipo".

No sabía qué decir. Se quedó allí parada, absorbiendo esa frase.

Augusto respiró profundamente, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus siguientes palabras.

“No atraigo a cualquiera”, continuó. “Porque cuando lo hago, exijo más. Y sé que a veces me excedo”. Hizo una pausa. “Contigo, me he excedido algunas veces. Fui más duro de lo necesario. Pero también es cierto que veo potencial en ti. Y para mí, eso es un factor importante”.

Se le hizo un nudo en la garganta. No era habitual escuchar algo tan directo de él. El equilibrio entre crítica y cariño, entre firmeza y franqueza, estaba allí, condensado.

"Sé que a veces cometes errores", dijo con una leve sonrisa. "Pero... no sé cómo explicarlo... Confío más en alguien cuando lo admite que cuando finge ser perfecto".

Los dos guardaron silencio unos segundos. No era un silencio incómodo. Era un silencio lleno de cosas no dichas.

Fue en ese momento cuando la oficina, simbólicamente, dejó de ser sólo un lugar de trabajo.

No fue una caricia, un abrazo, un gesto obvio. Fue una combinación peligrosa: profundo reconocimiento, vulnerabilidad mutua, colaboración en algo grande.

Esa frase: "No atraigo a cualquiera" resonó en su mente durante días.

Porque a partir de ese momento todo lo que hacía o dejaba de hacer parecía ganar otra capa.

Si cobraba más, pensaba: «Es porque ve potencial».
Si la elogiaba, pensaba: «Es porque realmente hice algo valioso».
Si se quedaba callado, pensaba: «¿Lo decepcioné?».

La relación dejó de ser simplemente la de jefe y subordinado. Se convirtió en una especie de espejo. Empezó a medirse por el reflejo que creía ver en sus ojos.

Y, como cualquier espejo emocional, esto la dejó cada vez más expuesta.
Porque cuando la opinión de alguien empieza a tener tanto peso, el corazón inevitablemente se involucra.

Esa noche, al llegar a casa, se tumbó en la cama agotada, pero con una sensación diferente: no era solo el cansancio de quien ha trabajado duro. Era un cansancio acompañado de una extraña felicidad, de esas que no se pueden expresar con palabras.

¿Buen trabajo? Sí.
¿Reconocimiento? Sí.
¿Colaboración? También sí.

Pero había algo más.

Algo que, si fuera realmente honesta consigo misma, tendría que admitir:
ya no veía a Augusto sólo como "el jefe de la sala de cristal".

Se había convertido en alguien cuyo humor cambiaba el tono de su día, cuyos elogios afectaban directamente su autoestima y cuyas críticas eran más profundas que las de cualquier otra persona.

Y ese es, casi siempre, el punto de inflexión: ese momento en el que nos damos cuenta de que ya no estamos simplemente viviendo una historia de carrera, sino que estamos entrando, sin quererlo, en una historia de implicación.

Todavía no había beso, ni confesión, ni declaración. Pero, emocionalmente, se había cruzado algún límite.

La oficina podría haber permanecido igual por fuera: hojas de cálculo, reuniones, plazos.
Sin embargo, por dentro, el panorama había cambiado.

Y después de ese tipo de cambio, nada vuelve a ser exactamente como era antes.

CAPÍTULO 8 – CONSECUENCIAS: LA CULPA, LOS RUMORES Y EL MIEDO A PERDERLO TODO.

Al principio, no eran frases completas. Eran fragmentos de palabras, risas ahogadas, miradas que se desviaban demasiado rápido.

Notó el cambio incluso antes de comprenderlo. Era cómo algunas conversaciones se interrumpían al entrar en la sala de descanso. Cómo dos colegas intercambiaban mensajes en el chat, riendo, y cerraban la ventana en cuanto la percibían acercarse. Cómo algunas personas la miraban con una curiosidad que no había existido en las primeras semanas.

El Proyecto Aurora había cambiado su estatus dentro de la empresa. De "nueva empleada temporal" a "parte del proyecto estratégico". Y, junto con el reconocimiento, llegó algo de lo que nadie le había advertido: el precio.

Un martes por la mañana, mientras tomaba café, escuchó dos voces en el pasillo de al lado, sin ver quiénes eran.

– Bueno, sí…
– Ah, ¿pero viste…?
– Claro. No cualquiera se involucra en un proyecto tan grande.

Una risa baja.

Algunos entran por su currículum. Otros por afinidad.

Ella no veía de dónde venía, pero sentía exactamente hacia dónde iba.

El corazón le dio un vuelco. Se quedó quieta unos segundos, con la mano aún sujetando la cuchara dentro de la taza, mientras el café giraba solo con el movimiento que había dejado de hacer.

"Por afinidad." La frase le cayó como una púa.

Podría haber sido sobre cualquier cosa, sobre cualquiera. Pero, en ese momento, parecía apuntar directamente a ella.

Respiró hondo, salió de la despensa con expresión neutra y regresó a la mesa como si nada hubiera pasado. Pero en su interior, algo había cambiado.

Renata notó la forma ligeramente más rígida en que se sentó.

"¿Pasó algo?" preguntó en voz baja.

"Nada del otro mundo", respondió, mintiendo por reflejo. "Solo gente hablando de lo que no sabe".

Renata la observó durante unos segundos, como si supiera que había algo más en la historia.

"¿Te dijeron algo directamente?" insistió.

"No", respondió. "Y eso es lo que más me irrita. Si me lo dijeran a la cara, sabría qué decir".

Renata se reclinó en su silla.

"Bienvenido a la experiencia completa de estar cerca del jefe en un proyecto importante", dijo. "El reconocimiento viene con la ventaja añadida de los rumores".

Ella frunció el ceño.

– ¿Crees que…? – se detuvo a mitad de la frase, casi avergonzada de terminar.

Renata no la dejó terminar.

"Creo que algunas personas no soportan ver a alguien ganar terreno", dijo simplemente. "Y entonces es más fácil inventar historias que admitir que la persona hace un buen trabajo. Sobre todo si es mujer. Y joven. Y 'temporal'."

Sintió una mezcla de gratitud y enojo: gratitud porque Renata había puesto nombre a lo que estaba sucediendo, enojo porque existía.

"El problema", continuó Renata, "es que si empiezas a dejarte llevar por susurros, te paralizas. Y luego, sin darte cuenta, haces justo lo que querían: te encoges".

Ella apretó la taza suavemente entre sus dedos.

"No quiero acobardarme", dijo. "Pero tampoco quiero que me vean como alguien que está donde está por el motivo equivocado".

Renata dio una pequeña sonrisa triste.

Así que tendrás que aprender a encontrar ese punto medio: seguir entregando mucho, aun sabiendo que algunos lo distorsionarán. Es injusto. Pero es el campo de batalla.

Los rumores no estaban bien formulados. Nunca es así.

Llegaron en forma de:

—¡Guau! Augusto confía mucho en ti, ¿verdad? —dijo con una sonrisa que no era solo de admiración—.
—Últimamente has estado viviendo en esa habitación de cristal, ¿eh? —acompañado de una ceja levantada—.
—¿Cuál es el secreto para entrar en un proyecto tan grande tan rápido? —con un sutil énfasis en la palabra «secreto».

Aprendió a responder con humor seco.

– El secreto es leer hojas de cálculo hasta soñar con celdas de Excel.
– El secreto es cumplir con los plazos que inventan sin preguntar si es posible.

– El secreto es no tener tanta vida social como para quejarse de trasnochar.

Se rió por fuera. Por dentro, le dolió.

Porque una cosa era que te cuestionaran sobre tu competencia y otra muy distinta era sentir que, en cualquier momento, alguien podía hacer insinuaciones sobre tu carácter.

Y, por supuesto, en el centro de las insinuaciones estaba él.

Augusto.

No tardó mucho en que su nombre empezara a aparecer, aunque no se mencionara directamente.

Una tarde, cuando salía de una reunión del Proyecto Aurora, se cruzó con dos compañeros del departamento de ventas que estaban charlando cerca del ascensor.

"Vaya, vaya", dijo uno. "Hay gente que tiene suerte
". "No", respondió el otro. "Hay gente que simplemente cae en las manos adecuadas".

Su rápida mirada en su dirección completó la frase que nadie se había atrevido a decir en voz alta.

Subió las escaleras en lugar de esperar el ascensor. Necesitaba gastar energía de alguna manera.

Al subir los escalones, sintió que el corazón se le aceleraba, pero no era por falta de aire. Era una mezcla de ira, vergüenza anticipada y miedo.

Porque ahora una nueva idea comenzaba a arraigarse en su mente: ¿y si, en algún sentido, la gente pensaba que se estaba acercando demasiado a Augusto? ¿Y si alguien decidía ir más allá de los rumores?

Peor aún: ¿qué pasaría si un día él mismo empezara a pensar que esa implicación —enteramente interna, no reconocida, pero real para ella— estaba interfiriendo en su trabajo?

El miedo a perderlo todo comenzó como un susurro.

Si hay un problema, te despedirán primero. Eres el trabajador temporal.
Si alguien quiere atacarlo, pueden usarte como blanco.
Si cree que tu presencia causa demasiado ruido, podría expulsarte del proyecto. O de la empresa.

Estos pensamientos aparecían por la noche, cuando el ruido de la oficina daba paso al ruido de la mente.

Un punto crítico llegó unas semanas después, un viernes.

El ambiente era más denso de lo habitual. La junta directiva había solicitado ajustes tras ajustes al Proyecto Aurora. El equipo de ventas se quejó de que los cambios en los procesos obstaculizarían las ventas. El departamento de finanzas se quejó de que, sin cambios en los procesos, no había control de costos.

En medio de este fuego cruzado, la zona de Augusto era el objetivo de ambos bandos.

Esa mañana, estaba más callado que de costumbre. Entraba y salía de la habitación, hablaba en voz baja por teléfono y respondía correos electrónicos con la mandíbula tensa. Cualquiera que lo conociera, aunque fuera un poco, lo sabía: ese día estaba de mal humor.

Alrededor de las 11 de la mañana apareció Ana Paula, llamando al protagonista y a dos personas más.

"Vamos a la pequeña sala de reuniones", dijo. "Augusto quiere hablar de algunas cosas con nosotros".

Entraron en la pequeña sala de cristal. La sencilla mesa contrastaba marcadamente con la tensión de quienes estaban sentados allí.

Augusto llegó con un maletín en la mano y una mirada que delataba muy poco sueño.

"Vayamos al grano", empezó. "La junta directiva está presionando para que se fije una fecha límite en la siguiente fase del proyecto. El departamento de ventas dice que estamos apretando demasiado los tornillos. El departamento de finanzas quiere más detalles de los que ya tenemos. Y todo esto se está acumulando".

Colocó algunos papeles sobre la mesa.

—Los reuní a los tres porque, les guste o no, son ustedes quienes más mantienen todo esto unido. —Los miró a cada uno. Al llegar a ella, su mirada se detuvo un poco más—. Pero también sé que están cansados. Y necesito descubrir hasta dónde puedo llegar sin quebrar a nadie.

La frase "sin hacerle daño a nadie" seguía resonando.

Durante la conversación, definieron prioridades, redistribuyeron tareas y renegociaron plazos internamente. En un momento dado, uno de los compañeros, visiblemente exhausto, soltó:

Sigo pensando que, al final, si todo sale mal, los que sufrimos somos nosotros. La directiva no admitirá que la fecha límite fue irrazonable. Dirán que el equipo no cumplió.

Augusto se reclinó en su silla y se quedó mirando el techo por un momento.

"No voy a permitir que eso pase", dijo finalmente. "Si sale mal porque no pudimos gestionarlo, asumiré la culpa. Si sale mal porque la solicitud era imposible desde el principio, también lo diré".

Habló con convicción. Y, en ese momento, ella le creyó.

Pero una parte de ella también lo sabía: la vida corporativa no siempre era tan honesta como sugería esa retórica.

Al terminar la reunión, cada uno se fue con una lista mental de tareas pendientes y un poco más de carga emocional. Al salir, Augusto le pidió que se quedara un minuto más.

La puerta se cerró y se quedaron allí, los dos, en la habitación más pequeña.

"Sé que te han estado mirando", empezó, directo como siempre. "Comentarios furtivos, quizá. No soy ingenuo".

Sintió que su rostro se calentaba instantáneamente.

– Yo… – tragó saliva con dificultad – …no sé de qué estás hablando.

Arqueó una ceja y esbozó una media sonrisa cansada.

—Ya lo sabes. Sé que lo sabes. No estoy en todos los pasillos, pero no soy ciego. —Se cruzó de brazos—. Cuando alguien aparece más de lo esperado, siempre se inventa una historia para justificarlo.

Guardó silencio unos segundos. Una parte de ella quería negarlo hasta el final, fingir que era una exageración. Otra parte, cansada de cargar con ello sola, decidió bajar la guardia.

"Sí, he oído algunas cosas", admitió. "Nada directo. Pero... lo suficiente para entender el mensaje".

- ¿Y qué haces con ello? -preguntó.

"Intento que no me afecte", respondió. "Y a veces fallo."

Augusto respiró profundamente.

"Escúchame bien, porque no voy a repetirme muchas veces", dijo en voz baja. "Si alguien insinúa cómo decido quién entra en un proyecto, es mi problema, no tuyo. Te traje porque cumples. Porque piensas. Porque tienes el coraje de decir lo que piensas cuando algo no tiene sentido. Si alguien quiere distorsionar eso, es una cobardía".

Sintió una peligrosa mezcla de alivio y emoción.

"Yo solo...", intentó formular, "...no quiero que me vean como alguien que se aprovecha. O... como si aquí hubiera algo más que trabajo."

La miró fijamente durante un segundo que pareció más largo de lo que realmente fue.

"Hay mucho que hacer aquí", respondió con seriedad. "Presión, cambio, conflicto, aprendizaje". Hizo una pausa. "Pero, desde mi punto de vista, el límite está claro. Trabajas en mi equipo. Y soy responsable de eso. Incluso de evitar que te usen como blanco para atacarme".

No sabía exactamente por qué, pero al oír esto, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se tragó la emoción rápidamente, avergonzada de cualquier signo de vulnerabilidad.

—De acuerdo —murmuró—. Necesitaba oír eso.

"Pues quédatelo", dijo. "Porque los rumores van y vienen. Lo que queda es lo que sabes de ti mismo y lo que sabes de lo que estás construyendo aquí".

Al salir de la habitación, su corazón seguía latiendo aceleradamente. No era solo por lo que se había dicho. Era por lo que no se había dicho.

Porque, tras ese discurso de protección profesional, había algo más sutil. Un «Te veo». Un «Me importa cómo hablan de ti». Y eso tocó una parte de ella que ya era frágil.

Pero aunque sus palabras la calmaron, también aumentaron su miedo.

Miedo a perderlo todo si se cruzaba cualquier límite.
Miedo a no saber ya diferenciar entre el cuidado profesional y el cuidado personal.
Miedo a que, en algún momento, su silenciosa implicación emocional se desbordara en un gesto, una mirada, una palabra fuera de lugar.

Ese temor se hizo más concreto en una tarde lluviosa.

El edificio sufrió un breve corte de luz. Las luces parpadearon y algunas computadoras se reiniciaron. La mayoría del personal ya se

había marchado. Ella permaneció allí, esperando a que el sistema se recuperara por completo para asegurarse de que no se hubiera perdido nada.

Augusto apareció en el área, blazer en mano.

"¿Estás todavía aquí?" preguntó.

"Solo estoy comprobando que no me haya perdido nada debido al apagón", respondió. "No quiero tener que rehacer el informe mañana".

Él asintió.

"El generador aguanta, pero el sistema a veces falla", comentó. "Vete a casa cuando termines. Ya es hora".

"¿Y tú?" se aventuró a preguntar.

"Tengo algunas cosas en que pensar", respondió vagamente. "Es mejor hacer esto aquí que llevármelo a casa".

Ella se levantó y agarró su mochila.

–Augusto…–gritó impulsivamente.

Se dio la vuelta y esperó.

"¿Estás segura…?", empezó, sintiendo el corazón acelerado, "¿…de que todo esto vale la pena? ¿El proyecto, la presión, los rumores, los juicios…?"

Permaneció en silencio durante unos segundos, como si realmente estuviera considerando la pregunta.

"No lo sé", respondió con una sinceridad poco común. "Solo sé que no hacer nada me cansa más. Si voy a agotarme, prefiero que sea intentando mejorar algo".

Ella asintió lentamente.

"¿Y tú?", replicó. "¿Sigues creyendo que vale la pena estar aquí tres meses, en medio de todo este caos?"

Pensó en las hojas de cálculo, en las reprimendas, en los elogios, en las miradas de desaprobación de los compañeros, en las conversaciones en la pequeña sala, en la sensación de ser parte de algo importante.

"Hay días que no", admitió. "Pero en general... sí. Porque, por primera vez en mucho tiempo, siento que si desapareciera de aquí, de alguna manera marcaría la diferencia".

Sus ojos se suavizaron ligeramente.

—Sí, lo es —dijo simplemente—. Y por eso tengo que tener cuidado de no arruinarlo. Ni con demasiada presión ni con poca conversación.

Abrió la boca para responder, pero no encontró palabras que le hicieran justicia. Simplemente asintió.

"Buenas noches", dijo finalmente.

"Buenas noches", respondió.

Ella se fue sintiendo el corazón pesado y ligero al mismo tiempo.

Cargada de miedo: de cometer un error, de ser malinterpretada, de convertirse en un blanco.
Ligera, con la confirmación de que, en esa maraña de fuerzas, alguien realmente vio su valor.

Afuera, la lluvia arreciaba. Las luces de la ciudad se reflejaban en el asfalto mojado.

Mientras caminaba hacia la parada del autobús, una verdad incómoda se impuso:

Ya no pensaba en irse simplemente como el fin de su contrato. También pensaba en desconectarse de todo lo que la ataba emocionalmente al lugar. Y cuanto más se involucraba, más difícil le resultaba imaginar esa desconexión sin dolor.

La oficina más caótica de la ciudad había dejado de ser solo un lugar de trabajo. Se había convertido en un escenario de afectos

retorcidos, miedos profundos y culpa silenciosa.

Y en el centro de todo estaba ella: temporal en el papel, pero cada vez más permanente en la misma historia que estaba escribiendo allí.

Con un jefe imperfecto que, sin quererlo, se había convertido en un fuerte referente emocional y profesional.

Era esta mezcla la que hacía que todo fuera tan peligroso.
Porque, a partir de cierto punto, no era solo el trabajo lo que estaba en juego.
Era el corazón. Y eso, ella lo sabía, no venía con un acuerdo de rescisión ni un preaviso.

CAPÍTULO 9 – LA CAÍDA DEL MITO: CONOCIENDO AL SER HUMANO DETRÁS DEL TÍTULO DEL CARGO.

La primera grieta no surgió de un gran escándalo. Surgió de una cifra.

Era un miércoles aparentemente normal. El Proyecto Aurora avanzaba a buen ritmo; la rutina del área parecía haberse adaptado al nuevo y permanente estado de "casi crisis". Organizaba informes, respondía correos electrónicos e intentaba compaginar el trabajo del proyecto con las exigencias diarias.

Entonces apareció un mensaje en la bandeja de entrada, enviado por el departamento de finanzas, con copia a Augusto y otros dos directores.

Asunto: **Discrepancia en las proyecciones – Se necesita aclaración**

Abrió el correo electrónico.

El texto indicaba, en tono formal, que se habían identificado discrepancias significativas en un conjunto de proyecciones financieras presentadas en la última reunión del Proyecto Aurora. En resumen: las cifras presentadas por el área de Augusto no coincidían con los datos históricos ni con algunos registros contables internos.

Por último, una frase educada pero incisiva:

“Solicitamos al área responsable que revise los supuestos utilizados y proporcione con urgencia una justificación clara de las discrepancias encontradas”.

Sintió un escalofrío en el estómago. Había trabajado en partes de esas presentaciones, pero no en la escenografía; esa parte la gestionaban directamente Augusto y el departamento de finanzas, con el apoyo de Lucas.

Unos minutos después, Augusto salió de la sala de cristal y gritó:

– Lucas, [su nombre], Ana Paula, cuarto pequeño, ahora.

El tono es seco y no deja lugar a dudas.

Entraron cada uno con su email mentalmente abierto.

Augusto ya estaba dentro, de pie, sosteniendo las hojas impresas con las proyecciones. Su expresión no solo era seria: era tensa.

"Muy bien", empezó sin rodeos. "Tenemos un problema".

Colocó las hojas de papel sobre la mesa, extendiéndolas.

"Estas proyecciones", señaló, "se presentaron como base para la siguiente fase del proyecto. La junta directiva las utilizó para tomar algunas decisiones preliminares. Ahora, el departamento de finanzas dice que las cifras no se ajustan a la realidad".

"Y la verdad es que no cuadran", dijo Ana Paula, echando un vistazo rápido a las mesas. "Algunos porcentajes aquí son... demasiado optimistas".

Lucas, visiblemente incómodo, se pasó la mano por el pelo.

"Organizamos esta parte", explicó. "Tú, yo y el equipo de finanzas. Usamos un escenario más agresivo porque..."

"Conozco el escenario que usamos", interrumpió Augusto. "La pregunta es: ¿dónde exactamente se descontroló la factura?"

Silencio.

Él se volvió hacia ella.

"¿Participaste en esa parte?" preguntó.

"No directamente", respondió. "Solo ayudé a organizar la presentación, a revisar el texto y la estructura. No cambié las premisas".

Él asintió y volvió su mirada hacia Lucas.

"¿Y tú, Lucas?", insistió. "¿Consultaste con finanzas línea por línea, o confiaste demasiado en su información?"

Lucas respiró profundamente.

"Lo revisé, pero... no con tanto detalle", admitió. "Teníamos un plazo ajustado. Me centré más en aclarar el modelo de lectura".

Augusto frunció el ceño, pero no perdió la compostura.

"De acuerdo. Tenemos dos problemas: el error en sí y el hecho de que di por sentado que era correcto sin revisar detenidamente las premisas", dijo en un tono que la sorprendió. "No voy a imponerle esto a cualquiera".

Se enderezó en la silla. No estaba acostumbrada a oír a Augusto incluirse tan explícitamente en la frase "Me equivoqué". Siempre era "el equipo falló", "el proceso falló", "esto no debería haber pasado". Aquí, era más directo.

"La junta querrá una explicación", continuó. "Y a estas alturas, a nadie le importa la presión, los plazos ni las caídas del sistema. Verán quién lo firmó. Y yo fui quien firmó".

Pasó unos segundos en silencio, mirando sus propios papeles, como si se estuviera mirando a sí mismo escribiendo.

Era la primera vez que lo veía... más pequeño.

No en la altura, ni en la voz, sino en ese lugar invisible donde guardamos nuestra confianza. Había cansancio allí.

¿Qué hacemos ahora?, preguntó Ana Paula.

Augusto se reclinó en su silla.

"Ahora haremos lo que debimos haber hecho antes", respondió. "Revisarlo línea por línea, entender de dónde provienen estas premisas que hacen que la realidad sea tan hermosa. Y luego tendré que ir allí y explicarlo, cara a cara".

Su manera de decir "tendré que subir" tenía un peso que ella reconoció: el peso de alguien que sabe que va a ser cuestionado precisamente en el punto en el que se siente más orgulloso: su visión, su análisis, su capacidad de anticipar escenarios.

Allí estaba cobrando fuerza el mito del "jefe que siempre ve más allá de la superficie".

En las horas siguientes, todos se sumergieron en la revisión. Ella ayudó en lo que pudo: cruzando datos antiguos, comparando informes y elaborando gráficos que mostraban claramente las diferencias.

Fue en medio de este proceso que un detalle llamó su atención.

"Espera", dijo, señalando una celda. "Esta tasa de crecimiento, usada como premisa, se basa en un período atípico. Fue el único trimestre en años donde el resultado se disparó de esta manera. Si usas eso como base para una proyección, todo se infla".

Augusto se acercó a la pantalla, apoyando las manos sobre la mesa.

"Déjame ver", preguntó.

Mostró el cuadro comparativo que había elaborado con años anteriores. La diferencia era sorprendente.

"¿Quién eligió este período como punto de referencia?", preguntó, tratando de mantener un tono neutral.

Augusto tardó unos segundos en responder.

"Fui yo", admitió finalmente. "Pensé que tenía sentido considerar el mejor escenario posible para defender el proyecto".

Las palabras resonaron pesadamente en la habitación. No porque él nunca cometiera errores, sino porque, por primera vez, ella vio un error que no era solo técnico. Era un error de juicio. Y, más aún: un error de deseo.

Deseaba tanto que el proyecto tuviera éxito que se aferró al mejor cuarto como si fuera la regla, no la excepción.

El mito del jefe siempre racional, que nunca se deja llevar por la emoción ni el deseo, se hacía añicos allí mismo, ante sus ojos.

"Eso explica la diferencia", dijo Lucas, frotándose la nuca. "Si recalculamos usando un promedio de periodos normales, todo se desmorona".

"Sí", confirmó Augusto con decisión. "Entonces eso es lo que vamos a hacer. Prefiero subir con menos efectivos y la cara limpia que mantener un buen número y pisar arenas movedizas".

Habló con firmeza, pero ella no pudo evitar notar su incomodidad. Era una especie de frustración interior.

Horas después, Augusto acudió a la reunión con la junta directiva, trayendo los nuevos datos. Esta vez no la llamaron. Se quedó en la oficina, intentando trabajar mientras, en el fondo, esperaba los resultados.

Cada vez que se abrían las puertas del ascensor, ella contenía la respiración por un momento.

Cuando regresó dos horas después, su expresión era difícil de descifrar. No era de derrota total, pero tampoco de alivio.

Pasó directamente por el área y se limitó a decir:

Hablaremos más tarde.

Se encerró en la habitación de cristal.

Renata, que observaba todo desde lejos, se quejó:

–Se dirige a su cuartel general de pensamientos oscuros.

Ella casi se rió, pero estaba demasiado preocupada.

Algún tiempo después, tu correo electrónico sonó.

¿Puedes venir aquí un minuto?

EL."

El corazón dio su salto habitual.

Entró en la habitación. Augusto estaba sentado, sin una computadora portátil frente a él, solo una taza de café en la mano.

"Cierra la puerta, por favor", pidió.

Ella lo cerró.

"¿Cómo fue la reunión?" preguntó con cautela.

Dejó escapar un suspiro cansado y dejó su taza sobre la mesa.

"Fue… como tenía que ser", respondió. "No les gustó oír que las proyecciones habían cambiado. Hicieron las preguntas obvias: '¿Por qué no se vio esto antes?' '¿Qué tipo de controles están usando?' '¿Cómo podemos confiar en las próximas estimaciones?'" Hizo una pausa. "Y con razón."

Ella se acercó un poco más, sin sentarse.

- ¿Y qué respondiste? -preguntó.

"La verdad", dijo, "es que, en mi afán por defender el proyecto, elegí la mejor ventana posible como base. Que debería haber considerado un promedio mayor. Que me equivoqué."

La palabra "me equivoqué" salió con claridad, sin rodeos. Y, al mismo tiempo, me pareció pesada.

– ¿Y…? – insistió.

"Y no les gustan los errores, pero respetan que alguien no ponga excusas", respondió. "El proyecto continúa. Simplemente irá más lento. Querrán seguirlo de cerca, revisarlo todo con lupa. Y yo..." —

esbozó una media sonrisa amarga—...perdí un poco de credibilidad, pero no lo suficiente como para que me expulsaran del juego."

Ella permaneció en silencio, absorbiéndolo todo. No estaba acostumbrada a ver a Augusto hablar de sí mismo con esa mezcla de franqueza y vulnerabilidad.

"Siéntate", dijo finalmente, señalando la silla que tenía delante.

Ella se sentó.

La miró fijamente durante unos segundos, como si estuviera eligiendo cuidadosamente qué decir a continuación.

"¿Recuerdas cuando dije que el caos puede entrenar y destruir?", preguntó.

"Lo recuerdo", respondió.

"Así que", hizo un gesto con la mano, señalándose vagamente a sí mismo, "hoy fue uno de esos días en los que me di cuenta de que no soy inmune a ninguno de los dos. Me entrenaron para lidiar con la presión, con la política, con plazos imposibles. Pero también soy vulnerable a la necesidad de demostrar que puedo hacer más de lo que todos creen".

Lo observó atentamente. Allí no encontró al director de la empresa de la sala de juntas, ni al jefe que repartía reprimendas con precisión quirúrgica. Había un hombre cansado, algo frustrado consigo mismo, intentando no perder el rumbo.

"Siempre he tenido la costumbre de pensar que puedo con todo", continuó. "Y a veces, para demostrarlo, me exijo demasiado. Hoy, me derrumbé en el punto más sensible: el número que aparece ahí".

Ella respiró profundamente antes de decir:

"Te he visto cobrarnos por cosas más pequeñas que esto", comentó con cautela. "Siempre dices que una premisa errónea lo arruina todo".

Él dio una sonrisa sin humor.

"Así es", asintió. "Me felicito por convertirme en un ejemplo de la frase en sí".

Ella dudó por un segundo.

"Y... ¿te mantienes a la par con los mismos estándares que estableces para nosotros?" se aventuró a preguntar.

Levantó la vista, sorprendido por la pregunta directa. Luego respondió sin rodeos:

—Peor. —Se pasó una mano por la cara—. Conozco todas las excusas. Sé cuándo estoy racionalizando. Sé cuándo estoy idealizando el caos. Sé cuándo elijo ver solo lo que me interesa. Así, cuando llegue la factura, no habrá sorpresa fingida.

Era la primera vez que veía, con tanta claridad, el peso de su autocrítica. El mito del jefe que siempre "sabe lo que hace" estaba cayendo unos escalones más abajo, acercándose peligrosamente al terreno común de todos los demás.

"¿Puedo ser honesta?" preguntó ella, sintiendo que su corazón se aceleraba ligeramente.

"Eso es lo que espero de ti", respondió.

Ella respiró profundamente.

"Es extraño verte así", admitió. "No porque crea que eres perfecta. Te he visto equivocarte con nosotros, exagerar, ser injusta. Pero...", buscó las palabras, "...creo que una parte de mí creía que, allá arriba, siempre tenías un plan mejor que el nuestro. Y hoy... vi que, a veces, también intentas adivinar en la oscuridad".

La miró fijamente por un segundo y algo en su mirada pareció suavizarse.

"Paso buena parte del tiempo adivinando", confesó. "La diferencia es que, desde donde estoy, cuando voy por mal camino, llevo a más gente conmigo".

Ella sintió el impacto de esa frase.

Por un lado, era aterrador pensar que alguien con tanto poder de decisión también se las ingeniara para salir adelante. Por otro lado, era profundamente humano.

"No te digo esto para que sientas lástima por mí", añadió rápidamente. "Ni para disculpar nada que les haya hecho mal a ti o al equipo. Solo..." dudó, "creo que es justo que, si ves mis defectos de cerca, veas mis verdaderos defectos, no solo los que tengo como jefe".

Ella dudó unos segundos antes de preguntar:

¿Y qué son? Los auténticos.

Una comisura de su boca se levantó, casi en una sonrisa cansada.

—Soy demasiado testarudo —empezó—. Me cuesta mucho admitir que una de mis ideas no funciona. Me cuesta delegar cosas importantes porque, en el fondo, me da miedo decepcionarme. —Se pasó una mano por el pelo—. Soy ansioso. A veces confundo urgencia con importancia. Y, como ya habrás notado, puedo ser cruel cuando estoy bajo presión. No porque quiera herir a nadie, sino porque quiero que todo funcione. Y, en este tira y afloja, la gente se convierte en peones.

Escuchó atentamente cada palabra. Eran confesiones que ningún empleado nuevo esperaría oír de un gerente.

"Y a pesar de todo eso..." dijo lentamente, "...sigues viniendo aquí todos los días."

"Me quedo", confirmó. "Porque, al final, creo que sigo haciendo más bien que mal estando aquí. Y los días que pienso que ya no es así, me pregunto si es hora de irme".

La frase la tomó por sorpresa.

"¿Alguna vez has pensado en irte?" preguntó.

“Más veces de las que puedo contar”, respondió. “Hay días que miro a mi alrededor y pienso: ‘Podría estar en otro lugar, con menos

problemas, menos responsabilidad emocional’”. Se encogió de hombros. “Pero luego recuerdo que en otro lugar no tendría la oportunidad de ocuparme de tantas cosas importantes. Y, por ahora, ese pensamiento me da la razón”.

Ella sintió que algo dentro de ella se reorganizaba.

El «mito de Augusto» —el jefe que lo controlaba todo, que siempre sabía lo que quería, que se quedaría allí el resto de su vida— adquirió nuevas facetas. Miedo. Duda. Un deseo de escapar. Un sincero deseo de hacer las cosas bien.

Conocer estas facetas de ella no disminuyó lo que sentía. Al contrario: la acercó.

Porque, a partir de ese momento, fue más difícil verlo simplemente como el hombre en el puesto. También se convirtió en el hombre que cometía errores en su afán por acertar, que elegía el mejor número porque necesitaba creer en algo, que llevaba preguntas sin respuesta en la mirada.

En los días siguientes, las consecuencias del error en las proyecciones se extendieron, aunque de forma menos dramática de lo que ella había temido.

Hubo reuniones adicionales, revisiones y hojas de cálculo revisadas. El ritmo siguió siendo intenso, pero ahora con un cuidado especial, no solo con las cifras, sino también con su selección.

Y, discretamente, empezó a notar pequeños gestos nuevos en Augusto.

Cuando alguien traía una estimación muy optimista, preguntaba:

¿Me estás presentando el mejor escenario posible o el más probable?

Cuando el equipo presentó un escenario más conservador, no replicó llamándolo "pesimismo". Preguntó:

¿Qué tendría que pasar para que esa cifra fuera mejor sin que se convirtiera en mentira?

Se dio cuenta de que, de alguna manera, el error había provocado que ajustara la lente.

Sin embargo, desde su punto de vista, el mayor cambio no estaba en las hojas de cálculo, sino en cómo las veía.

Una tarde, cuando salían de una reunión, los dos se quedaron solos en el pasillo durante unos minutos.

—Has estado más… —comenzó, buscando una palabra—…cauteloso últimamente.

Él levantó una ceja.

"¿Precavido en el mal sentido?" preguntó.

"De una manera más humana", respondió. "Es como si recordaras que no tienes que cargar con todo sola todo el tiempo".

Él la miró fijamente.

"No lo idealices demasiado", dijo con firmeza, pero sin aspereza. "Sigo siendo responsable de muchas cosas. Y sigo cometiendo errores".

"Lo sé", respondió. "Pero, para mí...", hizo una pausa, "ver que tú también te pierdes a veces me hace sentir menos pequeña cuando cometo errores".

Augusto permaneció en silencio unos segundos, como si registrara lo que había visto.

—Bueno —dijo finalmente—. Si mi caída sirvió para esto, al menos algo bueno salió de ello.

Ella sonrió levemente.

"No te caíste", corrigió. "Solo bajaste del pedestal. Es diferente".

Él soltó una breve risa.

"Entonces estás asumiendo que he estado en un pedestal antes", bromeó.

"Oficialmente no", respondió. "Pero en la mente de muchos, sí. En la mía, sin duda".

Él la miró fijamente por un momento más, un poco sorprendido por su honestidad.

"Un pedestal es un lugar peligroso", dijo finalmente. "Para los que están arriba y para los que miran hacia abajo. Porque un tropiezo se siente como un terremoto. Y, al final, es solo un tropiezo".

Ella mantuvo esa imagen.

Esa noche, acostada en la cama, pensó en ello durante un largo rato.

Desde el principio, había colocado a Augusto en un pedestal: no un pedestal de perfección moral, sino de competencia, control y seguridad. Era, en cierto modo, el punto de referencia en medio del caos de la empresa.

Ver ese punto fijo tambalearse había sido aterrador, pero también había abierto espacio para algo nuevo: la posibilidad de amar (o apegarse a) alguien no por un mito, sino por la verdad.

Porque, al ver al ser humano detrás del puesto, también comenzó a ver sus propias ilusiones.

Se dio cuenta de que parte de lo que sentía por él se basaba en el deseo de ser "elegida" por alguien inquebrantable y seguro de sí mismo. Y ahora, veía que él también tenía miedos y defectos, que también necesitaba, de alguna manera, ser visto y aceptado en su imperfección.

Esto no disminuyó el riesgo de la relación. La hizo más real.

Ella empezó a preguntarse:

"¿Me gusta porque es mi jefe y me valida, o porque veo al hombre que hay detrás?"

"¿Admiro solo al profesional, o también al que admite sus errores e intenta corregirlos?"
"Si no estuviera en este puesto, ¿me ascendería igualmente?"

Las respuestas aún no estaban claras. Pero al menos se habían formulado las preguntas.

Al día siguiente, al pasar por la sala de cristal, lo vio de espaldas, hablando por teléfono y gesticulando menos de lo habitual. Parecía más reservado.

Por un instante, lo imaginó en otro contexto: sin traje, sin placa, sin el título de director. Solo un hombre común, sentado a la mesa de un bar, diciendo:

"Elegí la mejor versión de la historia porque realmente quería creer que era verdad".

Al darse cuenta de que él podía ser ese hombre, y no sólo el jefe inaccesible, algo dentro de ella finalmente se reorganizó.

La caída del mito no destruyó el sentimiento. Simplemente cambió el escenario.

Ahora, lo que emergía allí ya no era una idealización del poder, el control ni un liderazgo perfecto. Era una atracción por alguien imperfecto, complejo, capaz de tomar decisiones brillantes y decisiones cuestionables. Alguien que podía hacerle daño y protegerla al mismo tiempo. Alguien a quien finalmente veía como una persona, y no como un personaje.

Y es precisamente cuando vemos a la persona entera, con luces y sombras, que la implicación, si continúa, tiende a hacerse más grave.

Porque a partir de ese momento, si ella seguía acercándose, ya no podría decir que no sabía quién era.

Ella lo sabía.
Y aun así, algo dentro de ella seguía inclinándose hacia él.

CAPÍTULO 10 – DECISIONES DIFÍCILES: CARRERA, DIGNIDAD Y CORAZÓN EN JUEGO

El contrato tenía una duración. Lo supo desde el primer día. El documento lo establecía claramente: tres meses. La renovación dependía del rendimiento y las necesidades de la empresa.

Pero en la práctica, el calendario no se movía en semanas, sino en eventos.

Un grave error corregido.
Un gran proyecto aceptado.
Rumores, reprimendas, elogios.
Y un acercamiento silencioso, que ninguno se atrevió a mencionar.

Fue sólo cuando Ana Paula apareció junto a su escritorio, un miércoles por la mañana, con una carpeta en la mano y un aspecto más serio que de costumbre, que el tiempo recuperó su sentido del tiempo.

"¿Podemos charlar un rato en la sala de estar?" preguntó sin rodeos.

Sintió que su estómago se encogía instantáneamente.

Siguió a Ana Paula a una habitación más pequeña, lejos del flujo de gente. Se sentó frente a ella, quien abrió lentamente la carpeta.

"Tu contrato está entrando en su recta final", empezó Ana Paula, sin rodeos. "Oficialmente, quedan tres semanas".

Ella asintió con la cabeza y su corazón latía aceleradamente.

- Lo sé.

Ana Paula la examinó por un segundo.

"Seré directa", continuó. "El departamento quiere que te quedes. Yo quiero que te quedes. Augusto quiere que te quedes. Estamos de acuerdo en esto".

Las palabras, aunque eran buenas, golpearon fuerte.

"¿Quieres... convertirme en empleado permanente?" preguntó, para asegurarse de que no lo había entendido mal.

"Sí", confirmó Ana Paula. "Ya no tiene sentido tratarte como trabajador temporal. Ya estás demasiado involucrado en procesos críticos. La pregunta ahora es: ¿quieres?"

Ella parpadeó, sorprendida.

Era una pregunta que había estado posponiendo. Sabía que la fecha límite se acercaba, pero, demasiado ocupada con el Proyecto Aurora y la agitación emocional diaria, no se había detenido a afrontarla directamente.

"Antes de responder, necesito que entiendas la situación", dijo Ana Paula mientras hojeaba unos papeles. "La empresa se está reestructurando. Esto significa que, si bien estamos creando oportunidades para algunos, podríamos tener recortes en otras áreas. No estarías entrando en un entorno estable. Estarías en el ojo del huracán, con un contrato de trabajo formal".

Ella respiró profundamente.

"No es precisamente nuevo para mí", comentó. "Desde que llegué aquí, siento que todo es un huracán".

Ana Paula esbozó una leve sonrisa.

"Es cierto. Pero hay algo más", continuó. "Con el puesto permanente, habría un pequeño aumento salarial, beneficios completos y..." dudó un segundo, "mayor visibilidad. Estás en el

Proyecto Aurora, estás cerca de las decisiones, te ven. Eso es genial para tu carrera. Y es terrible para quienes prefieren ser invisibles".

Se agarró al borde de la silla, como si necesitara apoyo físico para absorber tanta información.

«¿Y qué esperas de mí si acepto?», preguntó.

"Más de lo que ya estás haciendo", respondió Ana Paula sin rodeos. "Sigue trabajando en informes cruciales, ayuda con el proyecto y, si es posible, capacita a nuevas personas. Y", enfatizó, "maneja la presión. La diferencia es que si te quedas, no serán solo tres meses intensos. Será tu vida adulta por un buen tiempo".

"Las facturas, el alquiler, el refrigerador vacío, el miedo a volver al desempleo". Todo eso cruzó su mente como una imagen fugaz.

"¿Puedo pensarlo?" preguntó.

—Debes hacerlo —respondió Ana Paula—. Nadie aquí quiere que decidas por capricho. Tienes hasta el final de la semana para darme una respuesta. Y, antes de que preguntes: sí, Augusto sabe de esta conversación. Participó en la decisión de traerte aquí para quedarte.

La mera mención de él hacía que su corazón se agitara de una manera que no tenía nada que ver con un cheque de pago.

Salió de la habitación con la sensación de haber recibido un regalo pesado: bonito, pero difícil de llevar.

Carrera: por fin, una verdadera oportunidad de estabilidad, crecimiento y reconocimiento.
Dignidad: la necesidad de sentirse en paz con cómo se construiría esa estabilidad.
Corazón: el inquietante hecho de que gran parte del apego al lugar tenía rostro, voz y nombre.

Esa tarde era imposible fingir que todo estaba completamente normal.

Renata se dio cuenta inmediatamente.

"¿Por qué te llamaron a la habitación?" preguntó tan pronto como ella regresó.

"Intentan lanzarme una bomba de cortesía", respondió. "Quieren convertirme en un empleado permanente".

Los ojos de Renata se iluminaron.

"¡Genial!", exclamó. "Es el sueño de todo jugador temporal: convertirse oficialmente en una pieza del tablero".

Ella dio una media sonrisa.

Sí. Lo sé. Pero... también es complicado.

Renata se inclinó hacia delante.

¿Qué tan complicado es eso?

Ella respiró profundamente.

"Es complicado porque no puedo fingir que solo se trata de salario y un contrato firmado", admitió. "Quedarme aquí significa quedarme... aquí. Con todo lo que eso implica".

Renata lo entendió de inmediato. Su mirada se suavizó.

"Por él, te refieres", dijo sin rodeos.

Ella apartó la mirada por un segundo, como si nombrarlo hiciera todo más real.

"Con él, con los rumores, con lo involucrada que estoy", respondió. "Si me quedo, no será solo porque es un buen lugar para trabajar. También será porque él está aquí. Y eso me asusta".

Renata permaneció en silencio durante unos segundos.

—Y si te vas, ¿crees que será por él también? —preguntó con calma.

Ella pensó por un momento antes de responder.

"En parte, sí", admitió. "Si no sintiera nada, sería más fácil decir 'No quiero este caos para mí' y seguir adelante. Pero... ya he estado

emocionalmente atrapada. Y eso hace que todo parezca distorsionado".

Renata se cruzó de brazos.

“Voy a contarte algo que me costó mucho aprender”, empezó. “Ninguna decisión es 100% pura. Siempre hay una mezcla de miedo, deseo, ego y afecto. El problema no es tener estas cosas. Es fingir que no las tienes. Así que, quizá la solución no sea esperar una respuesta completamente racional. Es admitir: ‘Sí, me gusta, sí, esto influye en mi decisión, y aun así, elijo X o Y’”.

Ella se reclinó en su silla, absorbiéndolo todo.

-¿Y tú qué harías en mi lugar? -preguntó casi en un susurro.

Renata sonrió levemente.

"No estoy en tu lugar", respondió. "No tengo tu corazón ni tu historia con él. Lo que sí te puedo decir es: no elijas solo por miedo. Ni solo por pasión. Intenta encontrar el punto donde puedas mirarte al espejo".

"El momento en que puedo mirarme al espejo". La frase se me quedó grabada.

Al final de la jornada laboral, la oficina se fue vaciando poco a poco. Ella permaneció en su escritorio, demorándose unos minutos más, como si esperara algo sin admitirlo.

Augusto todavía estaba en la sala de cristal, hablando por teléfono, revisando papeles.

Cuando finalmente se levantó, mochila en mano, escuchó su voz:

– [Su nombre] – llamó. – ¿Tienes un minuto?

Ella se dio la vuelta, con el corazón acelerado como siempre.

Entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

"¿Ana Paula ya te ha hablado?" preguntó directamente.

– Habló – respondió.

"¿Y entonces?" insistió. "¿Tenías miedo?"

Ella soltó una risa corta y sin humor.

—Me quedé. Y no me quedé —admitió—. Asustada porque todo cambia. Y aliviada porque... quizá no cambie tanto.

La observó atentamente, como si estuviera midiendo no sólo su respuesta, sino también lo que no decía.

"No voy a fingir neutralidad en esta historia", empezó. "Fui yo quien propuso tu nombre para el puesto permanente. Si solo dependiera de cifras frías, podría haber tardado más. Pero veo más de lo que cabe en una hoja de cálculo".

La frase, en otro contexto, sería simplemente un cumplido. Allí, tenía peso.

"Eso es precisamente lo que me preocupa", confesó. "No quiero sentir que estoy aquí porque alguien...", dudó, "le gusto".

Él frunció el ceño ligeramente.

"¿Crees que tomo decisiones de equipo en función de quién me gusta?" preguntó, no agresivamente, sino con seriedad.

Ella respiró profundamente.

"Creo que eres humano", respondió. "Y que los humanos tienden a acercarse más a algunas personas que a otras. Y eso influye. Tú mismo me dijiste que no atraes a nadie así como así. Y me acercaste a mí."

Augusto la miró fijamente un buen rato. No había ira. Había reconocimiento.

“Es cierto”, admitió. “No soy una máquina. Sé con quién trabajo mejor, en quién puedo confiar, quién encaja con mi visión del sector. Y sí, eso influye en mis decisiones. Pero no complica tanto las cosas”. Hizo una pausa. “Te habría contratado para el proyecto y el

puesto fijo incluso si no me gustaras como persona. Porque tu trabajo vale por sí mismo".

Su corazón latía con fuerza ante el comentario de "Me gustas como persona". No había dicho simplemente "Me gustas". Pero aun así, el efecto era peligroso.

"Sabes que la gente está hablando de eso..." comenzó, incapaz de continuar.

"Lo sé", interrumpió. "Y ya te lo he dicho antes: los rumores han existido desde que inventaron la idea de dos empleados y una sala de descanso. Si dejo que lo que digan dicte todas mis decisiones, me convertiré en una marioneta en el pasillo".

Respiró hondo. El nudo no era solo lo que decían. Era lo que ella sentía.

"El problema no es solo lo que dicen los demás", dijo lentamente. "Es lo que siento yo misma. Ya no puedo separarlos por completo. Me gusta estar aquí. Me gusta el proyecto. Me gusta lo que estoy construyendo. Y..." —las palabras salieron más bajas— "...me gustas. Tu forma de pensar, tu forma de preocuparte y de equivocarte, tu forma de intentar hacer las cosas bien."

Una vez pronunciada la frase, no había vuelta atrás.

El silencio que siguió pareció llenar toda la habitación.

No fingió no entender. No cambió de tema. No hizo ninguna broma.

Él simplemente se quedó allí, mirándola, con una expresión que mezclaba sorpresa, reconocimiento y una especie de tristeza silenciosa.

"Me lo imaginé", dijo finalmente, en voz más baja de lo habitual. "No soy tan obtuso".

Ella quería reír, pero no pudo.

"¿Y eso qué cambia?" preguntó ella mirándolo con dolorosa honestidad.

Augusto se pasó la mano por la nuca, como buscando estabilidad.

—Cambia, porque necesito ser aún más cuidadoso —respondió—. Con lo que digo, con lo que pido, con lo cerca que te acerco. Porque ya me he pasado varias veces, y no quiero mirar atrás y ver que arruiné tu carrera... y tu cabeza.

Sintió que le ardían los ojos.

"Arruinar mi carrera me impediría crecer", dijo. "Y hasta ahora, has hecho lo contrario".

"¿Y tu cabeza?", replicó. "¿Puedes confiar en mí lo suficiente como para quedarte aquí sin perderte? ¿O cada cumplido que te haga de ahora en adelante te confundirá aún más?"

No tenía una respuesta preparada. El silencio, una vez más, jugó el papel más honesto.

"No lo sé", admitió. "Quería decir que sí. Que puedo separarlo todo. Pero... hasta ahora no he podido".

Augusto respiró profundamente y se reclinó en su silla.

“Yo tampoco soy inmune, [su nombre]”, confesó por primera vez, algo que ella temía y, al mismo tiempo, necesitaba oír. “No me eres indiferente. Creo que eres inteligente, te admiro como profesional y… me gusta tu compañía”. No apartó la mirada. “Precisamente por eso, tengo que ser el adulto en la sala”.

La frase dolió y alivió al mismo tiempo.

"El adulto en la sala", repitió con una sonrisa triste. "Odio cuando alguien tiene que serlo".

"Yo también", respondió, casi con una sonrisa. "Pero aquí, soy yo quien cobra por esto. Y hay cosas que no puedo hacer. No puedo darte una razón para que la gente siempre piense que solo te quedaste porque te quería por otra razón. No puedo crear un ambiente donde cualquier decisión sobre ti parezca sospechosa. No puedo arriesgar tu reputación, ni la mía".

Ella tragó saliva con fuerza.

"Entonces, ¿crees que debería irme?" preguntó, la pregunta que más temía.

Cerró los ojos por un segundo, como si le hubieran dado un puñetazo por dentro.

"Creo que deberías decidir qué te dejará menos destrozado en unos años", respondió. "¿Quedarme y aprender a establecer límites claros? ¿O irme y empezar de cero en otro lugar, quizás con menos carga emocional?" Hizo una pausa. "Si aceptas quedarte, te apoyaré como empleado. Te haré responsable, te desarrollaré, te protegeré como parte del equipo. Pero no…", buscó la palabra, "…me permitiré cruzar esa línea".

Sintió el impacto de cada sílaba.

Una parte de ella quería gritar: "¿Y si quiero que cruces la calle?". Otra parte lo sabía: si lo hacía, todo podría desmoronarse demasiado rápido.

"¿Y si no acepto quedarme?" preguntó con la voz un poco ronca.

"Voy a odiar perderte profesionalmente", admitió. "Pero lo respetaré. Y, sinceramente, quizá lo entienda mejor de lo que crees. Sé lo que es dejar un lugar para protegerse".

Ella bajó la mirada y observó sus propias manos entrelazadas.

Allí, en aquella sala de cristal donde ya se habían discutido tantas hojas de cálculo, el tema ahora era otro: la estructura invisible que los sostenía (o amenazaba) a ambos.

Carrera.
Dignidad.
Corazón.

Nada de esto cabe en un gráfico.

"No esperaba...", empezó, "que un trabajo que se suponía que sería solo un contrato de tres meses se convirtiera en todo esto".

"Yo tampoco", respondió. "Pero la vida rara vez pregunta qué planeamos".

Permanecieron en silencio unos instantes más. Ya no era el tenso silencio de antes. Era un silencio lleno de decisiones en suspenso.

Finalmente, ella se puso de pie.

"Lo pensaré", dijo con sinceridad. "De verdad. No solo por miedo, no solo por lo que siento. Sino por quién quiero ser".

Él asintió.

"Eso es todo lo que puedo pedirte", respondió. "Que sea cual sea la decisión, sea tuya. No mía, ni de Ana Paula, ni de los rumores".

Ella asintió.

Antes de irse, se dio la vuelta nuevamente.

"¿Y tú?", preguntó. "¿Podrás seguir cobrándome como siempre, aun sabiendo...?"

No se completó. No era necesario.

"Tendré que triunfar", dijo. "Si no, seré yo quien tenga que replantearse lo que hago aquí".

Ella dio una pequeña sonrisa triste.

"Eso parece justo", murmuró.

Salió de la habitación con la sensación de que dejaba atrás un trozo de sí misma.

Esa noche, en casa, colocó dos hojas de papel en blanco sobre la mesa.

En el primero, escribió arriba: **QUÉDATE** .
En el segundo: **SALIR** .

Empezó a enumerarlos.

PERMANECER:
– Estabilidad financiera.
– Crecimiento profesional real.
– Continuar con el Proyecto Aurora.
– Trabajar en algo significativo.
– Mantener la cercanía con Augusto (buena y peligrosa).
– Lidiar a diario con límites, rumores y tensión emocional.
– Correr el riesgo de mezclar demasiada validación profesional con afecto.

SALIR:
– Empezar de cero en otro lugar.
– Riesgo de quedarse sin trabajo por un tiempo.
– Cortar de raíz la fuente diaria de confusión interna.
– Perder un entorno donde uno se siente útil y reconocido.
– Distanciarse de Augusto (doloroso y quizás necesario).
– Demostrarse a uno mismo que no depende de nadie para crecer.
– Correr el riesgo de arrepentirse de haberse ido.

Observó ambas listas durante un largo rato.

Ninguno venía con garantía de paz. Ninguno estaba completamente correcto o equivocado.

Allí, por primera vez, comprendió claramente:

Cualquier elección implicaría una pérdida.

Si se quedaba, perdería parte de la ilusión de poder "protegerse" de lo que sentía. Tendría que madurar rápidamente, aprender a establecer límites internos, aceptar vivir con él sin esperar nada más de lo que pudiera existir. Tendría que ser adulta no solo en el trabajo, sino en su propio corazón.

Si se marchaba, perdería un lugar donde por fin había encontrado espacio, desafío y reconocimiento. Perdería la posibilidad de ver hasta dónde podía llegar profesionalmente allí. Y, por supuesto, tendría que lidiar con el vacío que dejaría, con la sensación de abandonar voluntariamente algo importante.

Carrera, dignidad, corazón.

No fue posible salvar a los tres completamente intactos.

Se acostó tarde, sin una respuesta definitiva. Solo sabía que, al día siguiente, tendría que volver a la misma oficina, al mismo escritorio, a la misma sala de cristal. Pero ahora con un peso extra: la certeza de que, pronto, tendría que decir "sí" o "no" a toda una vida, no solo a un trabajo.

Y mientras el sueño me eludía, una pregunta susurraba en el fondo:

¿Qué duele menos: quedarse y aprender a vivir con lo que sientes, o irte y aprender a vivir con lo que pierdes?

Aún no lo sabía.
Pero fuera cual fuera la respuesta, sabía que después de eso, nada —ni su trabajo, ni su visión de Augusto, ni su visión de sí misma— volvería a ser igual.

CAPÍTULO 11 – RECONSTRUCCIÓN: NUEVOS ACUERDOS Y NUEVOS LÍMITES

No tomó la decisión en un momento dramático. No hubo una epifanía cinematográfica, ninguna frase mágica que lo resolviera todo. La elección se fue construyendo en capas, a lo largo de días comunes, entre una hoja de cálculo y otra, un café y otro, un silencio incómodo y otro.

Pero, al final, la frase que la empujó al lado definitivo apareció una noche de insomnio, mirando al techo de su habitación:

"No quiero que la parte más valiente de mi vida sea irse".

Sabía que irse también requeriría valentía. Sin embargo, para ella, allí, en ese momento, el mayor desafío era otro: quedarse. Quedarse y no esconderse, ni de él ni de sí misma. Quedarse sin perderse.

A la mañana siguiente, fue a trabajar con un nudo en el estómago y una inquieta resolución en la cabeza: tenía una respuesta.

La oficina parecía la misma de siempre: el sonido de los teclados, el teléfono sonando, alguien quejándose del sistema. Pero, para ella, todo tenía un contorno más nítido, como si alguien hubiera ajustado el enfoque.

Esperó a que el día se calmara un poco para luego dirigirse a la mesa de Ana Paula.

"¿Tienes un minuto?" preguntó.

Ana Paula levantó la mirada, evaluando rápidamente su expresión.

Sí, lo hago. Vamos a la habitación pequeña.

Entraron. La puerta estaba cerrada.

"¿Lo has pensado?" Ana Paula fue directa al grano.

"Lo pensé", respondió ella, sintiendo que el corazón se le aceleraba. "Quiero quedarme".

Un sutil alivio cruzó el rostro de Ana Paula, pero no sonrió ampliamente. Simplemente asintió.

"Cierto", dijo. "Ya me lo imaginaba. Pero no quería forzar la situación insistiendo en el argumento".

Sacó una carpeta y sacó algunos papeles.

Bien, vayamos a los términos: el contrato temporal se convierte en indefinido a partir del mes que viene. Salario X, prestaciones Y, puesto formal: analista administrativo sénior. Permanecerás en el Proyecto Aurora y tendrás un rol más formal en los entregables. ¿Estás de acuerdo?

Leyó rápidamente los puntos principales. Nada surrealista ni injusto. Era, en la práctica, lo que ya estaba experimentando, pero ahora con nombre, valor y un contrato de trabajo formal.

"Lo soy", respondió.

Ana Paula la observó por un momento.

"¿Y el resto?", preguntó. "Porque sé que, en tu caso, no es solo una decisión de hoja de cálculo".

Ella respiró profundamente.

"El resto lo tendré que aprender a gestionar sobre la marcha", dijo. "Pero... si de algo me he dado cuenta, es que evitar el problema no ha solucionado nada hasta ahora. Así que voy a afrontarlo de frente".

Ana Paula asintió lentamente.

"Te prometo una cosa", dijo. "Si en algún momento sientes que esta decisión te hace más daño que bien, podemos hablar de nuevo. Quedarse no es cadena perpetua".

Ella sonrió levemente.

- Gracias.

"Ah, y una cosa más", añadió Ana Paula. "Pronto tendrás gente que te reporte. No ahora, pero sí pronto. Es lo natural para alguien que se involucra a este nivel. Hazte a la idea de que, dentro de poco, no solo Augusto te afectará. También te convertirás en el 'jefe imperfecto' de alguien".

La frase la impactó profundamente. Nunca antes se había imaginado en ese lugar.

"Jefe imperfecto."

Lo mantuvo en su mente. Sabía que, un día, todo tendría perfecto sentido.

Posteriormente, recibió el correo electrónico oficial de Recursos Humanos. Asunto: **Cambio de situación laboral – Nombramiento permanente** .

Se quedó mirando la pantalla unos segundos. Su instinto le decía que tomara una captura de pantalla, se la enviara a alguien y celebrara con entusiasmo. Pero la sensación que surgió fue más contenida, más intensa.

Fue una victoria, sí. Pero también fue una responsabilidad asumida. Fue una puerta que se cerraba ante todos los escenarios en los que simplemente se iría como si despertara de un sueño intenso.

Renata fue la primera en enterarse.

"¿Entonces tenemos un contrato de trabajo formal en esta área?", preguntó en cuanto ella se lo contó. "Felicidades, oficialmente ya no eres 'la trabajadora temporal'".

"Ahora sólo soy otra pieza permanente en el caos", respondió con humor.

—No «solo» —corrigió Renata—. Ya sabes que no cualquiera pasa de turista a residente en este condominio emocional.

Ambos se rieron.

Pero ella sabía que aún quedaba una conversación importante por delante.

Consigo.

Consideró contactar a Augusto por correo electrónico, pero luego pensó que era demasiado formal. Pensó en llamar a su puerta, pero temió encontrarlo en un momento incómodo. Al final, se presentó la oportunidad.

Pasó por la zona a media tarde, charlando con Lucas, y vio el correo electrónico abierto en su pantalla. Reconoció el encabezado de RR. HH. de lejos.

"¿Ya lo hiciste oficial?" preguntó, deteniéndose junto a la mesa.

Ella apartó la pantalla discretamente, como si fuera demasiado íntima para dejarla expuesta.

"Sí", confirmó. "A partir del mes que viene, seré una estadística permanente".

Augusto asintió, con una media sonrisa en su rostro.

"Pasa a la habitación más tarde, cuando puedas", dijo. "Un momento."

Supo de inmediato que no se trataba sólo del aspecto "técnico" del proceso de contratación.

Unos minutos después, llamó a la puerta.

Adelante.

Estaba de pie junto a la ventana, sin blazer y con la camisa arremangada. Parecía menos un "director" y más... una persona real.

"Quería saber de ti antes de que Recursos Humanos te abrume con papeleo", empezó. "¿Estás seguro de esta decisión?"

Ella jadeó en busca de aire.

"No al cien por cien", respondió con sinceridad. "Pero es lo suficientemente seguro como para permitírselo".

Él asintió lentamente.

"Así es", dijo. "Si te dijera que estoy completamente seguro de todo lo que hago aquí, mentiría. Vivimos en un estado constante de incertidumbre. Lo máximo que podemos hacer es elegir el tipo de incertidumbre que estamos dispuestos a afrontar".

Se acercó a la mesa, se apoyó en la esquina y cruzó los brazos.

"Aclaremos algo", continuó. "Ahora que te quedas... nuestra forma de interactuar aquí debe ser aún más clara".

Sintió que todo su cuerpo se ponía en alerta.

– ¿Estás hablando de…? – empezó.

—Hablo de todo —la interrumpió con calma—. De expectativas, límites, cómo nos comunicamos. No he olvidado lo que me dijiste el otro día. Ni lo que te respondí.

Ella recordaba claramente: "Me gustas", "No me eres indiferente", "Tengo que ser la adulta en la habitación".

"Bueno, pongamos algunas cosas por escrito", dijo. "Primero: profesionalmente, no hay cambios en mis expectativas sobre ti. Quizás empeore", añadió con una leve sonrisa. "¿Quieres crecer? Te exigirán un nivel más alto".

"Me lo esperaba", respondió.

En segundo lugar, personalmente, voy a seguir cuidándome —continuó—. Eso significa evitar ciertas conversaciones inapropiadas, ciertos mensajes innecesarios, ciertas proximidades peligrosas.

Contuvo la respiración un segundo. Le dolió oír eso, pero tenía sentido.

"¿Crees que eso incluye, por ejemplo... no quedarnos aquí hasta tarde, solo nosotros dos, siempre que sea posible?", preguntó ella mirándolo.

Él sostuvo su mirada.

"Sí, así es", confirmó. "No porque crea que no puedes controlarte, sino porque sé que yo también tengo límites. Y cuanto menos tentación tenga el cerebro de idealizar un pasillo vacío, mejor".

Ella se rió, sin humor, pero aliviada de que él hubiera dicho en voz alta lo que ella misma estaba pensando.

En tercer lugar —continuó—, si en algún momento sientes que me estoy pasando de la raya, ya sea como jefe o como hombre, me lo dirás. No de inmediato, si no te sientes preparado. Pero en algún momento. No puedo adaptarme a lo que no sé que te está haciendo daño.

Ella asintió.

"¿Y tú?", respondió, armándose de valor. "Si en algún momento me paso de la raya de lo aceptable para alguien del equipo, en lo que digo, en mi forma de hablarte, ¿me lo dirás también?"

Una comisura de su boca se curvó hacia arriba.

"Lo haré", respondió. "Debería haberlo hecho más a menudo, así que creo que es justo abrir esa puerta a otros".

Hubo un breve silencio, en el que ambos parecieron sopesar la importancia de lo que acababan de acordar allí, sin ningún documento formal. Eran nuevos esbozos. No borraron lo ya existente, pero lo enmarcaron de una manera diferente.

Ella respiró profundamente.

—Sé que no puedes... ofrecerme nada más que esto —dijo con cuidado—. Y no te lo pido. Lo que realmente quiero es que, si me quedo, pueda mirarte y ver al jefe primero. Y solo entonces al resto.

La miró con una mezcla de admiración y tristeza.

"Ojalá pudiera prometerte que será fácil", respondió. "Pero no lo será. Ni para ti, ni para mí. Lo que sí te prometo es que intentaré no usar lo que sé de ti en tu contra. Ni para bien ni para mal".

Ella frunció el ceño ligeramente.

—¿Cómo que ni siquiera para bien? —preguntó.

—"Para bien" también puede ser manipulación —explicó—. Elogios en el momento oportuno, cercanía en la dosis justa... todo eso puede ser adictivo. No quiero que te quedes aquí porque te sientas atraído por mí. Quiero que te quedes porque crees que este es el mejor lugar para ti ahora mismo.

Sintió nuevamente ese conflicto interno: una parte dolida por renunciar a cualquier fantasía; la otra, agradecida por la claridad.

"Así que reconstruimos", resumió. "No desde cero, porque ya no hay forma de fingir que lo que pasó no pasó. Pero desde una perspectiva más honesta".

"Exactamente", asintió. "Y si lo hacemos bien, quizá logres algo excepcional: crecer junto a alguien por quien sientes algo sin destruir tu propia historia".

"Tal vez" resonó fuerte.

Sabía que nada en esa conversación venía con garantías. Pero, en el contexto de ese cargo, era la máxima responsabilidad emocional que jamás había visto demostrar a alguien en una posición de poder.

Los días siguientes fueron extrañamente... más ligeros, a pesar de todo.

No porque el sentimiento hubiera disminuido, pues no. Sino porque, por primera vez, se enmarcaba con mayor claridad.

Comenzó a practicar el establecimiento de pequeños límites internos.

Cuando él le escribía a altas horas de la noche preguntándole por el trabajo, ella respondía al día siguiente, a menos que fuera una verdadera emergencia. Y, en silencio, se decía a sí misma: «Esto es trabajo. Solo trabajo».

Cada vez que repasaba mentalmente una conversación en la que había sido más amable de lo habitual, recordaba su coincidencia: «Él es humano, y tú también. No necesitas convertir cada gesto en una señal secreta del universo».

Cuando, en una reunión, él la elogió por un trabajo bien hecho, ella se permitió sentirse orgullosa, pero orgullosa del resultado, no del hecho de que viniera de él.

Fue difícil. A veces dolía. Otras veces, flaqueaba y volvía a fantasear, a preguntarse "¿y si…?". Pero ahora, en lugar de perderse en eso durante días, pudo volver a la realidad un poco más rápido.

Renata se dio cuenta.

"Eres diferente", comentó una mañana en la sala de descanso. "No menos involucrado. Pero más... activo".

Ella sonrió.

"Decidí que si me voy a caer, no será por haber saltado con los ojos cerrados", respondió. "Será porque elegí saltar sabiendo la altura".

"¿Y cuánto mide?" preguntó Renata con curiosidad.

"Lo suficientemente alto como para romper algo si las cosas salen mal", admitió. "Pero ahora tengo un poco más de confianza en mi capacidad para reconstruirme".

Renata levantó su taza, como si estuviera haciendo un brindis informal.

– Pasemos entonces a la reconstrucción.

"A la reconstrucción", repitió.

Reconstruir también significó cambiar la forma en que se veía a sí misma en ese lugar.

Dejó de presentarse mentalmente como "la trabajadora temporal que le gusta al jefe" y empezó a verse como "la analista que mantiene unida a una parte importante del área".

Comenzó a participar más activamente en las decisiones, no sólo como "la que escribe bonito", sino como alguien que ofrecía opiniones sobre caminos, plazos y prioridades.

Y, poco a poco, Augusto también ajustó su propio comportamiento.

Los elogios se volvieron más técnicos, menos personales.
Las conversaciones a fondo, cuando se daban, casi siempre se hacían en plural: «nosotros», el equipo; «nosotros», el área; «nosotros», el proyecto.
Las posibles lagunas (mensajes innecesarios, invitaciones ambiguas, bromas que se pasaban de la raya) se volvieron poco frecuentes.

No era frialdad. Era cariño.

Una tarde, después de concluir una fase importante del Proyecto Aurora, todo el equipo se reunió en la sala de descanso con un pastel improvisado y un refresco en vasos de plástico.

"Has hecho un trabajo increíble estos últimos meses", dijo Augusto, levantando su copa. "Y si no lo dijera en voz alta, sería injusto".

Los miró a todos, uno por uno. Cuando sus ojos la recorrieron, hubo un segundo más de reconocimiento, pero nada que un observador externo pudiera llamar «demasiado diferente».

"Este proyecto no se vino abajo solo porque había gente sosteniendo pilares sin ser vista, apagando incendios sin testigos, rehaciendo hojas de cálculo sin ganar medallas", continuó. "[Su nombre] está en ese grupo. Renata, Lucas, Júlia, los financieros, los comerciales

que no inventaron plazos imposibles..." Provocó algunas risas. "En fin, gracias. De verdad."

Sintió un orgullo sereno. No abrumador, no descontrolado. Sereno.

Luego, cuando todos regresaban a sus mesas, él pasó junto a ella y simplemente dijo:

- Buen trabajo.

Sencillo. Sin matices. Y, sin embargo, lleno de significado.

Esta vez, sin embargo, pudo escucharlo como lo que era: reconocimiento profesional. Punto.

El corazón reaccionó, por supuesto. Pero no dominó todo lo demás.

La reconstrucción no es un proceso lineal. Está compuesta de avances y retrocesos.

Un día, a altas horas de la noche, se encontró revisando su historial de correo, sus mensajes, buscando pistas donde no las necesitaba. Al darse cuenta, cerró la laptop, un poco enfadada consigo misma.

"No puedes pasarte la vida intentando descifrar a alguien que ya te ha dicho lo que tiene para ofrecer", murmuró para sí mismo. "Ya te han enseñado el mapa. Si insistes en buscar tesoros donde no los hay, es tu problema".

Me dolió admitirlo. Pero fue liberador.

En otro momento, al verlo exhausto tras una serie de reuniones, sintió un impulso casi físico de cruzar la línea: tocarle el brazo, decirle algo que fuera más allá de «todo saldrá bien profesionalmente». No lo hizo.

En lugar de eso, envió un breve correo electrónico:

"Para que lo sepas: el equipo ve lo que tienes en la mano. No siempre lo decimos, pero lo vemos".

Él respondió:

Gracias. A veces olvido que no soy el único cansado en la habitación. Intentemos no destruirnos en el proceso.

Eso fue lo más cerca que estuvieron, durante ese período, de un intercambio emocional directo. Y, curiosamente, fue suficiente.

También empezó a abrirse a otras conexiones. Todavía no eran románticas; no había espacio para eso. Pero creó vínculos más fuertes con Carol, con Renata, con Júlia. Se permitió hablar de otras cosas además del trabajo. Retomó un curso en línea que había abandonado. Volvió a leer algo que no fuera sobre gestión, procesos ni hojas de cálculo.

Era como si se dijera a sí misma en silencio:

"Mi vida no cabe solo en esta oficina. Ni tampoco cabe solo en este hombre."

Y cuanto más crecían estas otras partes, menos recaía la carga general sobre Augusto.

Él seguía siendo importante. Continuó ocupando un lugar emocional importante. Pero ya no era el único centro de su vida.

Un día, al final de la jornada laboral, los dos terminaron saliendo casi al mismo tiempo.

El pasillo estaba vacío, el sonido de pasos resonaba.

"Pareces... más relajado", comentó de repente mientras bajaban las escaleras.

Ella sonrió levemente.

"No diría tranquila", respondió. "Diría... más en paz con el caos".

Él se rió suavemente.

"Es buena señal", dijo. "Me preocupaba haberte arrastrado a un incendio demasiado grande".

"Tiraste", admitió. "Pero...", exhaló lentamente, "...fue aquí donde más aprendí sobre mí mismo. Sobre mi forma de trabajar, de sentir, de perderme y de intentar reencontrarme. Si hubiera huido a la primera complicación, estaría repitiendo lo que siempre he hecho."

La miró por un momento, con algo parecido al orgullo en su mirada.

"Has crecido", dijo simplemente.

"Y tú..." dudó, "...sigues siendo imperfecto."

Él levantó una ceja.

"Eso espero", respondió. "Ser perfecto sería una tarea enorme".

—Pero… —concluyó—, tú también has crecido. Al menos ahora, antes de elegir el mejor trimestre para hacer proyecciones, piénsalo dos veces.

Se rió al reconocer la referencia.

"Tómatelo con calma", bromeó. "Es un trauma reciente".

Los dos rieron juntos. No como jefe y subordinado en un ambiente tenso. Sino como dos personas que habían cruzado un campo minado y seguían intactas: con cicatrices, pero intactas.

En la puerta de salida se despidieron con un simple gesto.

Nos vemos mañana, [su nombre].

Nos vemos mañana, Augusto.

Se fue a casa con la extraña sensación de que algo se había alineado dentro de ella.

No fue un final feliz. Ni siquiera fue un final. Fue una nueva etapa: la de la reconstrucción continua.

Todavía le gustaba. Lo sabía.
No era "cualquiera" en su vida. Ella también lo sabía.

Pero ahora había algo más: la decisión consciente de no hacer de ese sentimiento la medida de todo. No vender la propia dignidad, la

propia carrera, el propio futuro a cambio de migajas emocionales, por muy tentadoras que fueran.

Reconstruir allí significaba aceptar tres verdades al mismo tiempo:

1. Se había enamorado (o algo muy parecido) de un jefe imperfecto.
2. Este jefe, también defectuoso, había decidido no cruzar la línea.
3. Aun así, ella podría crecer, tanto profesional como personalmente, en ese entorno, si establecía límites claros y aprendía a cuidarse.

¿Fue muy poco? ¿Fue demasiado? Fue lo mejor que se pudo.

Y a veces, es en lo posible, y no en lo ideal, que la vida encuentra espacio para continuar.

CAPÍTULO 12 – DE LO TEMPORAL A LO PERMANENTE: REDEFINIENDO EL CONCEPTO DE “SEGURIDAD”

La palabra "permanente" nunca había formado parte de su vocabulario.

En la infancia, la casa se mudó varias veces.
En la juventud, hubo trabajos temporales, trabajos independientes, contratos a plazo fijo.
En las relaciones, casi siempre alguien se iba primero —ella o el otro — antes de que se concretara cualquier promesa.

Quizás por eso la idea del "amor permanente" y el "trabajo permanente" siempre ha sonado algo abstracta. Casi teórica. Como algo que existía en los discursos, no en la vida real.

Y sin embargo, allí estaba ella.

Contratada.
Con credencial oficial.
Con su nombre incluido en las hojas de cálculo de "empleados permanentes".
Con responsabilidades que ya no encajan en la etiqueta de "temporales".

Aparentemente, el cambio fue casi burocrático: firmar documentos, actualizar la información de registro, modificar la nómina. En realidad, fue una pequeña revolución silenciosa.

Porque, de repente, todo lo que antes tenía fecha de caducidad ahora tiene un "¿y ahora qué?" adjunto.

"Ya no tienes la excusa de estar de paso."
"Ya no puedes culpar al contrato si te quedas en un lugar que te perjudica."
"Ahora, si te quedas, es porque decides quedarte."

Esta nueva capa de concienciación tuvo más peso que cualquier sello de RRHH.

La rutina comenzó a cambiar sutilmente, pero de manera constante.

Primero llegó el correo electrónico de Ana Paula:

Necesitamos reorganizar el equipo en vista del Proyecto Aurora. A partir del próximo mes, serás responsable directo de los informes X e Y, y de supervisar el informe Z. Pronto contaremos con un becario para apoyarte. Construyamos esto juntos.

Supervisor directo.

Era diferente de «ayudar con» o «apoyar». Significaba tomar la iniciativa en algo.

Luego se produjo la reunión donde Augusto, delante de todos, rediseñó el trazado del área.

"De ahora en adelante", explicó, señalando con el bolígrafo, "tenemos tres áreas principales de enfoque: operaciones diarias, proyectos estratégicos y mejora continua. [Su nombre] tendrá un pie en cada una: manejará parte de las operaciones y seguirá trabajando conmigo en Aurora y en los ajustes de procesos".

Algunos colegas la miraban con renovado respeto. Otros, con la misma mezcla de curiosidad y escepticismo de siempre. En su interior, se debatía entre el orgullo y el miedo.

Ese mismo día, en la copa, escuchó un comentario en un tono diferente:

¿Recuerdas cuando llegó?
—Sí. Todos pensaban que sería una simple trabajadora temporal que apenas aprende a ir al baño y se va.
—Pues ahora está ahí, con un informe crucial en la mano.

No fue un cumplido directo, sino un reconocimiento.

Junto con el nuevo rol llegó algo que ella realmente nunca había experimentado antes: ser un modelo a seguir para alguien.

El pasante prometido llegó: un joven de unos veinte años, ansioso, con la misma mirada asustada que probablemente tenía el primer día.

"Hola, soy Thiago", se presentó, sosteniendo una carpeta con fingida firmeza. "Dijeron que estaré bajo su supervisión".

Casi se rió de la formalidad. «Bajo su supervisión». La frase sonó demasiado larga.

—Soy [su nombre] —respondió, extendiendo la mano—. Y «bajo mi supervisión» significa básicamente que te voy a dar muchas tareas, pero también voy a intentar enseñarte a no preocuparte por ellas.

Él rió, aliviado.

En los primeros días, Thiago hacía preguntas todo el tiempo.

¿A quién le envío este correo electrónico?
¿De qué hoja de cálculo extraigo estos datos?
Si me equivoco, ¿se acabará el mundo?

De repente se encontró en el otro lado de la ecuación: respondiendo, guiando, eligiendo cuándo cobrar más y cuándo bajar el ritmo.

A veces, cuando Thiago luchaba con algo simple por miedo a equivocarse, se recordaba a sí misma, sentada en la misma silla,

siendo llamada a la oficina de Augusto por una suma equivocada.

En una de esas ocasiones, casi entró en pánico porque había pasado por alto cierta información en un informe más pequeño.

"Juro que lo comprobé", dijo angustiado. "No sé cómo no me di cuenta".

Ella respiró profundamente, evaluando el terreno.

"Cometiste un error", dijo sin rodeos. "Pero no lo desestimes. Eso es lo importante. Ahora, respira. Arreglamos las cosas, aprendemos lo que podamos de esto y seguimos adelante. El problema no es cometer errores. Es ocultarlos, repetirlos o creer que te definen".

Mientras hablaba, se dio cuenta de que repetía, con palabras adaptadas, cosas que le había oído decir a Augusto. Solo que esta vez, salieron de su boca, con la experiencia de alguien que ya había sentido las mariposas en el estómago desde el otro lado.

Más tarde pensó: “Tal vez ser un jefe imperfecto sea esto: hacer lo mejor que puedas con lo que te han dado, intentando después cometer más errores que quienes se equivocaron contigo”.

La relación con Augusto también pasó por una especie de consolidación silenciosa.

Ambos continuaron trabajando juntos en puntos estratégicos del proyecto, pero el ambiente ya no era el mismo que hacía unos meses. Había menos tensión subyacente en cada conversación, menos interrogantes entre una frase y otra.

No es que los sentimientos hubieran desaparecido. No lo habían hecho. Pero habían adquirido un lugar más definido.

En lugar de alimentar la fantasía, comenzó a alimentar la realidad: cuánto estaba aprendiendo allí, cuánto había crecido, cuánto más podría crecer, tal vez independientemente de él, incluso a su lado.

Augusto cambió en matices.

Dejó de invitarla solo a ciertas reuniones donde antes podría haberla apreciado como discreto apoyo emocional. También trajo a Lucas, a Julia y, a veces, a Ana Paula. Diversificó.

Empezó a circular más entre las mesas, ya no limitándose tanto a la sala de cristal. Esto diluyó un poco la sensación de un solo eje entre él y ella.

Y, a veces, mostraba una vulnerabilidad casi incómoda, pero que le recordaba constantemente que él también estaba redefiniendo su propia idea de "seguridad".

En una tarde particularmente confusa, con plazos cambiantes y demandas en cascada, lo vio dejar caer su computadora portátil sobre la mesa y decir, casi en un suspiro:

– Hay días en los que me siento como si estuviera armando un avión en pleno vuelo, con gente cortando piezas para ahorrar dinero.

Ella rió, cansada, pero entendió.

"Al menos no eres el único atrapado en el avión", respondió. "La tripulación está reunida. Si se estrella, todos se estrellan".

Él la miró con una media sonrisa.

"No se suponía que fuera reconfortante, pero de alguna manera lo es", dijo.

"Juntos".
Esta palabra ha adquirido más peso que "cerca".

Cerca, a veces, se trataba de ser especial.
Juntos, allí, se trataba de responsabilidad compartida.

La vida fuera de la oficina también empezó, lentamente, a reclamar su espacio.

Con un salario más estable, pudo renegociar deudas, reducir pagos atrasados y comprar algunas cosas sencillas sin sentirse excesivamente culpable: una mejor silla para trabajar desde casa,

una sartén decente y ropa que no fuera elegida únicamente por el precio.

Volvió a pagar su matrícula universitaria suspendida, aunque de forma remota y poco a poco.

Con el tiempo, retomó la costumbre de salir los fines de semana. Nada extraordinario: una película, un café con amigos, visitar a la familia. Pero antes, el mundo se había encogido tanto en torno al trabajo y a Augusto que cualquier salida parecía lejana. Ahora, poco a poco, el mapa se expandía de nuevo.

En una de estas salidas, un viejo amigo, que sólo conocía vagamente al "jefe intenso", preguntó:

¿Pero eres feliz allí?

Ella pensó antes de responder.

Había agotamiento, por supuesto. Hubo días en que me iba completamente agotado, queriendo no volver a ver un teclado. Hubo momentos de ira, frustración y ganas de tirarlo todo a la basura.

Pero había algo más también.

"Me siento... viva", respondió, sorprendiéndose incluso a sí misma. "Errorando, acertando, aprendiendo. No es un lugar tranquilo. Pero es un lugar donde me reconozco más".

"¿Y él?", insistió su amiga. "¿Todavía te afecta?"

Ella ofreció una pequeña sonrisa cansada y honesta.

"Es conmovedor", admitió. "Pero ahora ya no es el centro de la historia. Es... parte de ella".

El amigo asintió, complacido con aquella respuesta que no era ni un ingenuo “sí” ni un resentido “no”.

En el trabajo, el tiempo empezó a medirse de otra manera.

Ya no en forma de "quedan X semanas para que termine el contrato",
sino en "en tres meses entregaremos esta fase del proyecto", "el próximo semestre quiero tener esto dominado" o "el año que viene quizás esté listo para un ascenso".

Planes.
Una palabra que, durante mucho tiempo, fue sinónimo de "va a salir mal".

Ahora, todavía con miedo, se atrevió a hacer algo.

Una de ellas implicaba permanecer en esa empresa sólo mientras siguiera siendo un lugar de crecimiento, no de complacencia.

Otro aspecto consistió, a nivel interno, en ir soltando poco a poco a Augusto como eje emocional principal, aunque aún así seguíamos tomándole la mano como compañero profesional.

La forma en que se posicionó ayudó.

Nunca volvió a mencionar el tema de los "sentimientos" entre ellos. No se echó atrás hasta el punto de fingir que no se habían dicho nada, pero respetó el nuevo acuerdo.

Luego, en un momento más ligero, bromeó:

– Parece que realmente cumpliste tu rol como el “adulto de la sala”.

Él respondió con una sonrisa cansada:

A veces. Otras veces, eras tú quien me frenaba para que no hiciera alguna estupidez.

Eso era verdad.

En más de una ocasión, ella había sido la voz de la prudencia cuando él quería "subirse a la cima" con un discurso excesivamente incendiario. En otras ocasiones, él había sido la voz de la razón cuando ella quería echarlo todo por la borda.

Fue entonces cuando se dio cuenta de algo simple pero profundo: la seguridad que sentía a su lado no se basaba solo en el deseo.

Provenía del hecho de que habían aprendido, a fuerza de esfuerzo, a responsabilizarse el uno del otro en ciertos aspectos.

No como pareja.
Como dos personas que, por casualidad, estaban en el mismo barco, en la misma tormenta.

El "amor permanente" del título de aquel libro que a veces imaginaba en su cabeza, no se produjo como una clásica historia romántica.

No hubo confesión mutua, ni relación oficial, ni foto de pareja.

Pero algo se había vuelto permanente, aunque de una manera diferente.

Permanente era todo lo que había aprendido sobre sí misma allí:

– que podía soportar más presión de la que imaginaba, sin cerrarse por completo;
– que podía involucrarse emocionalmente y aún así elegir no cruzar ciertas líneas;
– que era capaz de crecer profesionalmente sin necesidad de esconderse detrás de nadie;
– que podía admirar profundamente a alguien sin convertir a esa persona en un dios.

La huella que dejó también fue permanente.

Aunque un día se fuera.
Aunque, más adelante, decidiera seguir un camino diferente.
Aunque, en un futuro lejano, se reencontraran en otra empresa, en otra ciudad, con vidas diferentes.

Él siempre sería el jefe imperfecto que:

– La hizo llorar de ira un día y sentirse capaz al siguiente;
– Cometió errores terribles con ella a veces, pero también la defendió cuando podría haberla usado como escudo;
– Expuso sus propios defectos, derribando la imagen del líder

infalible de su pedestal;
– Eligió no cruzar una línea que muchas personas cruzarían sin pensar.

Eso no fue insignificante.
Quizás no fue ideal. Pero no fue insignificante.

Y, por extraño que parezca, ese tipo de amor –retorcido, contenido, permeado por la ética y el miedo– era también una forma de permanencia.

No en forma de estado civil.
Sino como una buena cicatriz: una que te recuerda el dolor, pero también la sanación.

Una tarde, meses después de ser contratada definitivamente, mientras revisaba un informe, recibió un correo electrónico de RRHH anunciando una curiosa estadística: "La duración media de estancia en la empresa ha aumentado en X meses".

Junto a ellos apareció Renata, leyendo en voz alta.

"Mira eso", comentó. "Podrías decir que ayudaste a que esa cifra subiera, ¿no? Un extrabajador temporal que se quedó".

Ella se rió.

"No sé si lo tienen en cuenta en las estadísticas", respondió. "Pero, para mí, ya es un gran logro no haberme escapado".

Renata apoyó la barbilla en su mano.

"¿Te arrepientes de haberte quedado?" preguntó con seriedad.

Ella pensó por un momento.

Recordó el miedo, los regaños, los rumores.
Recordó la conversación donde le confesó sus sentimientos y escuchó de él que necesitaba ser "la adulta en la sala".
Recordó los días en que quiso irse, pero no lo hizo.
Recordó los logros, las lecciones aprendidas, las pequeñas victorias.

—No —respondió finalmente—. Me arrepentí de algunas cosas que hice y sentí en el camino. Pero no de quedarme. Si me hubiera ido a la primera oportunidad, creo que me habría pasado la vida preguntándome: "¿Y si…?".

"¿Y ahora?", insistió Renata. "¿Aún tienes muchos 'qué hubiera pasado si...' en la cabeza?"

Ella sonrió, de un modo más maduro.

"Hay algunos", admitió. "Pero ahora no dan órdenes. Solo... visitan".

Renata se rió.

Así es.

Un poco más tarde, al pasar junto a la sala de cristal, vio a Augusto de espaldas a ella, hablando por teléfono. Explicaba algo, gesticulando menos que antes, pero con el mismo aire de quien intentaba ver más allá.

Por un segundo, se detuvo en el pasillo, simplemente mirando.

Ni con la mirada apasionada de antes, ni con la mirada distante de quien ya lo ha superado todo. Con una mirada mixta: de gratitud, cariño y claridad.

«Fuiste un terremoto en mi vida», pensó, sin decirlo. «Pero también me enseñaste a construir una casa con mejores cimientos».

Golpeó suavemente la puerta.

Le hizo un gesto con la mano para que esperara un momento, finalizó la llamada y se dio la vuelta.

"Hola", dijo. "¿Hay algo urgente?"

"No", respondió sonriendo. "Solo quería avisarle que el informe sobre el nuevo flujo de trabajo está listo. Y..." dudó un segundo, "...decirle que por fin entiendo lo que significa 'seguridad' para mí".

Él levantó una ceja, curioso.

- ¿Y qué es? -preguntó.

Ella respiró profundamente.

"No se trata de tenerlo todo bajo control", dijo. "Ni de tener a alguien que me guíe en todo momento. Se trata de saber que, aunque todo cambie —el proyecto, la empresa, tú, yo—, todavía soy capaz de reconstruirme".

Él la miró y un brillo diferente apareció en sus ojos.

"Si ese es el resultado de estos últimos meses, entonces valió la pena", respondió.

Ella dio una pequeña sonrisa.

"Valió mucho la pena", corrigió.

"Adelante", dijo, en un tono casi cariñoso, pero contenido. "Hay un becario que depende de ti para evitar ahogarse".

Ella se rió.

El ciclo de la imperfección continúa.

"Me alegro", respondió. "La gente perfecta nunca aprende nada".

Salió de la habitación y regresó a su escritorio con una certeza que no había tenido al principio de esa historia:

La permanencia no consistía en quedarse en un lugar o con otra persona para siempre.
Se trataba de lo que ese lugar dejaba dentro de ella, incluso después de que todo cambiara.

Y en ese sentido, sí, había un amor duradero.
No por la jefa idealizada,
sino por la versión de sí misma que había nacido en la oficina más caótica de la ciudad.

CAPÍTULO 13 – EPÍLOGO EN LA OFICINA MÁS CAÓTICA DE LA CIUDAD: LO QUE QUEDA DESPUÉS DEL FINAL

El ascensor se detuvo en su planta habitual, con la misma suave sacudida de años atrás. La puerta se abrió y el pasillo era igual y diferente a la vez.

El mismo suelo, las mismas paredes claras, el mismo tablón de anuncios que nadie leía nunca entero. Pero ahora había gente nueva, rostros preocupados diferentes, conversaciones apresuradas diferentes.

Salió del ascensor con una carpeta en la mano y una especie de déjà vu confortable: era como visitar una casa antigua que ya no está habitada, pero donde cada rincón guarda un fragmento de su propia historia.

Ya no trabajaba allí.

Se había marchado hacía poco más de un año, por decisión propia. Había recibido una oferta de otra empresa, en un área que combinaba todo lo aprendido allí con nuevas responsabilidades. Dudó, por supuesto. La adicción a ese caos era fuerte. Pero cuando se dio cuenta de que no estaba creciendo tanto como antes, supo que era hora de irse.

Aún así, volver a pisar ese suelo despertó recuerdos que creía que se habían asentado con más facilidad.

"Llegas con dos años de retraso a esta reunión", bromeó una voz familiar detrás de ella.

Ella se dio la vuelta.

Renata caminaba por el pasillo con el mismo aire irónico, pero con un cansancio más maduro en el rostro. Su cabello estaba ligeramente diferente, y su placa con el nombre ahora indicaba una posición ligeramente superior.

"Lo sé", respondió riendo. "Pero me han dicho que aquí el concepto de puntualidad siempre ha sido flexible".

Se abrazaron con la facilidad de quienes habían sobrevivido a las mismas guerras.

"¿Cómo estás?" preguntó Renata genuinamente interesada.

—¡Viva! —respondió—. Lo cual, considerando que ya he trabajado aquí, es todo un logro.

Renata se rió.

"Llegó con estilo", comentó. "Vamos a la sala de descanso. Es justo que vuelvas a visitar el centro no oficial de información confidencial de esta empresa".

Caminaron uno al lado del otro.

El área administrativa había cambiado. Algunos escritorios estaban en diferentes lugares, había computadoras nuevas, el sistema parecía distinto. Pero algunas cosas permanecían: la impresora ruidosa, las tazas desperdigadas, las notas adhesivas de colores que nos recordaban tareas que probablemente ya se habían pospuesto.

"Hay mucha gente nueva", observó mirando a su alrededor.

"Sí", confirmó Renata. "La noria sigue girando. Unos bajan, otros llegan. El caos es el mismo, solo cambia el CPF".

En la taza, todo parecía más pequeño de lo que recordaba. Quizás porque, ahora, ya no era el centro del universo, sino un recuerdo inserto en un contexto mayor.

"¿Y entonces?", preguntó Renata, sirviendo café en tazas. "Dime. ¿La nueva compañía es menos loca?"

Ella pensó por un momento.

"Es diferente", respondió. "El caos existe, pero es de otro tipo. Menos improvisación, más proceso. A veces echo de menos la adrenalina. Pero no echo de menos volver a casa con la cabeza en llamas todos los días".

—Así es —dijo Renata—. ¿Y el corazón?

Ella sonrió levemente, sabiendo exactamente lo que quería decir.

"Aprendió algunas cosas", respondió. "Le dolió, pero aprendió".

Renata se apoyó contra el mostrador.

"Sabes, durante mucho tiempo después de que te fuiste, seguían corriendo rumores", dijo. "¿Se fue por Augusto?", "¿Se pelearon?", "¿...?". Yo solo escuchaba en silencio, pensando: "No tienes ni idea".

Ella se rió.

“A la gente le encanta pensar que la vida de los demás gira en torno a los chismes”, dijo. “Mi decisión de irme tuvo mil matices. Él era uno de ellos. Pero no era el centro de todo. Y eso, para mí, ya era una señal de que estaba lista para irme”.

Renata sonrió complacida con la respuesta.

—Él cambió después de que te fuiste, ¿sabes? —comentó ella, después de un sorbo de café.

Ella levantó una ceja.

¿Cómo cambió?

“Se volvió… menos irritable”, explicó. “Sigue siendo el mismo jefe imperfecto de siempre, pero… aprendió a gestionar mejor las cosas.

Antes cometía grandes errores y se disculpaba más rápido. Delegaba más. Y, lo más importante, dejó de pensar que tenía que encargarse de todo solo. Creo —hizo una pausa— que fuiste una especie de ensayo importante en su vida".

Sintió una ligera opresión en el pecho. No de dolor, sino de reconocimiento.

"Él también fue eso para mí", dijo. "Un ensayo de un tipo de amor que desconocía: ese que sientes, pero que, de todos modos, decides no vivir".

Se quedaron en silencio unos segundos, bebiendo el café que ya empezaba a enfriarse.

"¿Sabe que viniste hoy?" preguntó Renata.

"Todavía no", respondió. "Primero vine a arreglar algo con Recursos Humanos. Pero...", miró su reloj, "no creo que me vaya sin al menos saludar".

"Me parece genial", comentó Renata. "No todos los días la estrella de nuestra telenovela corporativa hace una aparición especial".

Ella se rió.

"Tú también eres protagonista, ¿sabes?", respondió. "Sin ti, me habría vuelto loco a mitad de la primera temporada".

Renata se encogió de hombros, fingiendo modestia.

Alguien tenía que ser la voz de la razón y del chisme responsable.

Después de resolver lo que necesitaba hacer con Recursos Humanos, respiró hondo y caminó por el pasillo que conducía a la sala de cristal.

Mi corazón se aceleró un poco. No como antes: esa mezcla de ansiedad, anticipación y miedo a equivocarme. Ahora, era el nerviosismo de un reencuentro. Del final de un capítulo revisitado años después.

La puerta estaba entreabierta.

Golpeó levemente.

–Entra –oyó su voz, casi idéntica a la suya habitual, proveniente del interior.

Él abrió la puerta.

Augusto estaba sentado a la mesa, leyendo un informe impreso. Tenía algunas canas más y unas ojeras ligeramente más pronunciadas. Pero su actitud concentrada, la manga de la camisa arremangada y su taza de café de siempre seguían ahí, en el mismo sitio.

Él levantó los ojos.

La reacción tardó medio segundo en aparecer. Primero, reconocimiento. Luego, una sonrisa discreta, pero genuina.

"Miren eso...", dijo, reclinándose en su silla. "El distinguido visitante."

Ella entró y cerró la puerta detrás de ella.

"Vine a ver si la oficina más caótica de la ciudad todavía hace honor a su título", respondió.

"Continúa", aseguró. "Solo ha cambiado la plantilla de la hoja de cálculo. El caos sigue igual."

Ellos se rieron.

Por un momento, simplemente se miraron el uno al otro, como si se actualizaran internamente: "así estás ahora", "así estoy yo ahora".

"Siéntate", dijo, señalando su silla habitual. "¿O ya se te olvidó la rutina?"

Ella se sentó.

El silencio que siguió no fue incómodo. Parecía más bien un espacio de respeto, como si ambos estuvieran eligiendo cuidadosamente qué decir.

"He oído que te va bien", empezó. "Renata me contó cosas. La otra empresa, el nuevo puesto, la becaria a la que has estado traumatizando con tanta responsabilidad..."

Ella se rió.

"No es traumatizante", corrigió. "Decepcionante, aunque sea un poco. Es diferente".

Él asintió, aprobando la definición.

"Soy feliz", dijo simplemente. Y en ese "soy feliz", no percibió amargura ni resentimiento. Solo orgullo y un toque de añoranza.

"¿Y tú?", preguntó. "¿Sigues ensamblando aviones en pleno vuelo?"

“Ahora, al menos, admito cuando no conozco la ruta”, respondió. “Y dejé que más gente tomara el timón un poco”. Hizo una pausa. “Proyecto Aurora, ¿recuerdas? Se convirtió menos en un ‘proyecto’ y más en una forma de trabajar. Muchos fracasaron, muchos se quedaron. Como siempre”.

Ella asintió.

"He oído que has ascendido un peldaño más en la escala informal", comentó. "Hay gente que te imita por ahí".

Hizo una ligera mueca.

"Esa es la parte peligrosa", dijo. "Llevo años practicando para ser un jefe imperfecto. Lo último que quiero es crear clones defectuosos y sin filtros".

Ambos se rieron.

Luego el ambiente se volvió un poco más serio, pero no pesado.

"Cuando renunciaste..." empezó lentamente, "...estaba enojado contigo".

Ella levantó las cejas, sorprendida por su honestidad.

– ¿Bravo? ¿Por qué?

"Porque sabía que estaba perdiendo a una de las mejores personas del equipo", respondió sin rodeos. "Y porque...", buscó las palabras, "una parte de mí se preguntaba si había hecho algo más para que te marcharas".

Ella lo miró con cariño.

"Hiciste mucho para ayudarme", dijo. "A veces cometiste errores conmigo, sí. Pero también me ayudaste a crecer. Al final, salí de aquí más completa que cuando llegué. Aunque rompí algunas piezas por el camino".

Respiró profundamente, como si eso aliviara una vieja carga.

"Aprendí mucho de tu partida", confesó. "Más de lo que te imaginas".

"¿Qué, por ejemplo?" preguntó con curiosidad.

Apoyó los codos sobre la mesa.

"Que, por muy bueno que sea como líder en algunos aspectos, nunca dejaré de influir en las personas de maneras que no controlo por completo", respondió. "Y que nunca puedo ignorarlo". Hizo una pausa. "También he aprendido que no basta con tener razón en el papel si, en la práctica, dejo espacio para que alguien esté demasiado confundido conmigo".

Ella asintió. Sabía exactamente de qué hablaba, incluso sin que él lo dijera explícitamente.

"¿Y tú?", replicó. "¿Qué crees que aprendiste... de mí? ¿De nosotros?"

Ella pensó durante unos segundos.

"Aprendí que soy capaz de sentir algo profundo por alguien y aun así elegir no destruirme por ello", respondió lentamente. "Que es posible amar de lejos. O de cerca, pero con un límite claro. Y que…", respiró hondo, "…nadie es tan importante como para apropiarse de mi historia. Ni tú. Ni ningún jefe. Ni ningún hombre".

Sus ojos se suavizaron.

"Eso es bueno", dijo. "Si así fuera, lo habría arruinado todo desde el principio".

Ella sonrió.

"Te equivocaste en algunas cosas", admitió, sin crueldad. "Yo también. Pero al final, miro hacia atrás y no solo veo dolor. Veo... una construcción algo torcida, pero valiosa."

Se quedaron en silencio otra vez, dejando que los recuerdos pasaran como escenas rápidas: el primer día en la sala de cristal, el correo electrónico de reprimenda, los elogios en el informe, los rumores, las conversaciones difíciles, las casi confesiones, el "tengo que ser el adulto en la sala", la decisión de quedarse, la elección de irse.

"¿Sabes qué es gracioso?", dijo después de unos segundos. "En mi otra empresa, a veces me sorprendo repitiendo tus frases. O viéndome reflejada en tus acciones, tanto las buenas como las malas. Intento eliminar las malas en cuanto las noto".

Se rió, medio orgulloso, medio avergonzado.

"Eso me asusta un poco", confesó. "Pero también me hace sentir... honrado. Siempre y cuando lo hagas mejor que yo."

"Estoy intentando", respondió. "Ser una jefa menos perjudicial e imperfecta".

"Eso es lo máximo que se puede esperar", asintió.

Miró a través de la pared de cristal el bullicio del piso. Nuevos "temporales", nuevos analistas, gente con prisas, gente esforzándose. Allí comenzaban otras historias, mientras que la suya, con ese lugar, ya se había convertido en un recuerdo.

"¿Sabes qué es lo más extraño?", comentó. "Pasar por aquí y sentir cariño, aun recordando todo el dolor."

Se cruzó de brazos.

"Así son los lugares y las personas", dijo. "Si solo nos causara dolor, nos iríamos mucho antes. Son las cosas buenas las que hacen que valga la pena quedarse... hasta que llegue el momento de irse".

Ella asintió en acuerdo.

"¿Y tú?", preguntó en un tono más ligero. "¿Has pensado alguna vez en irte de aquí?"

Él sonrió levemente.

"Varias", respondió ella. "A veces todavía pienso en ello. Pero por ahora, sigo sintiendo que estoy haciendo más bien que mal estando aquí. Cuando ese equilibrio se derrumbe, tendré que tener el mismo coraje que tú tuviste."

Ella lo miró fijamente, seria.

"Cuando llegue ese día", dijo, "espero que recuerdes no pensarte como alguien más grande que el lugar. Ni más pequeño. Solo... alguien que ha hecho lo que ha podido y necesita pasar a otro capítulo".

Él asintió.

"Lo recordaré", prometió.

Se levantó de la silla, cogió un trozo de papel al azar de la mesa y garabateó algo.

Él se lo entregó.

Era una nota adhesiva con una frase sencilla:

"Nunca fuiste solo un pasajero aquí.
Ni en el equipo, ni en las marcas que dejaste."

Sintió que le ardían los ojos, pero la sonrisa surgió con facilidad.

"Es peligroso que escribas eso", bromeó. "¿Y si lo guardo para siempre?"

"Definitivamente es algo que hay que conservar", respondió. "No por mí, sino por ti. Para que recuerdes de lo que eres capaz cuando

vuelvas a dudar de ti mismo".

Dobló el papel con cuidado y lo guardó en su billetera.

No fue una declaración. No lo fue.

CONCLUSIÓN FINAL: DEL SÍNDROME DEL JEFE IMPERFECTO AL AMOR PROPIO MÁS MADURO

Ninguna historia empieza exactamente donde creemos que empieza, ni termina exactamente donde decidimos terminarla.
Este libro, que parece tratar sobre un jefe imperfecto, un contrato temporal y una oficina caótica, en realidad siempre ha tratado sobre algo más grande: la construcción silenciosa de una persona.

Al principio, llegó pequeña.
Pequeña en cuanto a su identificación, pequeña en cuanto a su contrato, pequeña en cuanto a su autoestima.
Cargaba con el peso de las facturas atrasadas, de los "no" en las entrevistas de trabajo, de una vida que siempre parecía girar en torno a la improvisación.

Creía que el trabajo consistiría solo en eso: pagar facturas, aguantar a un jefe, sobrevivir a la jornada laboral.
En cambio, se encontró con un escenario que la obligó a considerar tres cosas a la vez:

- lo que haces con tus manos (trabajo, carrera, entrega),
- lo que sientes por dentro (miedos, afectos, necesidades),
- ¿Y qué estás dispuesto a aceptar (límites, valores, decisiones difíciles)?

En el centro de esta colisión estaba él: el jefe imperfecto.

1. El jefe, el espejo y el mito que cayó

Augusto nunca fue un villano clásico ni un héroe romántico.
Era un hombre con poder, lleno de buenas intenciones, viejos agravios, orgullo, terquedad y un genuino deseo de que la zona prosperara.

Con ella, cometió errores y acertó casi en igual medida:

- Lo criticó demasiado públicamente cuando podría haberlo llamado en privado.
- Defendió el tema cuando podría haber permanecido en silencio.
- Él usaba elogios bien colocados que la elevaban, pero, sin darse cuenta, también la hacía dependiente de esa validación.
- Admitió sus propios errores –algo raro en los líderes– y dejó claro que nunca fue infalible.

Él era para ella al mismo tiempo un espejo y un mito.

Un espejo, porque al ver sus debilidades –la elección de premisas equivocadas, el miedo a perder credibilidad, la presión de "mantenerlo todo bajo control"– empezó a ver las suyas propias: el deseo de demostrar su valía a cualquier precio, el hambre de reconocimiento, la tendencia a romantizar a quienes la ven.

Mito, porque durante un tiempo lo colocó en un pedestal: el jefe que todo lo ve, que mantiene a todos bajo control, que sabe todas las respuestas.
Cuando el mito cayó —y él apareció humano, sincero y confundido —, no fue el fin de su admiración. Fue el comienzo de una admiración más madura.

Después de todo, el "síndrome del jefe imperfecto" no se limitaba a él.
Se refería a todo lo que ocurre cuando alguien con poder nos afecta mucho más allá de su cargo, y cuando permitimos que su opinión se convierta en la medida de quiénes somos.

2. Ella, el corazón y la línea que no se podía cruzar.

¿Se enamoró?
Quizás "pasión" no sea la palabra correcta, pero sin duda se involucró.

Su corazón se aceleraba con correos electrónicos, cumplidos y reprimendas que le dolían profundamente porque provenían precisamente de la persona que más le importaba.
Durante un tiempo, confundió la validación profesional con el cariño.
Confundió «Veo tu potencial» con «Te veo como nadie más te ve».

Y, sin embargo, experimentó algo raro:
sintió todo eso y eligió no convertir ese sentimiento en una historia secreta, clandestina o destructiva.

Ella no era "neutral": confesó lo que sentía en una conversación honesta y dolorosa.
Él tampoco era "neutral": admitió que él tampoco era indiferente, pero que necesitaba ser "el adulto en la sala".

Allí, ambos tomaron una de las decisiones más difíciles que un adulto puede tomar:
aceptar la existencia del afecto, pero no buscarlo a cualquier precio.

Esto no es cobardía.
Es madurez emocional, de esas que casi nadie enseña y que rara vez aparecen en las narrativas románticas.

Ella no negó sus sentimientos. Él no fingió que no existía nada.
Pero ambos reconocieron el costo:

- su reputación,
- su responsabilidad,
- El riesgo real de mezclar poder, carrera y deseo de una manera que duele.

No hubo beso oculto en la habitación de cristal.
Hubo límites.

Hubo frustración.
Hubo cautela.

¿Es menos cinematográfico?
Sí.
Pero es mucho más veraz y mucho más ético.

3. Del miedo a equivocarse a construir la propia voz.

Cuando llegó, tenía miedo de:

- cometer un error con un número en una hoja de cálculo,
- ser despedido sin previo aviso,
- ser "solo un período temporal de tres meses"
- Ser invisible.

A lo largo de los capítulos, algo empezó a cambiar:

- Aprendió a admitir sus errores sin sucumbir a la culpa.
- Convirtió las quejas en listas de verificación, y las listas de verificación en mejoras de procesos.
- Comenzó con la corrección de una línea en Excel; terminó con la revisión de las premisas de su propia vida.
- Pasó de ser "lo nuevo" a convertirse en un referente, primero de manera informal, luego formal, cuando empezó a tener un becario bajo su supervisión.

Su seguridad dejó de residir únicamente en la frase "él confía en mí" y pasó a residir también en:
"confío en lo que entrego, en lo que he aprendido, en lo que soy capaz de reconstruir".

Pasó por tres fases importantes:

1. **Dependencia** : cuando su estado de ánimo definía el día, sus elogios definían su autoestima y su silencio se convertía casi en un castigo emocional.
2. **Conciencia** : cuando empezó a ver el juego: los elogios, los silencios, las presiones, los rumores, los riesgos. Y

comprendió que necesitaba dejar de ser una jugadora pasiva.

3. **Autonomía** – cuando decidió quedarse por elección, no por necesidad; irse por decisión, no para escapar; y llevarse consigo, no al "jefe idealizado", sino la versión de sí misma que nació de esa experiencia.

4. Carrera, dignidad y corazón: la gran elección.

El gran punto de inflexión no fue cuando se unió, sino cuando tuvo que decidir si quedarse.

La invitación a asumir el cargo puso en la balanza tres cosas:

- **Carrera:** una verdadera oportunidad de crecimiento, reconocimiento y aprendizaje.
- **Dignidad:** la necesidad de estar en paz con la razón de estar allí, no sólo por él, sino por uno mismo.
- **Corazón:** la implicación, los "qué pasaría si…?", la tentación de quedarse sólo para permanecer cerca.

Podría haberse ido por miedo a meterse en problemas. O podría haberse quedado simplemente por la emoción de estar cerca.

Eligió un tercer camino:
quedarse –consciente de los riesgos–, poner límites, aceptar el sentimiento… y, aun así, no venderse.

Más tarde decidió irse, no porque ya no lo admirara, no porque el sentimiento se hubiera apagado como un interruptor de luz, sino porque otro ciclo de crecimiento la estaba llamando.

Aprendió que **la valentía no se trata solo de irse donde duele** . A veces se trata de quedarse, madurar, reconstruir y luego irse cuando tenga sentido, no cuando el dolor te ahuyente.

5. ¿Qué queda de él en ella?

Augusto no era sólo un jefe difícil.

Él era:

- el hombre que la hizo temblar de miedo al corregir un informe erróneo,
- El líder que dijo "un error en la premisa lo arruina todo" y luego tuvo que tragarse su propio error.
- El director la señaló en una reunión importante y dijo: "Ella traduce lo complicado en simple".
- El adulto en la sala que decidió no convertir el afecto en un abuso de poder.

Lo dejó allí:

- Un modelo de liderazgo que comete errores, se disculpa y replantea su enfoque.
- La noción de que alguien puede afectarte profundamente y aún así elegir no usarte;
- La certeza de que los jefes, por muy alto que ocupen en el organigrama, son humanos y que idealizarlos es una forma peligrosa de abandonarse a uno mismo.

No salió ilesa.
Salió con cicatrices, pero con cicatrices que, en lugar de solo trauma, dejaban lecciones aprendidas.

6. ¿Qué queda de ella en él?

Ella tampoco era simplemente "una más del equipo".

Él era:

- El empleado temporal que se convirtió en un actor clave en un proyecto estratégico,
- El subordinado que tuvo el coraje de decir "Me sentí expuesto más de lo necesario",
- la mujer que confesó sus sentimientos sin recurrir al chantaje, la manipulación o la dramatización,

- El analista que trajo claridad a las hojas de cálculo... y a las decisiones emocionales.

De ella aprendió que:

- No basta con ser "ético en el papel"; también hay que ser responsable del impacto emocional.
- Es posible que a alguien le gustes y aun así decida no cruzar ciertos límites;
- Liderar no se trata sólo de proteger al equipo de la empresa, sino a veces también se trata de proteger al equipo de uno mismo.

Ella fue un ensayo en su vida: un espejo que lo obligaba a mirar el daño que podía hacer, incluso mientras intentaba hacer el bien.

7. Lo que le queda al lector

Quizás nunca hayas trabajado en una oficina exactamente como esta.
Quizás nunca hayas tenido un jefe como Augusto.
Pero probablemente hayas experimentado, o experimentes, algo similar:

- una figura de autoridad que te fascina y te hiere al mismo tiempo,
- un entorno que te da oportunidades y, al mismo tiempo, te desgasta.
- Un sentimiento que surge donde "no debería" y que te obliga a crecer más rápido.

Este libro no ofrece un final de cuento de hadas.
Ofrece algo más útil: un posible mapa emocional.

Quedan algunas pistas:

1. **Los jefes son humanos; eso no los excusa, pero sí los explica.**
   Idealizar el liderazgo es peligroso. Ver al ser humano detrás del puesto ayuda a establecer límites más realistas.

2. **Puedes sentir mucho y aun así no ceder ante ninguna situación.**
   El amor, la atracción y la admiración no son excusas para cruzar los límites éticos ni abandonarte.
3. **Una carrera no se trata solo de posición y salario; también se trata de cómo te sientes y quién necesitas ser para mantenerlos.**
   Crecer no debería quitarte la posibilidad de mirarte al espejo.
4. **Los rumores hablan más fuerte de quienes los difunden que de quienes son sus víctimas.**
   Pero eso no significa que no duelan. La diferencia radica en vivir gracias a ellos o a pesar de ellos.
5. **La decisión de quedarse puede ser tan valiente como la de irse,**
   siempre que sea consciente y no impulsada únicamente por el miedo o la necesidad.
6. **La verdadera seguridad no garantiza que nada saldrá mal.**
   Es la confianza, construida con la práctica, de que si todo se desmorona, sabrás cómo reconstruirlo.

8. Entonces, ¿qué es exactamente el "amor duradero" aquí?

No fue amor romántico.
No se convirtió en una relación.

El amor perdurable de este libro es algo más:

- Amor por el propio camino, incluso cuando éste comienza torcido;
- el amor por la versión de uno mismo que emergía después de cada regaño, de cada injusticia, de cada malentendido;
- El amor propio que ha aprendido a decir “me quedo porque quiero y porque me parece lógico” y “ahora me voy porque mi tiempo aquí ha llegado a su fin”.

En la oficina más caótica de la ciudad, descubrió que:

- No todo amor necesita ser vivido como un romance para ser importante;
- No todos los finales son un fracaso: algunos son un signo de madurez;
- No todo mal jefe es un monstruo, ni todo buen jefe es un santo.
- Y que, independientemente de quién entre y salga de nuestras vidas, los que permanecemos hasta el último capítulo somos nosotros mismos.

Al final, el contrato temporal terminó.
La relación laboral terminó.
El capítulo con ese jefe llegó a su fin.

Pero lo que ella construyó dentro de sí misma –eso, de hecho– se volvió permanente.

No permanente en el sentido de "nunca cambiar", sino más bien una **base** : algo que permanecerá con ella, independientemente de la próxima oficina, el próximo jefe, el próximo amor.

Si este libro te ha hecho:

- Si te reconoces en algún dolor,
- Riéndose de algún caos que ya has experimentado,
- repensar una relación de trabajo o de poder,
- o simplemente tratarse con un poco más de amabilidad hacia las propias imperfecciones,

Así que cumplió su papel.

Porque, al final, la historia nunca se limitó a un jefe imperfecto.
Desde el primer día en la abarrotada recepción hasta la visita de despedida en la oficina acristalada,
se trató de algo mucho más importante:

Cómo una mujer común aprendió a ser protagonista de su propia vida, incluso en entornos en los que a menudo se

esperaba que fuera sólo un personaje secundario.

¿TE GUSTÓ EL LIBRO?

Si has llegado hasta aquí, ante todo: **gracias por leer** .
Este libro solo cobra sentido cuando encuentra a alguien al otro lado, viviendo, sintiendo, reconociéndose (¡o enfadándose!) junto con la historia.

Ahora bien, si en algún momento usted:

- Ella se vio a sí misma en el personaje,
- ¿Has pensado en algún jefe o entorno de trabajo que hayas experimentado en el pasado?
- reflexionaron sobre sus propias limitaciones, su carrera o sus sentimientos,
- O tal vez simplemente te absorbió la lectura y quisiste saber "¿qué sigue ahora?" después de cada capítulo...

Así que tu opinión puede **ayudar mucho** a que este libro llegue a más personas.

¿Por qué es tan importante tu calificación en Amazon Kindle?

En Amazon, **las calificaciones y reseñas** no son solo adornos: influyen directamente en:

- si el libro será recomendado a otros lectores,
- Si aparece en listas como "a los que compraron X también les gustó...",
- Esto aumentará las posibilidades de ser descubierto por aquellos que necesitan (y aún no conocen) una historia como esta.

Cuando dejas **unas estrellas** y **un comentario sincero** , tú:

- apoya al autor,
- Fortalece los libros independientes o menos conocidos.
- y ayuda a otros lectores a decidir si vale la pena embarcarse en esta experiencia de lectura.

Aunque sea una evaluación breve, hace una gran diferencia.

CÓMO CALIFICAR UN LIBRO EN AMAZON KINDLE: PASO A PASO

A continuación encontrarás una guía muy sencilla y directa que te ayudará a dejar tu reseña, ya sea que uses **tu teléfono móvil** (aplicación Kindle o navegador) o **tu computadora** .

🔹 Instrucciones paso a paso a través del teléfono móvil (aplicación Kindle o navegador)

✅ 1. Comprueba que has iniciado sesión en tu cuenta de Amazon.

1. aplicación **de Amazon** o la aplicación **Kindle** en su teléfono.
2. Comprueba que estás utilizando la **misma cuenta** que utilizaste para comprar/descargar el libro.
3. Si está utilizando un navegador móvil (Chrome, Safari, etc.), acceda a Amazon:
   Vaya a Amazon
   e inicie sesión en su cuenta.

✅ 2. Accede a la página del libro.

Tienes algunas opciones:

- En la **aplicación Kindle** :
    - Abra la aplicación.

- Vaya a **"Biblioteca"** .
- Encuentra el libro.
- Pulsa sobre la portada, luego busca la opción **"Ver en tienda"** o algo similar (esto te llevará a la página del libro en Amazon).

- En la **aplicación** o el navegador de Amazon:

  - Toque la barra de búsqueda.
  - Escriba el **título del libro** .
  - Toque la cubierta correcta para abrir la **página del producto** .

✅ 3. Desplácese hacia abajo hasta la sección Reseñas.

1. En la página del libro, desplácese hacia abajo hasta encontrar una sección similar a la siguiente: **"Opiniones de clientes"** u **"Opiniones de clientes"** .
2. Justo debajo de la calificación general de estrellas, verás un botón como:

   - **Escriba una reseña de cliente** o
   - **"Califica este producto"** .

Toque esta opción.

✅ 4. Elige el número de estrellas

Aparecerá una pantalla que le pedirá que:

1. **calificación** del libro :

   - 1 estrella – No me gustó.
   - 2 estrellas: dejó algo que desear.
   - 3 estrellas – estuvo bien/promedio
   - 4 estrellas – Me gustó mucho.
   - 5 estrellas – Me encantó / Lo recomiendo mucho.

Toca el número de **estrellas** que mejor represente tu experiencia.

✅ 5. Escribe un comentario sencillo y sincero.

Justo debajo de las estrellas suelen aparecer campos como el siguiente:

- **"Título de la evaluación"** (opcional, pero útil)
- **Escribe tu reseña.**

No necesitas escribir un texto extenso. Algo breve, honesto y directo ya ayuda mucho.
Aquí tienes algunas ideas:

- ¿Qué es lo que más te **gustó** ? (El personaje, las situaciones laborales realistas, el jefe imperfecto, los conflictos internos…)
- qué parte te **identificaste** ?
- **te hizo pensar** este libro respecto a la carrera, los límites y el amor propio?
- **lo recomendarías** ? (Trabajadores de oficina, personas con jefes difíciles, personas a quienes les gustan los romances más realistas, etc.)

Ejemplos de comentarios breves:

- Una historia muy humana sobre el trabajo, los límites y los sentimientos. Me vi reflejada en varias escenas.
- Me gustó mucho el realismo con el que retrata al jefe, la presión y el cariño. No es un cuento de hadas, es la vida real.
- "Una lectura cautivadora, con un lenguaje fácil de entender y muchas reflexiones sobre la carrera profesional y el amor propio".
- "Ideal para quienes han sufrido con un jefe difícil y quieren sentirse menos solos".

No tiene que ser perfecto. Sólo tiene que ser **tuyo** .

✅ 6. (Opcional) Agrega una calificación rápida

En algunos casos, Amazon puede solicitarle que seleccione:

- Si el libro es **fácil de entender** ,
- Si tiene **buena calidad de escritura** ,
- Cumplió **con las expectativas** .

Comprueba lo que crees que es verdad.

✅ 7. Pulsa "Enviar" o "Publicar"

Después:

- elige el número de estrellas,
- Escribe tu comentario.

Simplemente toque **"Enviar"** / **"Publicar"** .

¡Listo!
Tu reseña se enviará. A veces, puede tardar unos minutos (u horas) en publicarse porque Amazon realiza una comprobación automática.

🔹 Instrucciones paso a paso a través de computadora (sitio web de Amazon)

✅ 1. Accede a tu cuenta

1. En el navegador de su computadora, acceda
2. Amazonas
3. Haz clic en **"Hola, por favor inicia sesión"** (o en tu nombre si ya has iniciado sesión).
4. Introduzca su correo electrónico/contraseña de Amazon.

✅ 2. Encuentra el libro

Puede:

- Utilice la **barra de búsqueda** en la parte superior de la página y escriba el título del libro;

- O vaya a **“Cuenta y listas”** → **“Administrar su contenido y dispositivos”** , busque el libro en su biblioteca Kindle y haga clic en **“Ver en la tienda”** .

Cuando encuentre el libro, haga clic en la **portada/título** para abrir la página de detalles.

✅ 3. Ve a “Opiniones de clientes”

1. Desplácese hacia abajo en la página hasta que vea la sección:
   Opiniones de **clientes**
2. Hacer clic en:
   "Escribe una reseña de cliente" o **"Califica este producto"** .

✅ 4. Califícalo en estrellas

En la siguiente pantalla:

- Haz clic en el número de **estrellas** que representa tu opinión (de 1 a 5).

✅ 5. Escribe tu testimonio

Llenar:

- **Título de la evaluación** – por ejemplo:
  - "Realista y atractivo"
  - "Me vi en varias escenas de oficina"
  - "Un libro sobre el trabajo, el afecto y los límites"
- **Evaluación** – resumida en pocas líneas:
  - ¿Cómo te sentiste al leerlo?
  - Si el lenguaje ayudara,
  - Si te pareció creíble la historia,
  - ¿Lo recomendarías y por qué?

Insisto: no tiene por qué ser largo.
Lo importante es **la sinceridad** .

✅ 6. Publicar

Haga clic en **"Enviar"** / **"Publicar"** .

Su reseña entrará en la cola de aprobación automática de Amazon y pronto aparecerá en la página del libro.

CONSEJOS RÁPIDOS PARA UNA BUENA EVALUACIÓN.

- Sé **honesto** : no es necesario elogiar todo, pero intenta ser respetuoso.
- Sea **específico** : "Me gustó" es bueno, pero "Me gustó porque..." ayuda mucho más al lector.
- Sé **tú mismo** : no intentes "escribir bellamente"; escribe como le hablarías a un amigo.

SU MIRADA COMPLETA EL CICLO DE ESTA HISTORIA.

Este libro trataba sobre:

- contratos temporales y compromisos que se convierten en permanentes,
- jefes difíciles y jefes que están aprendiendo,
- límites borrosos entre trabajo y afecto,
- Crecimiento profesional combinado con madurez emocional.

Ahora es tu turno de cerrar el ciclo final.

Tu valoración:

- **apoya** el trabajo,
- **anima** al autor,
- **ayuda** a otros lectores,
- y transforma tu lectura individual en algo que llega a más personas.

Si el libro te conmovió, te consoló, te provocó o simplemente te entretuvo,
dejar una reseña en Amazon es como decir:

> "Esta historia valió mi tiempo, y quizás valga el tuyo también".

Gracias por llegar hasta aquí.
Y si pueden dedicar estos últimos minutos a la evaluación, sepan que son mucho más importantes de lo que parecen.